A person is shown from the side, wearing a dark jacket and a large brown backpack. They are holding a long, thin wooden walking stick. The person is standing in a field of tall grass. In the background, there are trees and a sunset sky with orange and yellow clouds. The overall scene is peaceful and evokes a sense of a long journey.

LOS TRES CAMINOS DEL PEREGRINO

LEANDRO PEREZ FREIRE

Leandro Perez Freire

Los tres caminos del peregrino

escritormochileiro.com

copyright © 2024 todos los derechos reservados

Aviso importante

Queda expresamente prohibida cualquier modificación de este libro digital, así como su comercialización.

Debe estar disponible gratuitamente y su contenido debe conservarse íntegro.

Sumario

Prólogo.....	5
Nota del autor.....	7
Sobre el autor.....	9
La decisión.....	11
Encuentro con la filósofa.....	22
El retorno.....	44
El segundo encuentro.....	50
La preparación.....	56
La persistencia.....	60
El viaje.....	63
Camino primitivo.....	71
Camino Finisterra.....	205
Camino de los ancestrales.....	261
La visita.....	297
Agradecimientos.....	301
Consideraciones finales.....	302

Prólogo

¿Quién no se ha preguntado alguna vez cuál es el sentido de la vida? ¿Cuál es la razón por la que nos levantamos cada mañana?

Cuando éramos jóvenes, todos teníamos un sueño y no importaba lo difícil que era realizarlo. Lo queríamos y eso bastaba. Podrías ser futbolista, astronauta, bailarina o cantante.

Veíamos el mundo con otros ojos, los ojos de un niño, de la inocencia. Había una llama de fuego dentro de nosotros, una magia, una energía que nos permitía correr hasta el infinito o simplemente sentarnos a conversar con los nuestros familiares o amigos. Bailábamos sin vergüenza y no hacía falta música. Hablábamos con nuestra imaginación.

No guardábamos malos sentimientos. Cuando estábamos tristes, llorábamos y luego quedábamos bien otra vez.

Queríamos explorar el mundo como viajeros eternos. Veíamos belleza en cada detalle, en la naturaleza, en el amor y la amistad. La vida parecía hablarnos a través de señales.

Éramos sencillos y eso nos bastaba para ser felices. Pero a medida que crecemos, nos

damos cuenta de que perdemos cada vez más esta capacidad. Necesitamos fórmulas, buscamos nuestra razón en la complejidad. Lo que creemos de nosotros mismos tiene que ser aceptado por los demás.

Ya no nos permitimos cometer errores. No bailamos de alegría ni hablamos con el alma. Nos avergonzamos de nosotros mismos, estamos en compañía del miedo, nos escondemos.

Tenemos que ser tantas cosas que ya no nos queda tiempo para soñar. Ya no importa quién queríamos ser de niños. Ni siquiera nos damos cuenta de que ya no tenemos ese brillo en los ojos.

Pasamos el día dando importancia a tantas voces extrañas que acabamos olvidándonos de escuchar a nuestro corazón y a esa llama, casi brasa, que mantiene vivo el secreto de nuestro viaje.

Fue a través de una filósofa y un extraño peregrino que pude comprender lo que siempre había estado dentro de mí, pero que no podía ver. Sólo recorriendo los caminos descubrí lo que el universo intentaba mostrarme constantemente.

Nota del autor

Algunos de nosotros sentimos un vacío tan grande que nada más parece tener sentido. Nos sentimos perdidos, deprimidos.

Sé que para algunas personas eso no sucede, pero para muchos, que se esconden dentro de sí mismos, es un mensaje importante.

Quiero que sepas que no estás solo. Por eso he escrito este libro. A través de él comparto una experiencia profunda y real. Quiero que este libro te ayude de alguna manera a encontrar tu camino.

Es un libro, de más de 300 páginas, que relata el peregrinaje que hice y lo que aprendí sobre el miedo, la amistad, la superación, la conexión que tenemos con nuestra ascendencia y también con el universo.

Al final de cada camino habrá un enlace a un vídeo de los lugares en los que he estado. Espero que lo disfrutes.


Si, al final de la lectura, desear hacer una donación de cualquier cantidad, por favor

hágalo. Me ayudaría mucho. Sin embargo, lo más importante es que este libro siga como el viento. Así que no dude en compartirlo. Sólo te pido que lo conserves íntegro y gratuito.

Sobre el autor



Nombre: Leandro Perez Freire.
Nacido el 2 de febrero de 1985.
Nacimiento: Santos/SP.

 leandroperezfreire



E-MAIL



Alguien que nunca ha sabido qué hacer. Siempre con más dudas que certezas. Tal vez eso sea algo bueno.

Una mente llena de los más diversos pensamientos y que busca encontrar en sí el significado de todo lo exterior.

Alguien tan normal que no hay mucho de qué hablar. No es perfecto en nada de lo que hace. Sus verdades cambian y adquieren nuevos significados cada mañana, con cada nueva experiencia.

Si pudiera elegir una característica, sería la capacidad de soñar. La capacidad de mirar más allá de lo evidente. Quizá por eso siento tanto respeto por el silencio, por la calma. Allí, los pensamientos alzan el vuelo y pueden alcanzar lo que para muchos sería imposible.

La decisión

Eran las ocho de la mañana de un domingo. Un hermoso día de otoño. El calor del sol tocaba suavemente mi piel, ahuyentando el aire frío que aún persistía, oculto en las sombras. Las hojas parecían felices, sus colores más brillantes. Todo parecía haber cobrado vida.

- ¿Cómo puedo sentirme mal con toda esta belleza a mi alrededor? Y es precisamente a ella a quien culpo por sentirme así. Quizá sea porque representa una invitación a la vida y lo que busco es una excusa para no vivirla. ¿O tal vez quiero que la naturaleza me muestre de alguna manera lo que siento? Qué absurdo. Espero que Dios me perdone por mi ingratitud.

Caminaba tranquilamente por la acera llevando un cuaderno, un bolígrafo y mi teléfono móvil. De vez en cuando se acercaba alguien, pero ni yo ni ninguna de esas personas hacíamos ademán de mirarnos. Lo último que quería aquella mañana era tropezarme con alguien conocido.

Había estado pensando mucho toda la noche. El silencio de la madrugada me hizo darme cuenta de lo ruidosa que era mi mente, pero aun así había conseguido tomar una decisión.

- A veces hay que hacer lo que hay que hacer - me repetí mientras seguía.

Ya casi había llegado. Llevaba andando unos veinte minutos y ya había perdido la cuenta de cuántos coches y motos me pasaban por delante, a pesar de que aún era domingo por la mañana. Todos tenían prisa por llegar a algún sitio, gritaban con el claxon y gesticulaban con las manos y la cara desencajada. No sabía lo que decían y me daba igual.

- Parece que las grandes ciudades nunca duermen.

Por fin he llegado. Era una pasarela con un viaducto debajo. Antes pasaban coches por allí, pero ya no está permitido.

- Hoy no hay nadie - dije alegremente.

Era habitual que aquel lugar estuviera lleno de gente que iba y venía, así como de algunos

vendedores con sus carritos y otros que extendían una tela en el suelo para exponer algún tipo de mercancía. Conocía bien aquella pasarela, por la que pasaba todos los días de camino al trabajo. Tenía unos doscientos metros de largo y unos diez o un poco más de ancho.

A cada lado había una barandilla de hierro de un metro de altura. Eran muy hermosas, en forma de líneas circulares, tres en total, en cada extremo de las cuales había una flor que sostenía perfectamente el círculo del centro de esta bella obra de arte. Cientos de otras iguales complementaban la extensa cuadrícula a ambos lados. Era tan fría como el hierro y tan bella y delicada como una flor.

- No sé si tiene algún significado, pero espero que sí. Es demasiado bonita para no representar nada.

Pasé toda la noche pensando en este lugar. Me acerqué a la barandilla. Desde allí podía ver los numerosos coches que pasaban por el viaducto. Ni siquiera se daban cuenta de que alguien los observaba.

- Tanto movimiento abajo y nadie aquí. Creo que nunca he sido tan feliz en este lugar como ahora. Me siento como el observador que nadie puede ver. Es incluso un poco mágico - añadido pensativo. - Pero da igual. No importa lo que sienta. Ya no es un problema.

Me guardé el móvil en el bolsillo, abrí el cuaderno y, con el bolígrafo en mano, intenté escribir algo.

Incluso empecé, pero pronto desistí, taché lo que había empezado y cambié de página. Quería despedirme, tal vez justificarme o dejar constancia de algún conocimiento, antes de que todo se perdiera en el infinito.

- Pero pensándolo mejor, quizá no necesite escribir nada.

Miré hacia abajo una vez más, apoyando el cuerpo en la barandilla mientras intentaba analizar a qué altura me encontraba.

- Creo que será rápido.

Cerré el cuaderno y lo dejé en el suelo a mi lado, junto con el bolígrafo. Me apoyé en la barandilla.

- Será mejor que sea rápido. Estoy nervioso. Incluso puedo oír mi respiración.

Algo en mí parecía querer reconsiderar lo que estaba a punto de hacer.

- ¡Basta ya! No estoy aquí para decidirme. Ya está decidido. Pronto todo estará resuelto, ¡por fin!

Tomé aire e intenté dejar de pensar.

- No puede ser tan complicado.

Pasé una pierna por encima de la barandilla. Estaba tan tenso que hasta salivar me resultaba difícil.

- ¡Vamos, vamos, vamos! - grité, tratando de encontrar la fuerza que necesitaba.

Ya no había poesía, humor ni ira. Sólo una última tarea envuelta en un terrible pavor y la esperanza de un alivio eterno.

- Pronto todo habrá terminado.

Respiré hondo, lo solté y me incliné hacia el final.

- ¿Sabes volar?
- ¿De quién es esa voz? ¿Ni siquiera he muerto y ya oigo ángeles?

Miré en la dirección de la que procedía la voz y vi a una mujer. Me lo repitió:

- Espero que tenga alas.
- ¿Quién es usted? - pregunté impaciente.
- ¿Qué crees que estás haciendo? - preguntó, esta vez con voz seria.
- ¡No tengo que responderte! No te conozco y no me importa lo que tengas que decirme.

Se detuvo un momento y me observó de pies a cabeza.

- ¿De verdad crees que es lo mejor?
- ¿Por qué te preocupas? ¿Qué te hace pensar que puedes decirme lo que está bien o mal?
- Tienes razón - dije pensativa. - Pero entonces nos encontramos en un callejón sin salida.
- ¿Por qué lo dices?

- Porque ahora estoy involucrada. Desde que te llamé la atención y te hice dudar.
- No te preocupes. Sigue tu camino y yo seguiré el mío. No puedes evitarlo. Si no lo hago hoy, lo haré mañana. ¿Quieres seguirme el resto de mi vida?
- En eso también tienes razón. No se pueden cambiar las decisiones de nadie. Cada uno decide.
- ¡Por fin! Pensé que nunca me dejarías solo otra vez.
- Pero antes quiero hacerte una pregunta.
- Señora, no la conozco y no voy a decirle lo que me decidió a hacer esto. Ese es mi problema. Es mi vida.
- No quiero saber por qué acabaste con tu vida.
- ¿No? - pregunté sorprendido.

Y continuó sin hacer caso de lo que yo había dicho.

- ¿Qué hace este cuaderno a tu lado? ¿Es un mensaje final? Es extraño que alguien que decide renunciar a la vida quiera dejar un mensaje a otras personas. Gente que ni siquiera conoce.

Estaba confuso por la pregunta que me había hecho.

- Intenté dejar un mensaje, pero desistí. Nadie sabrá lo que pienso - respondí con dureza.

- Si quieres, puedes decírmelo. Así, si alguien pregunta alguna vez, podré decirle cuáles fueron tus últimas palabras.

A veces pensaba que estaba preocupada, pero otras veces parecía que se burlaba de mí. Y me hacía preguntarme quién era.

- Intenté escribir, pero no pude, así que cambié de idea y dejé el cuaderno en el suelo. ¿Quiénes sois? ¿Qué haces aquí?

- Me gusta pasear los fines de semana por la mañana. Ayúdame a aclarar mis ideas. Filosofoeo en mis pensamientos mientras admiro las manifestaciones de la naturaleza. Creo que cuando encontramos el sentido de nuestro camino, siempre lo seguimos.

- Entonces, ¿eres filósofa?

- Creo que todos los que buscan la sabiduría son filósofos.

- ¿La has encontrado? - pregunté irónicamente y también con cierta curiosidad.

- No lo he encontrado. Estoy en camino y disfrutando del paisaje.
- Es una bonita historia, pero no funciona para mí y no tengo un camino, o mejor dicho, no quiero seguirlo.

Y mientras agitaba la mano, continué:

- Espero que tenga un buen día.
- Quizá realmente necesites morir - dijo. - La resistencia ya ha atrapado tus sentidos. Incluso siento que es con ella con quien estoy hablando.

No entendía lo que me decía. Cada vez que creía que me liberaba de ella, algo de lo que decía me mantenía atrapado.

- ¿Qué quiere decir con "resistencia"? ¿Crees que no tomo mis propias decisiones?
- ¡Sí! Exactamente eso. ¡No eres tú! - Pero no estés triste, casi todo el mundo actúa de la misma manera.
- Obviamente esta realidad no se aplica a ti, ¿verdad? - pregunté como un audaz intento de desestabilizarla o, tal vez, al menos restar importancia a lo que sus palabras parecían ejercer sobre mi curiosidad, pero, una vez más, ella no prestó atención a lo que le decía.

- ¡Resistencia! - dijo, mientras me enfrentaba con la mirada.

- Incluso si es esta resistencia, ¿por qué te importa?

- Te dije que no me importa. Me convenciste cuando dijiste que no podía cambiar tu decisión. Pero eso no cambia el hecho de que sólo reaccionas sin entender.

- ¿Y si no quiero entender? ¿Y si sólo quiero que me dejen en paz?

- Nunca tendrás paz hasta que sepas quién eres.

Y tras una breve pausa, continuó:

- Si mañana no te veo en los periódicos, podemos hablar más de la resistencia y de otros temas. Filosofando.

Me pidió el cuaderno y el bolígrafo. Escribió una dirección con fecha y hora en la última página, cerró el cuaderno, me lo devolvió y se fue sin mirar atrás.

Volvía a estar solo. Me acerqué otra vez a la barandilla y miré los coches que seguían pasando. Todo estaba exactamente igual que cuando había llegado, incluso extrañamente vacío. Parecía como si pudiera retroceder en el

tiempo y tener la oportunidad de ultimar lo que había decidido hacer aquella mañana de domingo. Sin embargo, me sentía extraño. Me apoyé en la barandilla, pero ya no pensaba en saltar. Me invadió un impulso incontrolable de llorar. Me arrodillé en el suelo y apoyé la cabeza y las manos en la hermosa obra de arte de la que acababa de hablar, como si se tratara de una querida amiga con la que podía desahogarme. A quien mostrar el dolor que sentía y que intentaba ocultar a todo el mundo, incluso a mí mismo.

Encuentro con la filósofa

Han pasado dos días desde aquella mañana. Guardé la hoja de papel escrita por la filósofa. Había llegado el día y sólo faltaban tres horas para el encuentro.

- ¿Debería ir allí? Tal vez sólo intente venderme algún tratamiento o quizá convertirme en un adepto religioso.

Sentado, miré lo que me había escrito y me quedé pensando.

- ¿A quién quiero engañar? No tengo ni idea de por qué voy, pero siento que es el mayor compromiso que he tenido en mucho tiempo.

No conocía esa dirección. Pero cuando la busqué, me di cuenta de que no estaba lejos.

- Cogeré un autobús y llegaré en poco más de media hora.

Bajé del autobús y no tardé en orientarme. Seguí la calle tal y como la vi en el mapa de mi móvil y,

tras caminar tres calles, estaba frente a una especie de mansión con altos muros.

- No puedo ver nada dentro, ni siquiera si hay alguien allí.

Llamé al timbre y esperé un rato. Nadie se acercó a la puerta para responderme. Estaba ansioso y confuso.

- Lo intentaré de nuevo.

Oí pasos y, finalmente, la puerta de madera se abrió y salió un señor.

- ¿Qué es lo que quieres?

En ese momento me di cuenta de que no sabía cómo se llamaba la filósofa.

- ¿Qué quiere? - insistió el señor.

Después de pensarlo un poco, le contesté:

- Estoy buscando a alguien.

- ¿Y quién es esa persona?

- Una mujer.

Noté la expresión de insatisfacción en sus ojos y, de hecho, fue una respuesta ineficaz. Pensé en describirla, pero posiblemente sólo serviría para que se diera cuenta de que no sabía nada de lo que buscaba.

- Hay muchas mujeres en el mundo. ¿Podría ser un poco más específico?

Sonreí tímidamente e intenté empezar algunas frases, que pronto fueron interrumpidas. Empecé a preguntarme si había tomado la decisión correcta de ir allí. Un silencio incómodo nos envolvió hasta que la puerta se abrió un poco más y salió otra persona.

- Así que has venido de verdad - dijo la filósofa con cierto aire de certeza, aunque la frase expresaba otro significado.

- He venido.

- Bueno, ¡entra! - dijo sonriendo.

Al entrar en la mansión, vi ante mí un hermoso jardín con bancos, mesas y una fuente. Algunas personas leían, otras conversaban. A ninguno de ellos pareció importarle mi presencia. Seguimos unos metros más hasta llegar a una gran puerta

de madera con detalles de hierro. Ya estaba medio abierta.

- Entre y siéntase como en casa.

Había una escalera en el centro y algunas habitaciones a los lados. Un grupo de personas pasa junto a nosotros. Hablaban entre ellos. Algunos llevaban mochilas y otros instrumentos musicales. Antes de marcharse, saludaron a la filósofa.

- ¿Qué es este lugar?

- Depende de a quién preguntes.

- ¿A qué te refieres? Un lugar es un lugar. Igual que una casa es una casa.

- Pero el significado del lugar cambia según el sentido que se le dé y según lo que representa.

- ¿Y qué es este lugar para ti?

- Para mí es un lugar sagrado.

- ¿Como una iglesia? No veo imágenes de santos, aunque hay algunos bustos esculpidos y retratos pintados en las paredes. Sin embargo, ninguno de ellos tiene alas.

- Lo sagrado no se limita al interior de las iglesias. El espacio sagrado es el que te recuerda quién eres y a quién sirves. No se ve

afectado por el tiempo o las circunstancias. Está iluminado por algo más grande.

- ¿Así que este es un lugar mágico?

Sonrió y me dijo:

- Hay que aprender a ver más allá de las apariencias.

Y finalizó:

- Religare.

Justo cuando pensaba preguntarle qué significaba todo aquello, se detuvo ante una de las puertas, la primera de la izquierda, y me pidió que entrara. Tenía un poco de miedo de lo que me iba a encontrar, pero para mi sorpresa era una habitación normal, con unas cuantas sillas en círculo y una pizarra en una de las paredes. Lo que más me llamó la atención fue el brillo del sol que entraba por una rendija de la ventana y formaba una línea, iluminando toda la habitación. Cerró la puerta y me pidió que me sentara, y luego hizo lo mismo.

- Todavía no entiendo lo que es un lugar sagrado
- dije tímidamente.

No sé si debería haber insistido, quizá ahora me consideraba demasiado ignorante para poder entenderla.

- El mundo está impregnado de sacralidad y contemplar el cosmos es contemplar innumerables ángulos de lo sagrado. Se trata de buscar lo que cada cosa tiene que ofrecernos. Pero para eso hay que ser capaz de ver la esencia de las cosas.

Luego se desvió del tema y me preguntó:

- ¿Cómo has estado estos últimos días?

Aquella frase entró por mis oídos y penetró por completo en mi ser. De repente, todo lo que estaba haciendo allí perdió su sentido. Cuando me recordé a mí mismo, ya no importaba si aquel lugar era sagrado, ni lo que ella pudiera contarme sobre los antiguos filósofos. Sentí el impulso de esconderme, de vomitar. Sólo podía pensar en volver a mi casa, a mi habitación y preguntarme por qué no había saltado, por qué no había puesto fin al dolor. Esperaba que respondiera, pero no pude. Permanecí en

silencio y miré al suelo mientras respiraba con cierta dificultad.

- Lo que está ahí no dejará de estar hasta que dejes de ser quien eres.

- ¡Ya lo sé! - respondí con agonía. - Siempre lo supe, por eso quise saltar de aquella pasarela. ¡Tú no lo entiendes! Nadie lo entiende. ¿Crees que no lo intenté? ¿Crees que quiero acabar con todo por capricho?

Yo hablaba y ella se limitaba a escuchar. No mostraba lo que pensaba o sentía.

- Estoy muy enfadado conmigo mismo. Con mis miedos. Intento huir de ellos, pero no puedo. Siento pánico. Veo un día precioso y me siento culpable por estar en mi habitación. Desperdicio mi vida día tras día. Soy mi mayor verdugo. Para no enfrentarme a mi frustración sobre mí mismo, creo fantasías, intento vivir algún tipo de mentira. Cuando trato de superar el miedo, de desafiarlo, algo sucede, me dice que soy débil, aunque estoy completamente comprometido. Es mucha fuerza la que tengo que ejercer, así que prefiero quedarme en mi habitación. Pero eso tiene un precio. Cada día que pasa es un día que ya no

tendré. Quiero gritar, quiero correr, quiero romper todo lo que me rodea. Quiero pegarme, quiero desaparecer. Esto me hace sentir culpable, muy culpable, y pido perdón a Dios. Intento quedarme solo, no involucrarme. No tengo fuerzas para ayudar a nadie y no quiero que nadie sufra por mi culpa. Siento ansiedad y apatía. Ira y lástima. Culpa y miedo. Por eso quise saltar de la pasarela. Y ahora me pregunto: ¿Por qué no lo hice?

Me costaba respirar y todo mi cuerpo estaba retraído, me sentía como en un campo de batalla, luchando conmigo mismo.

- Sé por qué no salté desde allí. Porque tal vez Dios nunca me perdonaría. Él debe de estar harto de tantas quejas sin sentido.

Me di cuenta de que no era a ella a quien se lo decía, sino a mí mismo.

- Cada año es más difícil a causa del tiempo. Por los acontecimientos que le han acompañado y por toda la gente que se ha llevado con él. Me recuerda, como un espejo, lo cobarde que soy, lo desagradecido que soy con el amor de Dios.

Podría ser mucho mejor de lo que soy si no fuera por mi culpa. Y por miedo a perder lo que tengo, sigo, día tras día, haciendo lo que tengo que hacer y diciendo lo que tengo que decir. Sin saber cómo sería si no fuera mi mayor verdugo.

Miré a la filósofa.

- Pensé en lo que dijiste, sobre vencer la resistencia. No puedo. No puedo vencerla, porque siempre vuelve descansada, renovada, mientras yo estoy cada día más cansado.

Entonces me senté y empecé a llorar.

- Saber dónde estamos es un buen comienzo - me dijo mientras me veía llorar. - Cuántos de nosotros hemos pasado toda una vida sin tener una conversación sincera mirando dentro de nosotros mismos. Hace falta mucho valor para mirar dentro de nuestra oscuridad, pero sólo quien pasa por ella puede darse cuenta de la luz.

Hizo una pausa y continuó:

- Hay mucho más que decir, estas palabras ya te desbordaban y te impedían respirar, pero cada cosa a su tiempo. Has mencionado la

resistencia. Te hablaré más de ella. Es un pensamiento de Steven Pressfield.

Se acercó y empezó a hablar:

- Es difícil reconocerla cuando no prestas atención. Sus argumentos pueden ser ciertos, pero no bastan para detenerte. Las quejas, los lloriqueos, las excusas y la autocompasión son dispositivos para que te rindas a ella. Empieza con una rutina, un ciclo repetitivo que haces sólo porque tienes que hacerlo, no te aporta ninguna satisfacción. Con el tiempo sientes asco, amargura. Se intensifica, la angustia te consume. Empiezas a dudar de tus capacidades. Ya no reconoces quién eres. Aparecen enfermedades psicosomáticas. Muchos buscan refugio en las adicciones, pura ilusión, porque pierden aún más el control y la vuelta a la realidad se hace cada vez más insoportable. Llegados a este punto, el individuo puede desarrollar una depresión y, en algunos casos, desear acabar con su propia vida. Tal infelicidad les ha enfermado. Es tu alma la que se asfixia, pidiendo a gritos la libertad de cumplir su misión en el universo. Y lo sientes cuando no puedes respirar o cuando se te cierra la garganta, se te seca la boca y el cuerpo se pone tenso. La única

forma de luchar contra la resistencia es creer plenamente en tu sueño y entregarte a él. Es un compromiso real. Es entregarte sin miedo, mostrando quién eres. Muévete siempre hacia tu sueño, porque es la única forma de alimentar tu alma. Nunca vencerás definitivamente la resistencia. Cada día es una batalla. Pero mejor una derrota en el mundo real que una vida perfecta en la fantasía, porque incluso la derrota en el camino hacia tu sueño te acerca a tu sueño.

- Tus palabras son fuertes y me reconozco en muchas de ellas. Pero, ¿cómo voy a perseguir mis sueños si no tengo ninguno? No sé el camino que quiero seguir. Quizá ésta sea mi mayor dificultad.

Hizo una pausa y continuó antes de que yo pudiera decir algo:

- Pero ahora no sabes cómo hacerlo, porque estás enfermo. El sufrimiento y el dolor están en todo tu ser. En tus emociones, mente y espíritu.

- ¿Es la tristeza una enfermedad? ¿Soy incapaz de entender lo que me pasa?

- Voy a hablarte de los tres dolores que no son físicos. El primero es el dolor emocional. Está

causado por la falta de confianza en la vida. Tienes que darte cuenta de que nada es por casualidad. Hay una inteligencia que da sentido a todas las cosas. Un lenguaje sutil que te habla cada día. Intenta mostrarte el camino a través de cada situación, conocimiento y persona que aparece en tu vida. La vida es cosmos, no caos. El dolor y el sufrimiento que sientes son tu alma queriendo manifestarse y todo lo que ocurre a tu alrededor es el universo queriendo mostrarte el camino.

- ¿Y cómo puedo entender lo que intenta decirme?

- Aprende a leer las señales. El lenguaje de la vida está hecho de símbolos. Se producen todo el tiempo para comunicarse contigo. Nunca olvides que el movimiento de la vida es inteligente. El símbolo siempre apunta a lo más noble. Así que haz lo mejor que puedas y observa las señales que te dará la vida.

- Pero, ¿cómo voy a saber lo que quiere mostrarme si nunca me he fijado en ella?

- Observa la sincronicidad que utiliza la vida para comunicarse contigo. Sea a través de eventos repetitivos que ocurren porque te niegas a aprender. Sea a través de las personas que atraemos. Pruebas que la vida nos ofrece

(siempre habrá una relación entre nuestros defectos y nuestras pruebas, ¡fíjate!).

Conocimientos que nos llegan en el momento oportuno. Palabras que nos dicen, a menudo personas que ni siquiera conocemos, en el momento en que más las necesitamos. La percepción de acontecimientos aparentemente negativos del pasado que ahora entendemos como bendiciones, liberaciones. Experiencias de otros que nos son contadas y encajan con las decisiones que necesitamos tomar.

Reconocimiento que tenemos cuando dudamos de nosotros mismos. A veces incluso hay varias de estas señales al mismo tiempo. Es como si la vida te gritara al oído. Sin embargo, hay que observarlas con imparcialidad, sin querer interpretarlas para justificar lo que ya teníamos intención de hacer.

- ¿Así que ese es el lenguaje sutil del que hablabas?

- ¡Sí! - respondió.

Y continuó:

- Responda siempre a las señales. Cada vez que las percibas, comunícate con ellas como lo

harías con un amigo querido. Así fortalecerás cada vez más tu diálogo con la vida.

- ¿Y por qué crees que la vida quiere hablar conmigo o incluso indicarme la dirección correcta?

- Porque está al servicio de tu evolución. Y cuanto más establezcas este diálogo, más aprenderás su lenguaje y comprenderás los propósitos que tiene para ti. Evolucionarás cada vez más y estarás en armonía con la naturaleza, con el cosmos. Nunca olvides que todo tiene un propósito.

Caminó unos pasos y continuó:

- Cuando te das cuenta de que hay una inteligencia en el universo, empiezas a reconocer lo sagrado, su naturaleza, y más que eso, te das cuenta de que formas parte de ella.

- ¿Sagrado así como este lugar es para ti?

- El mundo está impregnado de sacralidad y contemplar el cosmos es contemplar innumerables ángulos de lo sagrado. Significa buscar lo que cada cosa tiene que ofrecernos. Todo lo que existe aquí es un reflejo del mundo de las ideas, de las ideas divinas. Aquí es donde todas las cosas son creadas antes de existir. En el momento en que esa cosa llega a existir se

convierte en un símbolo de esa idea. Son puntos de eternidad en un mundo ilusorio. Mirar la esencia. Es como mirar la sombra e imaginar la figura. Las cosas del mundo material son transparentes. Se dejan ver. Permiten vislumbrar su esencia, siempre que se cuente con un observador predispuesto a ver y hábil para decodificar lo que ve. Esto se llama simbolismo. La capacidad de ver lo sagrado, la visión simbólica, está en la naturaleza humana a través de la intuición, pero también en gran medida a través de la inteligencia. Es una facultad humana.

Se dio cuenta de que era mucha información e intentó personificarla para mí a través de un pasaje de la historia:

- Los celtas eran tribus que habitaban parte de Europa desde siglos antes de Cristo. Poseían grandes conocimientos, conservados y transmitidos a través de los druidas. También eran grandes guerreros que parecían no temer a nada, ni siquiera a la muerte. Su valentía era reconocida incluso por sus enemigos. Cuando se les preguntaba, decían que sólo temían dos cosas: que el sol cayera sobre la tierra o que el

mar se levantara de su lecho hacia el cielo, porque eso sería un desorden de la naturaleza. Por lo demás, nada les estremecía, ni siquiera la muerte, porque conocían su papel en la existencia y vivían en armonía con el universo. Veneraban la naturaleza. Reconocían en ella lo sagrado. En ella realizaban sus ritos, su espiritualidad. Eran capaces de ver más allá de las sombras.

- Nunca había pensado en todo lo que me has contado y por qué es así. Hablas del universo como un ser inteligente que nos dirige a cada uno hacia nuestra misión en la vida. Como si cada uno de nosotros tuviera una relación directa con él, con la naturaleza. Como si tuviéramos un propósito mayor que nosotros mismos y, al mismo tiempo, como si formáramos parte de todo, como una sola cosa.

- ¡Exacto!

- Pero temo no ser capaz de entender sus mensajes, porque ¿cómo voy a saber cuál es mi propósito en la vida si no sé quién soy?

- Voy a hablarte del segundo dolor: el dolor mental. Es la falta de identidad", me dijo y luego me preguntó:

- ¿Conoces la diferencia entre imaginación y fantasía?

- Para mí, son la misma cosa. Imaginar y fantasear son creaciones de mi mente.

Ella hizo un gesto de desacuerdo y continuó:

- Uno es un sentido interno y el otro es una evasión de la realidad. La imaginación es una de las comunicaciones con el alma. Cuando imaginas algo, en realidad estás buscando un atributo que está dentro de ti. Es capaz de sacar lo más noble de ti, así como lo peor. Si no desarrollas tu imaginación, te pasarás la vida siendo un extraño para ti mismo, porque es ahí donde reside tu verdadera identidad. No podrías imaginar algo que no está dentro de ti, no podrías imaginarte a ti mismo para ser honesto si no tuvieras ese potencial. Si te identificas con él y lo vives a través de tu voluntad, se convierte en realidad. La fantasía es lo contrario. Es simplemente entregarse a ella. No requiere ningún esfuerzo, porque ya es el resultado. Nunca se convertirá en realidad. Puede llegar a ser peligrosa si se utiliza como evasión de la realidad. La fantasía roba la vida.

- Nunca lo había pensado.

- La imaginación presume de ser el primer vínculo del alma. Es el término medio entre lo temporal y lo eterno. Es el sentido de los

sentidos y, propiamente hablando, el único sentido verdadero. Es el cuerpo y el vehículo del alma. La fuente de la que mana la vida humana. El método más venerable de comunicación con Dios.

Cuando hablaba, sentía como si trajera a la vida muchas conciencias, muchos pensadores del pasado que permanecen inmortales gracias a personas como ella. Que preservan y comparten sus conocimientos, como hicieron los antiguos druidas, ayudándonos a encontrar nuestro propósito en el universo.

- El dolor definitivo. El dolor espiritual. Es tu alma queriendo liberarse. Para cumplir tu misión, tienes que dejar que se manifieste. No dejes que tu personalidad lo anule. Es la esencia, tu esencia. El universo es el cosmos, pero sólo puedes experimentarlo a través de los valores, las virtudes y la sabiduría. Lo profano es caos, es perturbación y locura, es apego. Así que cuida de ti, de tu templo sagrado, limpia tu casa, "pues las musas no ensucian sus vestiduras". A medida que liberes tu alma, comprenderás y vivirás tu propósito.

Y luego dijo:

- Religare.

Volvió a pronunciar esa extraña palabra.

- Religare. El hombre religioso. No necesita tener una creencia. Es capaz de tender un puente entre el cielo y la tierra. En otras palabras, es capaz de vivir el rito. Sacraliza su vida. Vive en el mundo material como si viviera en la eternidad. Es capaz de ver los aspectos sutiles de la naturaleza, ve las representaciones de Dios que se expresan a través de ella.

Me miró a los ojos y me dijo:

- Nunca olvides que todo espacio sagrado es un puente, un corredor entre la tierra y el cielo. Él siempre te recuerda quién eres y a quién sirves. No se ve afectado por el tiempo o las circunstancias. Está iluminado por algo más grandioso.

- No creo que sea capaz de entender todas estas cosas - le dije, para que se diera cuenta de que yo no era quien ella creía.

No pareció decepcionada por lo que le dije y continuó:

- Todo empieza dentro de ti. La esencia humana yace latente en cada ser humano. Cuando llega el momento de despertar, el elemento que nunca se ha realizado, que ha pasado por ti miles de veces, se realiza en ese momento. Todo está ya ahí, pero te das cuenta de ello a medida que expandes tu conciencia.

- ¿Y por qué me enseñaste todas estas cosas?
¿Por qué te preocupas por mí?

- El mayor sentido de la vida es ayudar al prójimo. Ya no se trata de ti. Todos somos uno.

Fue tan generosa conmigo, sin siquiera conocerme. Sin siquiera preguntarme mi nombre. Me sentía como un niño frente a una gran sabia mujer y tenía miedo de decepcionarla. Ella creía en mí más de lo que yo creía en mí mismo.

- Te doy las gracias por preocuparte por mí. Por creer en mí.

- No hace falta que me lo agradezcas. Yo también lo hago por mí. El que enseña es siempre el que más aprende.

Se oyó un ruido procedente de la puerta, que empezó a abrirse lentamente. Era una chica. Saludó a la filósofa. Detrás de la joven había un grupo de personas. La filósofa les sonrió y se acercó a mí:

- Si lo desea, puede participar en la clase con nosotros.

El lugar me encantó, pero ya había abusado de su tiempo.

- Gracias, pero tengo que irme.

- Sé que te llevarás contigo todo lo que has aprendido hoy.

Y concluyó:

- Cuando quieras hablar, ya sabes dónde encontrarme.

- Sí, yo sé - dije con una tímida sonrisa. - Gracias por todo lo que me has enseñado.

Me despedí por última vez y me dirigí a la puerta. Fue entonces cuando me di cuenta de

cómo había pasado el tiempo, ya era de noche.
Una noche de luna nueva.

El retorno

Volví al lugar donde todo empezó y casi terminó. Volvía a ser domingo por la mañana. Esta vez había algunas personas caminando. No estaba tan desierto como antes. Me acerqué a la barandilla. Había estado conmigo todo aquel tiempo y me había acogido cuando ningún otro lugar parecía capaz de sostenerme.

- Hola, amiga mía. Ya estoy aquí otra vez. No te preocupes, estoy bien. He venido a darte las gracias y a pensar en todo lo que he aprendido en los últimos días. Debes tener muchos conocimientos, porque has sido testigo de muchas historias, muchas conversaciones, muchas sonrisas y lágrimas. Se construyó hace más de cien años y sus formas las hizo caprichosamente un artista. Sus rasgos se asemejan a caminos. Tres caminos. Al final conducen a tres flores que tocan suavemente la esfera en el centro de todo. Como si fueran un puente hacia algo central que une todas las cosas. Quizá sea el creador.

Me detuve un momento y me maravillé de lo que estaba haciendo:

- ¿Quién lo diría? Estoy filosofando. ¿Qué pensaría la filósofa? ¿Y los celtas? Sin duda sabrían reconocer su significado, ya que llevan mucho tiempo recorriendo las tierras sagradas de la espiritualidad.

Me detuve un momento:

- ¿Tierras sagradas? ¿Rutas de peregrinos? ¿Como la de Santiago de Compostela? - me pregunté.

Cada vez me involucraba más con las ideas que surgían.

- Los pétalos me recuerdan a mi familia. A mi madre, a mis abuelos. Cuando vinieron de España. Las historias que contaban sobre el lugar donde vivían.

Era extraño cómo viajaba mi mente, cruzando el océano y volviendo a épocas en las que ni siquiera había pensado en nacer.

- Pueblos paganos, celtas... Recuerdo esas historias - dije emocionado. - Había ruinas de esas civilizaciones cerca de donde vivía mi familia. Y un camino, como el de Compostela, que terminaba en una costa, donde esta gente tenía un ritual de quema de ropa. Había oído esta historia hacía mucho tiempo.

Me asombré cuando me di cuenta de que todos esos pensamientos me llevaban al mismo sitio. Y cuando volví a mirar esas líneas, recordé que las había asociado a caminos.

- Pero, ¿qué representan?

Volví a centrar la mirada. Estaba disfrutando de la experiencia, aunque no tuviera ni idea de lo que representaba. No me avergonzaba de lo que me venía a la mente ni tenía miedo de decir alguna tontería. Sentía como si mis pensamientos pudieran volar libres, permitiéndome imaginar sin ningún tipo de barrera.

- El primero sería el camino de Santiago de Compostela, que representa la fe. El segundo, el camino de los pueblos paganos, representa la

espiritualidad y el tercero, el lugar donde vivió mi familia, representa el camino de los ancestrales.

Me sorprendió la conexión que había encontrado. También me di cuenta de que los tres caminos estaban muy cerca, todas en el noroeste de España. Y entonces continué:

- Y esa esfera en el centro, ¿qué podría ser? ¿El universo?

- Sí, podría ser - respondí como si hubiera resuelto el enigma.

Estaba contento con el resultado de aquel partido. Me senté en un banco cercano y, aún sonriendo, saqué un cuaderno y un bolígrafo de mi mochila y empecé a dibujar. Quería conservar esos trazos conmigo. Miré al cielo y me acordé de la filósofa.



- ¿Qué pensaría de eso la filósofa? ¡Qué imaginación!

No podía quitarme esas ideas de la cabeza.

- ¿Imaginación? Me dijo que sí podemos imaginar, entonces ya existe dentro de nosotros. Dijo que la imaginación es el vehículo del alma. ¿Así que no era sólo una broma? ¿Era un mensaje del universo?

Mi corazón empezó a acelerarse. Recordé que dentro de unos meses me iría de vacaciones.

- ¡Eso sería increíble! Me gustaría hablar con la filósofa sobre eso.

Sin darme cuenta, me había permitido soñar. Sonreía y hacía planes. Pero eso no duró mucho, pronto volvieron los pensamientos que tanto me atormentaban.

- ¡Qué tontería! Es una fantasía sin sentido. Tendrías que gastar un dinero que sería mejor conservar.

Mi cara cambió y empecé a pensar en todo lo que podía salir mal.

- Si le comento esto a la filósofa, se dará cuenta de que no he entendido nada de lo que ha intentado enseñarme.

Empecé a sentirme cansado y desanimado.

- Quizás sería mejor dejarlo para otro año y pensarlo con calma. Me voy a casa. Basta de soñar despierto por hoy.

El segundo encuentro

Era martes otra vez. Había pasado una semana desde que fui a la mansión a hablar con la filósofa. Me habló de la resistencia. Hasta entonces, nunca me había dado cuenta de lo presente que estaba en mi vida, en mis pensamientos, haciéndome retroceder a cada nueva oportunidad, a renunciar a cada sueño que osaba manifestarse ante mí. Sin embargo, después de pensarlo mucho, tuve el coraje. Estaba de nuevo frente a la mansión.

- Aunque le cueste desilusionarse conmigo. Quiero compartir con ella lo que pienso desde el domingo pasado. Esas ideas no me salen de la cabeza. Nunca he sentido mi corazón latir de alegría como ese día. Espero que ella esté aquí.

Estaba casi anocheciendo. Había venido directamente del trabajo. Cuando llamé a la puerta, me recibió el mismo señor. Esta vez no me hizo ninguna pregunta. Me dijo que podía pasar.

- Gracias.

Luego crucé el jardín y me dirigí a la entrada principal.

- ¿Cómo voy a encontrarla? Es posible que esté en una de estas habitaciones, pero me da vergüenza abrir las puertas. Esperaré.

Pasaron unos minutos y yo seguía de pie, esperando a que apareciera.

- ¡Hola!

Oí una voz que venía de lo alto de la escalera, a lo lejos. Era ella, la filósofa.

- Hola - respondí.

- ¿Cómo te ha ido?

- ¡Vaya! En realidad, quería decirte algo.

- ¡Claro que sí! Entonces vamos al jardín. Allí podremos hablar tranquilamente.

El jardín estaba iluminado. Incluso el agua de la fuente parecía haber adquirido un nuevo color.

- ¿Qué quieres decirme? - me preguntó en cuanto nos sentábamos.

- He estado pensando en algo.

- ¡Cuéntame! - dijo sonriendo con cierta curiosidad.

Le conté toda la historia. Desde la imagen de la barandilla hasta cada uno de los significados que le atribuía. Todo, cada detalle. Al principio hablaba con cierta emoción, pero a medida que pasaba el tiempo y ella no me decía ni una sola palabra, empecé a perderla, me parecía oír cómo la resistencia se reía de mí. Cuando la historia llegó a su fin, dejé de hablar y le pregunté qué pensaba de todo aquello.

- Para encontrar tu camino, tienes que bucear en tu interior. Sólo ahí puedes encontrar tu esencia.

- Supongo que sólo era una fantasía, ¿no? - dije sin humor. - Ni siquiera sé si podría...

- ¿A qué te refieres?

- Me di cuenta de que esto no era lo que esperabas de mí - respondí frustrado.

- No puedes cambiar tu camino por lo que piensen los demás - me dijo incisivamente.

Y luego continuó:

- Lo que tienes que hacer, sólo lo puedes hacer tú. Nadie más puede. Nadie lo entenderá. Sólo puedes hacerlo con tu fuerza.

- ¿Crees que realmente puedo hacerlo?
- Si has sido capaz de imaginarlo, entonces todo lo que necesitas para hacerlo realidad ya está dentro de ti, sólo tienes que esforzarte. Y aún hay más - dijo sonriendo. - No hay experiencia en la vida que no sea educativa.

Ella aún creía en mí, más de lo que yo creía en mí mismo.

- Sólo te daré dos consejos: Todo lo que se da en la tierra es perecedero. No te centres en eso. Concéntrate en lo que no muere. Y por último, prepárate. Haz tu parte y entonces te darás cuenta de que algo más vendrá y te honrará.
- ¡Gracias! Me siento más seguro. Pero confieso que estoy muerto de miedo.
- El miedo es importante. Nos muestra nuestro camino. Sin embargo, debe servir para empujarnos hacia delante y no para bloquearnos. Tu determinación debe ser verdadera y tu compromiso real. Para vencer la resistencia, tienes que tener plena fe en tu sueño. Créeme: no hay nada más importante que la realización de tu alma.

Le agradecí todas sus palabras y, sin saber cómo despedirme, sonreí tímidamente mientras caminaba despacio hacia la puerta por la que había entrado.

- ¡Eh! - dijo, haciéndome parar. - Ya que vas a viajar por las antiguas tierras de España, hay alguien que me gustaría que conocieras.

- ¿A quién? - pregunté sorprendido.

- ¡Cógelo! - me dijo mientras me entregaba un libro. - Es sólo un regalo.

El libro se llamaba "Las moradas del castillo interior", de Santa Teresa de Jesús. Fue escrito en 1577.

- No sabía que eras católica.

- Yo no lo soy, pero eso no impide que me inspire alguien tan especial. Alguien capaz de despertar en nosotros tranquilidad y una sensación de profundidad.

Hizo una pausa y continuó:

- No te sientas obligado a leerlo. Es que cuando dijiste que iba a España me acordé de ella y de su obra. Este libro fue escrito hace más de

cuatro siglos. Es un camino que sigues dentro de ti y, cuando llegas a tu centro, también te encuentras con el creador y entonces todo se convierte en uno. Te conviertes en un canal, en una manifestación de lo divino. Teresa de Ávila es alguien a quien admiro profundamente dentro del cristianismo.

Me sentí orgulloso de haber recibido ese regalo, porque noté lo mucho que significaba para ella. Me hubiera gustado darle algo, pero no llevaba nada conmigo y no sabía qué regalarle a una filósofa.

- Gracias por el regalo. Me quedé muy contento y te pido disculpas por no haberte traído nada.

- No te preocupes - me dijo sonriendo. - Ahora vete, seguro que tienes muchas cosas que hacer.

Fui hacia ella y le di un abrazo. No era un libro ni ningún otro regalo, pero fue la forma más sincera que encontré de agradecerle todo lo que había hecho por mí.

La preparación

Entre las diversas rutas que conducen a Compostela, elegí la del Primitivo porque algo en ella me llamó la atención. Comenzaba en Oviedo, en Asturias, y terminaba en la catedral de Santiago. Desde allí iniciaría la segunda ruta, siguiéndola hasta la costa de Finisterra, destino de los antiguos pueblos paganos. Y, por último, iría a la aldea donde había vivido mi familia.

Fueron muchos días de investigación, hablando con familiares que vivían en Brasil en busca del pasado. Conseguí mucha información, como la casa donde nacieron mi madre y mis abuelos y también que había familiares que aún vivían allí, como la hermana de mi abuela.

Había reunido muchas fotos, mapas y textos. Una en particular que me llevé fue una foto de mi abuela y mi abuelo cuando eran jóvenes, casi de mi edad. La guardé en mi cartera. Investigué las rutas y la distancia entre ellas y reservé albergues. También había estudiado mucho sobre los celtas, el clima y lo que necesitaría llevar.

Los días pasaban y yo seguía preparándome, pero no era fácil mantener la motivación. Hubo muchos momentos en los que pensé en abandonar.

- ¿Y si llueve? Quizá septiembre y octubre no sean la mejor época para ir. Tal vez me esté haciendo ilusiones. He leído informes de gente que ha estado allí y ha dado su testimonio. Todo lo que han pasado: lluvia, cansancio, llanto... No sé si es una buena idea. Cada día tengo más dudas que certezas. ¿Y si me vuelvo loco mientras camino por esos senderos? El Camino Primitivo es solitario y tengo miedo de sentirme aún más solo. Aunque no es la ruta más larga, se tardan muchos días en subir y bajar montañas. Largas distancias, dificultades y soledad. ¿Qué sentido tiene? Ella me dijo que no es necesario. Que lo importante es ir hacia dentro. Entonces, ¿por qué he mantenido esto en mi mente? Ya he perdido tanto tiempo en mi vida...

Me detuve un momento y pensé en lo que había dicho:

- Es curioso que me preocupe por el tiempo perdido, cuando hace apenas unos días decidí no vivir más. La verdad es que no sé qué hacer. Necesito parar por un tiempo. Sin embargo, si paro, es posible que no pueda prepararme y entonces será aún más difícil.
¡Basta ya! Me estoy volviendo loco. Voy a acostarme. Voy a dormir un poco.

Tumbado en la cama, me giraba de un lado a otro. Estaba ansioso.

- ¿Qué diría la filósofa si me viera así? Esto no está bien. Tengo que empezar a poner en práctica lo que me enseñó. No puedo pensar en rendirme cada vez que surja una dificultad. Tengo que levantarme, tomar aire y seguir adelante. Creer en mí mismo. De lo contrario, nada de esto habrá merecido la pena. Necesito calmarme para darme cuenta de lo que el universo intenta decirme. Desde que tuve la idea de recorrer estos caminos, he adquirido una nueva motivación. No importa si tiene sentido para los demás. Lo que tengo que hacer es permitirme conectar con todo eso.

Después de calmarme, noté que mis ideas surgían con más claridad.

- A veces, cuando dejo de pensar y me limito a observar atentamente, buscando una respuesta, una sensación que me tranquilice, tengo la impresión de que algo está ocurriendo, como susurros en medio del ruido. No lo oigo, sólo lo siento. No sé cómo explicarlo... Necesito confiar, creer. Aunque no esté seguro, seguiré adelante sin dejarme distraer por malos pensamientos. Estoy seguro de que tarde o temprano esos pensamientos volverán a invadir mi mente. Por eso tengo que ser firme y no dudar de lo que ocurre, aunque no esté seguro de lo que es. La verdad es que dificulto demasiado las cosas. Me gustaría tener la sencillez de un niño, que lo imagina todo tan simple. Esto hace el mundo más fácil.

La persistencia

- Falta poco más de un mes para el viaje. He notado pensamientos fuertes, pero no desconocidos. El deseo de dormirme y anestesiarme. Sumergirme en alguna sensación que me adormezca. Siento mucho sueño, como una intoxicación. Todo esto consume mi tiempo y así puedo hacer muy poco. Lo que no tiene que ver con los viajes ahora me gusta, extrañamente me gusta, como si dijera que ya no tiene sentido buscar. Que puedo hacer cosas sin culpa, que el miedo no volverá. Que mi vida es muy buena y cambiarla sería un error. Que hasta los momentos de tristeza me dan nostalgia. Que lo mejor sería dejar todo esto atrás y disfrutar de la vida como nunca. Que insistir en este tema me devolvería miedos e incertidumbres que milagrosamente ya no viven conmigo.

Me detuve un momento.

- ¡Qué extraño! ¿Cómo ha cambiado todo de repente? ¿Mis sentimientos? ¿Mis miedos? ¿Mis frustraciones? ¿Por qué antes era tan difícil dejar de sentirlos? ¿Qué ha cambiado mi realidad?

¡No tiene sentido! Una parte de mis pensamientos quiere convencerme, pero la otra me cuestiona, me dice que es sólo una excusa, un miedo a intentarlo. Es la falsa seguridad de mis días. Días que aparecen en mi memoria como si fueran parte de mí y que podría perderlos si insisto en este viaje. Mi cabeza está en un conflicto sin fin. Los pensamientos aparecen como voces en el universo de mi mente. También hay un sentimiento, no estoy seguro de lo que es, no se manifiesta como los otros pensamientos. Parece vivir en lo más profundo de mi alma, en un lugar que realmente no conozco. Cuando surgen los pensamientos que me paralizan y pienso en rendirme, puedo sentirlo. Es una tenue llama, un leve latido de mi corazón, como un soplo de esperanza, de voluntad y de vida, que permanece incluso frente a tantos malos pensamientos y emociones. Necesito mantener vivo en mí lo que me hace buscar estos caminos.

Recordé lo que me dijo la filósofa: "No hay nada más importante que la realización de tu alma".

- Necesito escribir esto en un papel y llevarlo conmigo para que cada vez que el miedo intente

paralizarme, pueda decirle lo que vibra en mi corazón.

El viaje

Yo estaba sentado junto a la ventanilla, en el lado izquierdo del avión. Había dos asientos más a mi derecha. Una mujer y su hija ocupaban esos asientos.

Observé el cielo y me pregunté:

- Cuántas personas han recorrido estos caminos, cuántas buscan también en innumerables libros de grandes pensadores las respuestas a sus preguntas, algo que las transforme. ¿Soy digno de este viaje? ¿Seré capaz de comprender el sentido de lo que me lleva por estos caminos?

Estaba lleno de incertidumbres.

- Teresa de Ávila decía en su libro que muchos andamos perdidos en nuestro castillo interior (que habita en nosotros y siguiendo sus moradas encontraremos nuestro sentido y también a Dios) y que incluso cuando por fin entramos en él, seguimos tan rodeados de parásitos, como pensamientos, sentimientos atribulados y comportamientos viciosos, que oscurecen la belleza que allí existe. Tal vez esté intentando

decirme que es mejor no perder demasiado tiempo en estas primeras "habitaciones", o sea, en estos momentos de incertidumbre, sino permanecer centrado en lo que me ha traído hasta aquí. Este es todavía un lugar muy peligroso porque no tengo claridad en mis pensamientos. Se trata más de determinación y fe intentando superar mis miedos y apatía, que de darme cuenta de lo que el viaje representa en realidad. Es como viajar con los ojos cerrados, guiado más por el sentimiento que por la vista.

Llegué al aeropuerto de Madrid a las cinco de la mañana del catorce de septiembre de 2023.

Tenía que coger un tren a la ciudad de Oviedo, pero para ello tenía que tomar el metro hasta la estación de Chamartín. No estaba seguro de cómo hacerlo, así que pregunté a un empleado que estaba cerca

- ¿Puede decirme cómo llegar a la estación de Chamartín?

- Vaya a la terminal y compre su billete - me respondió secamente, señalando con la mano en una dirección donde no había nada. Tenía una mirada amarga y enfadada. Parecía agitado. Otras personas también eran como él. Tal vez sea una característica de las grandes ciudades.

Me detuve un momento y observé lo que hacía la gente. Caminé un poco y encontré otra persona que también trabajaba allí. Ella tenía una mirada más ligera, así que decidí arriesgarme.

- Buenos días. ¿Podría decirme cómo llegar a la estación de Chamartín?

Fue muy amable. Me explicó cómo debía hacerlo. Le di las gracias y seguí adelante.

Pasaron unas horas y por fin llegué a Oviedo. Dejé mis cosas en el hostel y, a pesar del cansancio, salí a explorar la ciudad. Caminaba sin rumbo hasta que me topé con la estatua de una mujer, toda de negro, con un sombrero de época y posiblemente un collar de perlas. Y más allá, una catedral grande y hermosa. Decidí acercarme. Era la catedral de San Salvador. A su izquierda había otra estatua, pero en ese momento pasó casi desapercibida. Algo en aquella catedral me llamó la atención, tal vez fuera su construcción, los detalles eran impresionantes. Mientras la admiraba, un hombre se acercó y sonriendo me dijo:

- Los que van a Compostela y no a San Salvador conocen al siervo y no al señor.

No entendí a qué se refería, pero antes de que pudiera preguntar, hizo un gesto con la mano en dirección a la entrada de la catedral.

- ¡Vamos! - dijo. - ¡Ve allí! Pídele su bendición para lo que está a punto de comenzar.

Me pareció todo muy extraño. ¿Quién era esa persona? Pero en lugar de preguntarle, me dirigí hacia la puerta de entrada. Cuando llegué, vi que la persona que tenía delante estaba comprando una credencial de peregrino y una vieira. Son objetos típicos de quienes hacen el camino. El primero lo utilizaba para dejar constancia de los lugares en los que había estado y el segundo para que todos supieran que era un peregrino. Fue entonces cuando me di cuenta de que aún no los tenía y que al día siguiente empezaría mi peregrinación. Así que aproveché para comprarlas, así como la entrada para visitar la catedral.

Entré. Caminé despacio. Algunas personas estaban sentadas rezando. Caminé hasta el pasillo y subí las escaleras. Allí tenían

vestimentas antiguas, cuadros e imágenes. Algunas eran tristes y me hacían sentir mal, tal vez me mostraban algún sentimiento que había guardado en mi interior. No sabría decirlo. Seguí caminando hasta que me encontré con una imagen de Santa Teresa. Por un momento sentí que podía hablar con ella. En algunos lugares no había nadie más, así que escuché el silencio y me limité a observar todo lo que me rodeaba. En el camino de vuelta recordé lo que me había dicho el hombre sobre pedir una bendición para lo que iba a empezar. Me senté en el banco frente al altar de la catedral, buscando mentalmente las palabras adecuadas, pero como no estaba acostumbrado a las oraciones, así que simplemente dije lo que sentía:

- Te pido tu bendición, Señor, para que pueda recorrer los tres caminos. Protégeme de mis miedos e incertidumbres. Y dame la sabiduría para comprender el lenguaje del universo y mi papel en él.

No sabía si me había escuchado.

- Tal vez esté demasiado ocupado con cosas más importantes, pero me gustó lo que dije, fue

como una conversación y ahora me siento más tranquilo.

Me levanté y me dirigí a la puerta, la misma por la que había entrado. Estaba contento, porque además de la bendición que había pedido, también tenía la vieira y la credencial de peregrino.

- Tal vez ese hombre tenía razón después de todo.

En cuanto salí de la catedral, le busqué. Sin embargo, ya no estaba allí.

- Tengo mucha hambre. Me ruge el estómago.

Ya eran las tres de la tarde y lo único que había comido eran unos bocadillos.

- Así, ¿cómo voy a poder caminar tanto tiempo? ¡Me voy al mercado! Es hora de preparar algo de comer. Puedo usar la cocina del albergue para hacer una buena comida y comprar bocadillos para comer por el camino.

Comí bien: fideos, huevos y una tortilla, que estaba lista, sólo tenía que calentarla. Me sentía más fuerte.

- Es más fácil pensar en lo que tienes que hacer cuando tienes el estómago lleno.

Ya eran las nueve de la noche. Me duché y terminé de recoger mis cosas para el día siguiente. Había siete camas en mi habitación, aparte de la que yo ocupaba. Algunas estaban ocupadas. Allí tumbado, mi cuerpo se relajaba, pero mi mente seguía agitada. A menudo me preguntaba qué estaba a punto de empezar.

- ¿Seré capaz de caminar tantos kilómetros?
¿Seré capaz de entender las señales del universo? ¿Encontraré el camino?

Había muchas preguntas, pero no tardaron en mezclarse. Ya no podía concentrarme en ellas. Mi cuerpo parecía querer desconectarse. Empecé a sentir mucho sueño. Oí algún ruido, alguien encendió la luz, otros dijeron algo en voz baja, pero nada pudo sacarme del estado de somnolencia que se había apoderado de mí. Así

que me rendí al sueño. Sabía que necesitaba descansar y mi cuerpo me lo pedía eso.

Camino primitivo

Me desperté poco antes de las siete de la mañana. En la cocina del albergue preparé unos huevos revueltos y me los comí con un poco de pan que había comprado en el mercado. Allí había café.

- Una bebida caliente por la mañana siempre ayuda a despertarse.

Llené dos botellas de agua y las dejé junto a mis cosas. También até la vieira a mi mochila. A partir de ese momento, cualquiera que me viera sabría que estaba recorriendo el Camino de Compostela.

Antes de partir, sellé mi credencial de peregrino. Aún quedan muchos espacios por cubrir. Pero poco a poco se irán llenando.

- Creo que ha llegado el momento. Estoy un poco nervioso.

Me eché la mochila a la espalda y me dirigí de nuevo hacia la catedral de San Salvador, porque era desde allí donde empezaba el sendero Primitivo.

Frente a la catedral, la observé unos instantes más. Me acerqué a la estatua de su izquierda, la misma a la que no había prestado atención el día anterior. Era la imagen de Alfonso II, rey de Asturias. Se decía que fue durante su reinado cuando un ermitaño compostelano descubrió la tumba del apóstol Santiago en el año 814, y que el rey Alfonso II fue el primer peregrino que recorrió el camino hasta allí. Por eso se llamó a la ruta Camino Primitivo.

- Hoy empiezo el camino que tú recorriste hace mucho tiempo - dije sonriendo ante la imagen de Alfonso II. - ¡Espero llegar yo también!

Cuando me aparté de la imagen, vi a una joven con una mochila a la espalda. Miraba hacia un jardín.

- ¡Hola! - le dije.

- ¡Hola! - respondió sin entender.

- ¿Quieres que te saque una foto?

Me dijo que no hacía falta y sonrió. Así que asentí y continué.

A pocos pasos había una vieira en el suelo. Marcaban la dirección del camino. Y según su posición, tenía que seguir recto.

- ¿Encontraré las otras vieiras? Ojalá no me pierda.

Seguí caminando y fueron apareciendo poco a poco. Una o dos veces pasé de largo sin verlas, pero pronto las encontré.

En un momento dado, mientras caminaba, me encontré con dos portuguesas y caminamos juntos un rato. Empezó a llover, aunque hacía calor. No sabía si debía ponerme el chubasquero. Una lo hizo y la otra no. Yo preferí meter la funda en mi mochila y la capucha de la chaqueta sobre la cabeza. Pronto amainó la lluvia y llegamos a una pequeña capilla. Vi a algunas personas sellando sus credenciales, así que cogí la mía. Fue entonces cuando me di cuenta:

- ¡No me lo puedo creer! La lluvia mojó parte de mi credencial.

Estaba en mi bolsillo. No tenía mucho que hacer, así que la sellé y la metí en la mochila.

- Espero que la credencial aguante y no se deshaga.

Las portuguesas se quedaron en la capilla, pero yo preferí seguir. El tiempo volvía a ser hermoso. Mientras caminaba, me cruzaba de vez en cuando con otros peregrinos. Entre ellos había una pareja. No sé qué edad tenían, quizá unos cincuenta años.

- ¿Viaja solo? - preguntó.

- ¡Sí!

- ¿De dónde eres?

- ¿Brasil y usted?

- Somos de aquí, de España. ¿Es su primera vez aquí?

- ¡Sí! Es mi primera vez.

- Esperamos que le guste.

- Gracias.

Me saludaron y yo seguí, caminando un poco más rápido que ellos. No sabía cuántos kilómetros habían pasado, quizá seis o siete. Me dirigía a Grado, así que debían de faltar casi

veinte kilómetros. Había muchas subidas y bajadas.

- Parece que nunca llego.

Me até la chaqueta a la cintura, pero de vez en cuando se me caía. Mi mochila pesaba cada vez más y me dolían los hombros. Estaba cansado. A veces tropezaba con pequeñas piedras. No entendía por qué mi andar era confuso y desordenado. No podía explicarlo, era como si no supiera andar.

- Pero, ¿cómo es posible? ¿Cuánto más lejos?

Pasé por un camino donde había algunas vacas pastando y otras tumbadas. Mi andar era ruidoso y mi respiración agitada.

Acabé atrayendo su atención, y durante un breve instante me siguieron con la mirada. Sentí como si me estuvieran juzgando.

- ¡Hola, queridas vacas! ¿Cómo estáis? ¿Por qué me miráis así?

Después de reírme, me di cuenta de lo que estaba haciendo:

- ¿Estoy hablando con vacas? Sí, creo que este paseo ya me está confundiendo.

Seguí un rato y llegué a una capilla llamada Capilla de Fátima. La puerta estaba abierta. Me quité la mochila de la espalda y la puse en el suelo, apoyada en la pared.

- Me duele la espalda.

Extendí los brazos, me estiré y giré el cuello lentamente. Entré y me detuve frente al altar. Había dos filas con tres bancos largos a cada lado, una imagen del santo encima y una vela encendida. Me senté un rato y miré el móvil para ver cuánto había andado y cuánto me faltaba.

- ¡Todavía falta! Cuanto más rápido intento ir, menos distancia cubro.

Salí de la capilla y algo me llamó la atención. Vi a un hombre sentado en un banco a mi derecha, de espaldas a mí. Parecía el mismo hombre que me había hablado el día anterior delante de la catedral de San Salvador. Curioso, cogí mi mochila y me acerqué a él.

- ¡Buenas tardes!
- Buenas tardes - respondió.

¡Era él!

- ¿Te acuerdas de mí? Hablamos ayer.

Me miró y me asintió.

- ¿Qué tal el camino? - me preguntó.
- Bueno - respondí, intentando transmitir una seguridad que no tenía.
- Ya veo.
- ¿A qué te refieres? - pregunté confuso.
- Pareces cansado.

Pensé que sería mejor decirle la verdad.

- Es que nunca llego. Parece que llevo días caminando.
- Te sientes así porque lo estás haciendo mal.
- ¿Qué quieres decir? - dije con cierta indignación - ¡Puedo andar!
- Tu problema es que en lo único que piensas es en lo menos importante. Sólo quieres llegar.

- ¿Y qué hay de malo en ello? Tengo que llegar. Ese es el objetivo.

- No, no lo es - dije impaciente. - Ése es el gran problema de la gente. Siempre están tan ocupados corriendo detrás de algo que no prestan atención al camino.

Ese es tu compromiso aquí. Es con el camino.

- Pero llegar forma parte del viaje.

- El destino es una consecuencia. Si tienes que llegar, llegarás. Pero lo que marca la diferencia es cómo has llegado hasta allí.

Empecé a entender lo que me decía.

- Actúas sin darte cuenta. Casi todo el mundo vive también así. Como quien se levanta y va a trabajar imaginando ya la hora de irse. Esperas con impaciencia el fin de semana y, cuando llega, sientes que desaparece casi de inmediato. ¿Te imaginas lo tortuoso y largo que se hace este viaje y la poca recompensa que aporta?

Se detuvo un momento, me miró y dijo:

- Mientras busques el destino en lugar de apreciar lo que te ofrece el camino, tendrás que

acostumbrarte a refunfuñar por una carretera que parece no tener fin.

Tenía razón. Estaba allí para hacer el camino. No había razón para tener tanta prisa por llegar.

-Y tú, ¿también estás haciendo el camino?

- Todos lo estamos haciendo - respondió sonriendo.

Tras un breve descanso:

- Bueno, creo que seguiré mi camino. Quizá nos veamos por el camino.

- Quién sabe - me dijo, antes de volver a la posición anterior.

Me puse la mochila a la espalda y me até la chaqueta a la cintura. Bajé por el pequeño sendero que llevaba a la entrada de la capilla y seguí adelante. Ya no iba a gran velocidad e intenté no pensar en el tiempo que me quedaba. Sin embargo, seguía sintiéndome extraño mientras caminaba, como si me desequilibrara por momentos. No obstante, seguí caminando.

- ¡Mirad eso! ¡Una higuera!

Sólo cogí uno. No encontré muchos buenos para comer.

- Intentaré encontrar más frutas por el camino.

Me quedé encantado cuando, a lo largo del camino, las ramas de los árboles de ambos lados se juntaban, formando un túnel, y el sol entraba por los huecos que dejaban. Era muy bonito, pero no pasó mucho tiempo antes de que ocurriera algo.

- ¡No me lo puedo creer! Tropecé de nuevo.

No me caí, pero la chaqueta se me soltó de la cintura.

Era muy torpe y cada vez que me distraía con mis pensamientos, sentía cosas malas como desánimo y tristeza. Esto me hizo cuestionarme de nuevo qué estaba haciendo allí.

- ¡Pararé un rato!

Me quité la mochila y me puse la chaqueta por encima. Me senté en una piedra y respiré más profundamente.

- Estoy haciendo un esfuerzo. Lo hago lo mejor que puedo. ¿Qué queda por hacer?

Recordé las palabras de la filósofa: "Prepárate. Haz tu parte y entonces te darás cuenta de que algo más surgirá y te honrará". Respiré de nuevo y me puse en pie. Me enderecé y caminé.

- Voy a caminar despacio, sin prisa. Voy a aprovechar el silencio e intentar escuchar, percibir y comprender. No voy a abusar de mí mismo con malos pensamientos.

Empecé a concentrarme en el camino y a olvidarme de todo lo demás. Con el tiempo, sentí como si aquel lugar quisiera decirme o mostrarme algo. Agudicé mis sentidos y mientras caminaba, escuchaba el sonido que hacía cada vez que pisaba en las hojas secas. Observé las piedras, todas cubiertas de musgo, había algunas hojas amarillentas que destacaban del resto y ramas caídas en el suelo. En ese momento me di cuenta de lo que la naturaleza intentaba decirme.

- Sé que está aquí, sólo necesito concentrarme.

Observé atentamente, mirando por entre las hojas en el suelo.

- ¡Allí! Tras esas piedras.

Recogí una rama que encontré caída. Era un poco más grande que yo.

- ¡Es él! ¡Sé que es él!

La quité una pequeña parte y la puse a mi lado.

- ¡Es perfecto!

Llevaba dos pequeñas tiras de tela. Una era roja y la otra azul. Se las até.

- A partir de ahora eres mi bastón - dije alegremente. - Mi bastón mágico.

Sentí una conexión más fuerte con toda esa naturaleza que me rodeaba y con el camino. Algo había cambiado. Podía sentirlo y agradecí al universo por ello.

Algún tiempo después, siguiendo por el camino en dirección a Grado, me fijé en un cartel que

indicaba que había una iglesia a unos cientos de metros, en un desvío de la ruta.

- ¡Iglesia, ya voy!

No tenía prisa por llegar. Al fin y al cabo, estaba allí de camino. Era la iglesia de Santa Eulalia. Me quedé un rato delante, pero la puerta estaba cerrada. Un poco más adelante, había unas termas romanas, pero no tenían agua y estaban rodeadas por una valla. Hice algunas fotos y volví por el mismo camino. Vi a dos personas que venían en dirección contraria. Una chica de unos treinta años y un hombre mayor. Ella me preguntó:

- ¿Es aquí donde está la iglesia?

- Sí, es por aquí. Justo delante.

Me despedí de ellos y retrocedí parte del recorrido para poder continuar el camino.

Un rato después me di cuenta de que no era necesario dar la vuelta y seguir. Me di cuenta de ello cuando los vi venir en cuanto los caminos se juntaron.

- ¡Hola! - les dije sonriendo.

Los tres seguimos juntos unos minutos más hasta que el hombre se despidió y se fue. Nos quedamos los dos solos. Ella era más o menos de mi altura, de piel clara y tenía la cara roja por el sol.

- ¿Cómo te llamas?

- Kath.

- Soy Leandro. Soy brasileño, ¿y tú?

- Soy escocesa.

Luego, al darse cuenta de que yo era brasileño, comentó:

- Hay una canción brasileña que me gusta mucho.

- ¿Cual?

- No recuerdo el nombre y me da vergüenza cantarlo - dijo sonriendo.

- ¡Inténtalo! No hay nadie más. Y es poco probable que cantes peor que yo.

- ¡Voy a intentarlo! - dijo mientras recuperaba el aliento y se armaba de valor. - “Caminhando e cantando e seguindo a canção”...

Luego hizo una pausa.

- "Somos todos iguais, braços dados ou não" -
Añadí.

- ¡Sí! - dije, un poco avergonzada.

- ¡He dicho que canto mal! A mí también me gusta mucho esta canción.

- Siento mucha energía en esa canción. Me lo imagino como si estuvieran todos juntos y ayudándose mutuamente.

- Es una hermosa manera de imaginarlo. ¿Así que te gusta la música?

- Sí, me gusta. Sé tocar algunos instrumentos. Donde vivo esto es muy común. Allí, si un grupo de gente está tocando y quieres unirse, no hay ningún problema. A todos nos gusta la música.

Luego habló:

- Nos conocimos antes.

- Sí, lo sé, justo ahora en la iglesia.

- ¡No! Fue antes.

- ¿Antes?

- Justo al empezar el día.

Lo pensé un momento y recordé.

- ¡Ah, sí! ¡Es verdad! ¡Al lado de la Catedral de San Salvador! Te pregunté si querías que te sacastes una foto.

- ¡Sí! - dijo sonriendo.

Tras una breve pausa, le pregunté:

- ¿Está disfrutando del viaje?

- ¡Sí! ¡Hay mucha naturaleza!

- ¡Es verdad! A mí también me encanta.

- Soy periodista y escribo muchos artículos sobre la naturaleza y la gente. Los paisajes de aquí son parecidos a los de Escocia. Llueve mucho, hay musgo en las rocas...

- ¡Parece un cuadro! - He añadido.

- ¡Sí!

Seguimos caminando y hablando. Eran las dos de la tarde y yo tenía mucha hambre.

- ¿Has comido ya? - pregunté.

- ¡Sí! Comí antes, justo antes de conocernos.

Eso no era bueno porque si me paraba a comer ella podría querer seguir caminando. No quería perderme su compañía. Decidí aguantar un poco más.

- Quiero llegar pronto para encontrar un albergue
- me dijo. - No quise hacer una reserva porque entonces podría decidir mientras caminaba.

Todavía estábamos a unos cuatro o cinco kilómetros de Grado y me sentía débil de hambre, pero lo que me dijo me dio una idea.

- Si quieres, podemos parar un momento y tú puedes buscar un albergue en internet, así podemos recorrer los últimos kilómetros tranquilamente. Y mientras tú miras, yo como un bocadillo que traigo en mi mochila. ¿Qué te parece?

- ¡Sí! Podemos hacer eso.

La idea había funcionado. A nuestra derecha había un pequeño muro que nos separaba de la vía del tren.

- Sentémonos aquí. Así podremos descansar un poco mientras buscas un albergue.

- ¡Trato hecho!

En cuanto terminé de comer, me dijo:

- Lo encontré. Está justo al principio de la ciudad. Alquilan habitaciones.

- ¡Perfecto! Así que, pongámonos en marcha.

Nos ponemos de pie y caminamos un rato por la vía del tren hasta que volvimos a saltar el muro y

continuamos por la acera. Había encontrado una habitación para dos personas por doce euros cada una. Anulé la reserva que había hecho y nos quedamos allí. No quería demostrarlo, pero estaba muy cansado, me dolía la espalda y los hombros.

- Necesito un buen baño - le dije.

Sonrió y comentó:

- Entonces somos dos. Tú primero, después yo.

Me di un buen baño caliente. Cuando volví saqué algunas cosas de la mochila, incluida mi credencial, que aún estaba mojada.

- Voy a ponerla sobre la cama. Espero que se seque y no se deshaga.

Eran alrededor de las siete de la tarde. Salimos en busca de un sitio para cenar. Uno que tuviera buena comida y no fuera caro.

Paseamos por las calles de Grado mientras buscamos en internet un sitio para comer.

- Hay un restaurante en un albergue a unas calles. ¡Podemos ir si quieres!
- ¡Vamos!

Cuando llegamos nos fijamos en un gran árbol de mandarinas.

- Me gustaría tomar algunas.
- Yo también - dijo ella.

Atravesamos el jardín y llegamos a la recepción.

- ¡Buenas noches! ¿Sirven comidas aquí?
- No, pero hay un restaurante con buena comida a buen precio cerca de la plaza.
- Gracias.

Ya nos íbamos cuando me acordé de las mandarinas. Volví y pregunté mientras señalaba el árbol:

- ¿Me das un poco?
- Se puede, pero son un poco agrios.
- Gracias.

Nos dirigimos al árbol y cogimos dos mandarinas cada uno. Kath fue la primera en terminar de pelarlas y probarlas.

- ¡Tienes un aspecto horrible! - dije riendo y haciendo una mueca.

Lo probé y tampoco pude comerlo. Lo tiramos todo al primer cubo de basura que encontramos.

- ¡Ya estamos aquí!
- Este sitio tiene buena pinta - dijo.
- Entonces entremos.

Pedimos la comida. Realmente era un lugar agradable y la comida estaba sabrosa. Mientras comíamos, le pregunté:

- ¿Por qué haces el camino?
- Aún no sé la razón. Supongo que por la experiencia.

Hizo una pausa y continuó:

- Un amigo hizo el Camino de Santiago. Me dijo que cambió su forma de ver la vida.

Y después de pensarlo un poco, continuó:

- Pero no creo que tenga una razón concreta que me haya traído aquí, quizá la descubra por

el camino. ¿Y tú? ¿Por qué haces el Camino de Santiago?

Sólo hacía unas horas que la conocía, pero sentí que podía compartir lo que estaba haciendo.

- Voy a tomar tres rutas. La primera a Compostela. La segunda a Finisterra y la tercera...

Hice una pausa porque mientras hablaba sentía algo que no podía explicar, como si hubiera descubierto un sentimiento dentro de mí del que no me había dado cuenta tan profundamente hasta entonces. Saqué la pequeña foto de mis abuelos de la cartera, se la mostré y continué:

- Voy a recorrer los caminos de mi familia. Donde vivieron mis abuelos, nació mi madre...

- ¡Qué bonito! Este es un viaje muy especial para ti - me dijo, con los ojos brillantes.

- ¡Sí! Es muy especial.

- ¿Todavía tienes familia allí?

- Yo sí, pero aún no los conozco - dije con un poco de inquietud.

- ¡Pero pronto lo hará! - me dijo sonriendo.

- ¡Sí!

- Me gustaría conocer Finisterra, pero no tengo mucho tiempo. Estoy de vacaciones. Dentro de unos días tendré que caminar muchos kilómetros.

- Intenta convencer a tu jefe. Dile que estás haciendo un documental sobre el Camino de Compostela.

Ella sonrió y asintió negativamente:

- Mi jefe no me dejó.

Volvimos a la habitación. Estaba investigando cómo podría terminar la ruta en tan poco tiempo y tal vez incluso visitar el faro de Finisterra.

- ¿Y los albergues, seguirá sin reservar?

- Sólo busco uno para mañana.

- Le enviaré una lista de las reservas que he hecho. Quizá le sirva de ayuda.

- Gracias.

Ella siguió tomando notas y yo empecé a recoger mis cosas para mañana. He visto que mi credencial se había secado. Estaba un poco arrugada, pero seguía entera. Decidí llevármela envuelta en plástico.

- Necesito dormir. Estoy agotada. Mañana seguiré investigando - sonrío.
- ¡Sí! ¿Nos iremos temprano mañana?
- ¡Podría ser!
- Así que esperemos a que salga el sol para no caminar a oscuras.
- ¡Trato hecho!

Los dos estábamos cansados. Apagué la luz y me fui a la cama. No parecía que hubiéramos caminado sólo un día. Todo era intenso y mágico.

Nos despertamos, nos preparamos y fuimos al mercado a comprar algo para comer durante el día. Ella compró fruta. Yo no estaba seguro de qué comprar y, como aún llevaba un bocado en la mochila, no compré nada. Salimos del pequeño mercado y ya estábamos cruzando la carretera cuando oí que alguien nos llamaba. Cuando miré hacia atrás, vi a un hombre, el dueño de la tienda, con mi bastón en la mano. Volví corriendo.

- ¡Muchas gracias!

- No puedes abrirte camino sin tu bastón - dijo sonriendo.

Le di las gracias una vez más.

- ¿Cómo pude olvidar mi bastón? Prestaré más atención.

Hacía un día precioso y el destino era Salas.

Aproximadamente veintidós kilómetros. A lo

largo del camino había muchas frutas como

manzanas, higos, frambuesas...

Caminamos despacio, apreciando la naturaleza que nos rodeaba.

- Hace un día precioso - he dicho.
- ¡Sí! ¡Es muy agradable! Incluso un poco caliente para mí.
- Es perfecto para mí - sonreí y continué:
- No me gusta cuando llueve porque me mojo y hace frío.
- No me importa la lluvia. Estoy acostumbrada a ella. En Escocia llueve mucho. Me gusta cuando es ligera porque me refresca.

Tras unas horas de caminata, nos detuvimos a comer algo.

- ¿Ha planificado el número de días que tiene hasta llegar a Compostela?
 - Más o menos. Caminaré y sentiré si quiero caminar más o no. He visto algunos informes en Internet de que la gente camina distancias más largas a partir de la mitad del recorrido.
 - ¿Y has hecho la reserva para hoy?
 - Pues sí. Me quedaré en un albergue unos tres kilómetros antes del tuyo.
 - Hoy vas a andar un poco menos - comenté.
 - Sí, lo haré, pero son sólo tres kilómetros.
- Mientras comíamos, algunos insectos volaban a nuestro alrededor. Pude ver que estaba un poco asustada.

- ¡Aléjate, abeja! - dije mientras intentaba ahuyentarlas con las manos. Y luego continué:
- No te preocupes, sólo son abejas.
- ¡No! - dijo preocupada. - Son avispas.
- ¡Uy! ¿Es en serio? Porque parecen abejas.
- ¡Sí, son avispas! Son agresivas.

Los miré, ya no tan seguro de mí mismo y sin intentar apartarlos con las manos como antes, dije:

- ¡Por favor! ¿Podrías alejarte? Pero si no quieres, siéntete libre, sólo no nos ataques.

Terminamos de comer y seguimos caminando.

Al cabo de un rato dijo:

- Ya está.

Llegamos al punto donde se dirigiría a su albergue

- Me quedaré aquí - dijo.
- Me ha encantado conocerte - le dije. - No sé si volveremos a vernos.
- Quizá nos volvamos a ver.

Nos abrazamos y se fue.

- Me gustaría volver a verla. Vuelvo a estar solo. Creo que caminaré un poco más rápido durante estos últimos kilómetros.

Llegué al pueblo de Salas. Había una gran iglesia antigua. Cerca estaba el albergue donde pasaría la noche.

- ¡Buenas tardes! - dije al entrar en el hostel. - Tengo una reserva para hoy.

- ¿Cómo te llamas? - preguntó la encargada del local.

- Leandro.

Miró un poco su caderno y dijo:

- Sí, aquí está. ¡Ven conmigo!

La acompañé.

- Esta es tu cama. Hay una cocina al fondo. Puedes usarla cuanto quieras, y a la derecha están los aseos.

- Gracias.

Me quité la mochila de la espalda y me senté en la cama.

En cuanto mi cuerpo descansó, empezaron a dolerme los hombros y me costaba girar el cuello.

Un señor de la cama de al lado se dio cuenta y me dijo:

- ¿Le duelen los hombros?

- ¡Sí! Creo que mi mochila es demasiado pesada.

- Si quieres, puedes pedir a la oficina de correos que te lleve al siguiente albergue, así no tendrás que cargar con ningún peso mientras caminas. Yo lo hago así.

- No lo sé. Tomaré una pastilla para el dolor y veré cómo me va.

- Una vez - dijo el hombre. - Me dijeron que siempre que se viaja, para saber realmente lo que hay que llevar, se pone todo lo que se piensa llevar en un lado de la cama y todo el dinero que se va a llevar en el otro. Una vez hecho esto. Saca la mitad de las cosas y mete el doble de dinero.

Me reí y comenté:

- Incluso puedo quitar la mitad de las cosas, pero no será fácil poner el doble de dinero.

Sonrió y gesticuló con las manos y los hombros, demostrando que tampoco lo sabía.

- ¿Es la primera vez que recorre el Camino de Compostela? - pregunté.

- ¡No! Lo he hecho muchas veces. Desde que era joven. Antes era más difícil, sólo la mochila pesaba diez kilos - sonrío.

Y luego continuó, con un poco de tristeza en los ojos:

- Pero hoy ya no puedo. Tengo setenta años. Todavía puedo andar muy bien. Pero sólo llevo una pequeña mochila con bocadillos y agua, todo lo demás lo envió por correo.

- El camino hay que disfrutarlo, no sufrirlo - dije.

Sonrió y aceptó. Pero me di cuenta de lo mucho que le hubiera gustado llevar la mochila consigo. Me di cuenta de que era importante.

- Cógelo. - me dijo mientras me entregaba una tarjeta. - Este es el teléfono de Correos, por si lo quieres.

Lo cogí y se lo dije:

- Gracias, gracias. Lo pensaré, pero ahora lo que realmente necesito es cenar. Me muero de hambre. Encontraré algún sitio cerca.

- ¡Adelante! ¡Nos vemos!

- ¡Hasta luego!

Encontré un sitio para comer cerca de allí y luego fui al mercado y compré pan y queso para hacer bocadillos para el día siguiente. A la vuelta decidí sentarme en un banco junto a la iglesia. Era muy grande, un edificio medieval. Eran poco más de las ocho de la noche, pero aún era de día. Estaba distraído con los pájaros que sobrevolaban la iglesia y los árboles cercanos cuando me di cuenta de que había alguien sentado a mi lado.

- ¡Y ahí, joven! ¿Te ha gustado la ruta de hoy?

Era aquel extraño peregrino que ya había encontrado dos veces.

- Hola, ¡me ha gustado mucho el camino! -
respondí asombrado por su presencia - ¿Y tú?
¿Lo estás disfrutando?

Me miró y, en lugar de responderme, me hizo
una pregunta:

- ¿Cuántos años tienes?

No le entendí, pero lo mismo pasó las veces
anteriores

- Tengo treinta y ocho años.

- La primera vez que hice el Camino de Santiago
tenía tu edad. Hice la ruta francesa. Eso fue
hace treinta y ocho años.

De nuevo, no lo entendí, porque si tenía mi edad
y habían pasado treinta y ocho años, tendría
setenta y seis, pero aparentaba unos cincuenta.
No tenía sentido, pero pensé que lo mejor era
seguir con la conversación.

- No sé si estoy siguiendo el verdadero camino -
le dije. - El camino francés es el que sigue la
mayoría de la gente. Es una ruta más larga. Sin
embargo, no tendría tiempo para eso.

- Lo que dices es una tontería. No hay el mejor camino. Existe tu camino. Y eres un tonto si crees que lo elegiste. Tu destino te espera en el Camino Primitivo, como el mío me esperaba en el Camino Francés. Cada uno tiene su propio camino y nunca podrá volver a recorrerlo, porque el camino está vivo y, al igual que tú, siempre está cambiando. Cada momento es único y sólo puede ser vivido por su camino y su caminante.

- A veces no entiendo todo lo que dices - dije sonriendo.

Me sonrió y hizo una pregunta:

- ¿Ha conocido a mucha gente por el camino?
- Sí, tengo. Gente muy especial.
- ¡Qué bien!

De repente me vino un pensamiento:

- Es curioso...
- ¿Qué es curioso? - preguntó, sorprendido por mi reacción.
- Me has preguntado por la gente y, de repente, me he dado cuenta de que las personas que he conocido, los lugares que he visitado, las sensaciones que he experimentado, todo parece

haber sucedido por una razón mayor. No puede haber sido una casualidad.

Me detuve un momento y luego continué:

- Es como dijo la filósofa.

El extraño peregrino me miró y dijo:

- Los filósofos tienen el don de ver más allá de las apariencias porque sus mentes son libres, al igual que sus almas.

- ¿Es usted también filósofo?

Sonrió y me contestó:

- No soy filósofo, soy peregrino. Por eso también sé que nada ocurre por casualidad. Todo lo que se cruza en tu camino son señales que intentan mostrarte la dirección, pero sólo las personas con un alma y una mente libres son capaces de percibir los mensajes, porque entienden el lenguaje del universo.

- La filósofa me habló de ello - dije maravillado - Me habló del simbolismo, de las claves de la sincronicidad, pero no sé si puedo hacerlo.

- Tienes que abrir tu mente. Ver más allá de las sombras.

Me miró a los ojos y añadió:

- Cree en lo extraordinario.

Me detuve un momento, tratando de asimilar lo que decía, pero antes de que pudiera, dijo:

- ¡Bueno! He disfrutado de nuestra conversación, pero voy a prepararme para ir a la cama.

Mañana será otro día de caminata, peregrino.

Se levantó y pasó por delante de la iglesia, cruzó la calle y siguió caminando.

- Es muy extraño, pero me gusta. Me hace recordar a la filósofa. Y creo que haré lo mismo.

Mañana me levantaré temprano. Necesito descansar.

Me desperté. El señor con el que estuve hablando el día anterior ya se había marchado. Otras camas también ya estaban libres. Eran las 7.30 de la mañana. La tarjeta con el número de teléfono de correos estaba sobre la mesa junto a la cama. Aún me dolían un poco los hombros.

- ¿Llamo y les pido que se lleven mi mochila?

Recordé la mirada triste de aquel señor.

- ¡No dejaré que nadie se lleve mi mochila! Forma parte de mí. Vaya donde vaya, va conmigo.

Puse todo lo que llevaba encima de la cama. Revisé cada objeto y fui separando poco a poco todo lo que no era imprescindible.

- No tengo que llevar lo que no necesito. Lo que no me sea útil se quedará atrás. No puedo dejar que ningún peso innecesario se interponga en mi camino.

Me preparé la mochila, me la eché a la espalda y, bastón en mano, eché un último vistazo a todo

lo que dejaba atrás. No sentí tristeza ni arrepentimiento.

-¡Me siento libre! Espero que lo que ya no me sirve pueda ser útil a quienes lo necesitan.

Salí del albergue y seguí las vieiras que señalaban el camino. Dejé la ciudad. Estaba en plena naturaleza. El sol brillaba entre los árboles y me tocaba la cara. No sabía cómo traducir aquella sensación. Era como si pudiera sentir cada árbol, cada piedra, cada pájaro o criatura diminuta a mi alrededor. Mis pasos eran firmes. No tenía prisa. Admiraba la belleza de la naturaleza. Tenía ganas de llorar. Así que me entregué a las lágrimas y a una sonrisa feliz. Me sentía ligero y vivo. Llevaba conmigo mi mochila y mi bastón. Un sentimiento de profunda felicidad me envolvió. Dejé de caminar y me quedé admirando las montañas.

La pareja española que conocí el primer día me vio. Me preguntaron:

- ¡Buenos días, amigo! ¿Estás bien?
- Sí, estoy admirando la naturaleza - respondí sonriendo.

Lo entendieron y respondieron con una simple sonrisa y un gesto de la mano despidiéndose.

Seguí caminando y me detuve sólo cuando me di cuenta de que alguien se acercaba. Les dejaba pasar y les decía: Buen Camino. Quería estar solo. Quería seguir sintiendo esa magia, esa conexión, esa sensación fuerte y hermosa. Caminé y bailé con la naturaleza observándome. Me pregunté cómo serían esos caminos. Se me ocurrieron muchas ideas. En un momento dado empecé a tararear, no había nadie cerca. Canté las palabras que me venían a la mente y se formó una canción. Era muy sencilla, pero para mí sonaba como una oración:

"Me voy caminando, me voy caminando,
Me voy caminando, me voy.

Me voy caminando, me voy caminando
Porque soy un peregrino".

Seguí cantando durante mucho tiempo y caminando, pero estaba a punto de detenerme para que un grupo que iba delante de mí se alejara un poco. Entonces, desde detrás de mí, oí una voz que decía: "¡Hola!". Al principio contesté sin darme cuenta de quién era. Cuando miré más de cerca, sonreí y dije:

- ¡Hola! ¡Eres tú!
- Sí, te reconocí desde lejos por las cintas de tu bastón.

Le comenté que tarareaba tranquilamente.

- Estoy pensando en escribir algo sobre las historias que he aprendido aquí - me dijo.
- ¿Quiere un artículo para su trabajo?
- Algo para mí - dijo. - O tal vez un poema con las peculiaridades de lo que he visto, como el musgo de las rocas, las campanas atadas al cuello de las vacas.
- Creo que sería precioso. También me gusta escribir poesía. Creo que es una forma de expresar lo que sentimos por las cosas.

Entonces recordé que le gustaba la música.

- ¿Por qué no escribes una canción?
- Me gustaría. Quién sabe...

Y entonces sonrió.

Canté la cancioncita que había hecho.

- ¿Lo has hecho tú?

- ¡Sí! Es muy sencilla, lo sé - dije un poco avergonzado. - Pero me hace sentir bien. Es como una oración para mí.
- A veces las mejores canciones son las más sencillas - me dijo.

Sonreí y dije gracias.

- Quizá la utilice como música de fondo en un vídeo con las fotos que haga por el camino.
- Puedo crear una armonía para tu pequeña melodía.
- Muchas gracias - dije un poco tímido.

Al cabo de un rato, paramos a comer algo.

- Esta mañana, antes de encontrarnos, caminaba solo y pensaba en cómo serían estos caminos hace siglos. Pasé junto a los pueblecitos con sus casas de piedra e intenté imaginar cómo vivía aquella gente. Sus conocimientos. Me acordé de los pueblos paganos, los celtas.

- En los países del Reino Unido hay mucha historia celta. Me encantan.

Hizo una pausa y continuó:

- Tengo muchas ganas de hacer un documental con la gente de allí. Viajar por los pueblos. Conocer sus historias y sus conocimientos. Tenían una conexión muy profunda con la naturaleza, las hierbas, las estaciones.

- A mí también me fascina - comenté entusiasmado - Mi abuela me contaba historias de cuando vivía aquí en España.

Kath sonrió y dijo:

- Mi abuela también era una persona con muchos conocimientos, era fuerte. Me inspiro mucho en ella para todo lo que hago.

Se llevó la mano a un collar que llevaba al cuello y, mostrándomelo, dijo:

- Ese collar era de ella. Siempre lo llevo conmigo. No tiene valor económico, pero vale mucho para mí. Me acuerdo de ella y me siento valiente.

- También siento un enorme afecto por mis abuelos. Siento que, de alguna manera, siempre estamos conectados.

- Y pronto sabrás dónde vivían y también, por supuesto, otros parientes.

- ¡Sí! Tienes razón. Va a ser muy emocionante.
- ¡Sí! - sonrió y me miró a los ojos.

Ya habíamos recorrido casi todo el camino hasta el pueblo de Tineo. Estábamos caminando por el arcén de la carretera cuando nos encontramos con una iglesia a nuestra izquierda.

- Creo que es posible sellar la credencial en esta iglesia.

- Vamos para allá - dijo.

Dejé mi bastón apoyado en la pared y saqué la credencial de mi mochila. La estampé con cuidado para que quedara clara en el papel y volví a guardarla. Había otras personas esperando para hacer lo mismo. Guardé la credencial y continuamos.

Kath comía una mandarina mientras hablábamos.

- Putz - dije en cuanto me di cuenta de lo que había pasado.

- ¿Qué le pasa? - me preguntó asustada.

- ¡Necesito volver a la iglesia!

- ¿Por qué?

- Lo he olvidado.

- ¿Qué has olvidado?

- He olvidado mi bastón - me dije indignado. -

Volví a olvidar mi bastón.

- No te preocupes, ve allí. Te esperaré.

Por suerte estaba a pocos minutos. Volví corriendo y pronto llegué.

- ¡Gracias a Dios que estás aquí! - dije aliviado mientras miraba mi bastón mágico. - Lo siento.

Luego volví a donde ella me estaba esperando.

- ¡Lo he conseguido!

- ¡Qué bien!

- No sé cómo he podido olvidarlo otra vez. Pero se me ha ocurrido una idea para que eso no vuelva a pasar - le dije.

- ¿Qué idea?

- Siempre que empiece a caminar, contaré hasta cuatro.

- No te entendí.

- Un para mi mochila. Dos para la mochila pequeña donde llevo los bocadillos y el agua. Tres para mi abrigo y cuatro para mi bastón.

Sonrió y dijo:

- ¡Eso puede funcionar! - y luego pasó a mostrar ciertas dudas. - Creo que sí.

Sonreí con una mezcla de alegría y alivio.

Unos kilómetros más y llegamos al pueblo de Tineo. Nos alojamos en el mismo albergue. Era domingo y no había muchos lugares abiertos, así que esperamos hasta las siete de la tarde, cuando abrirían algunos restaurantes. Eso nos dijo el dueño del albergue. Una chica llamada Sonia que estaba en la misma habitación que nosotros nos preguntó si queríamos compartir la lavadora. Había una para lavar y otra para secar, a un precio de cinco euros cada una.

Kath dijo que ya había lavado la ropa la noche anterior.

- Me gustaría - dije. - Pero antes voy a darme una ducha para lavar también los que llevo puestos.

- No hay problema. Te espero.

Juntamos nuestra ropa, la metimos en la lavadora y nos repartimos los gastos. Una vez hecho esto, solo teníamos que esperar y luego meterlas en la secadora.

Mientras esperaba, Kath dijo que iba a buscar un lugar tranquilo para leer un libro. Tenía hambre, pero no pasaría más de media hora antes de que abrieran los restaurantes.

- ¡Veré si la ropa está lista!

Efectivamente lo estaban, así que cogí los míos y los de Sonia. Dejé las suyas sobre su cama y doblé las mías y las metí en mi mochila cuando me di cuenta de lo que había pasado.

- No me lo puedo creer. ¡Mi pantalón se ha roto!
¿Pero cómo es posible?

Una parte, donde había un bolsillo cerca de la pierna derecha, estaba pegada y se soltó, dejando un hueco considerable.

- ¿Y ahora? ¿Cómo lo arreglo?

El pantalón era impermeable, o al menos lo era...
No podría coser.

- ¿Quizá una cinta? Sólo tengo un pantalón aparte de éste y aún me queda mucho camino por recorrer. Mejor no me preocupo de eso por ahora. Me concentraré en lo que puedo hacer.
En ese momento volvió Kath.

- ¿Comemos?

Dejé el pantalón doblado sobre la cama.

- ¡Vamos! ¡Me muero de hambre!

¡Aquí estamos! El lugar era sencillo pero bonito. Nos sentamos y elegimos nuestros platos. Mientras esperábamos, ya hambrientos por cenar, hablábamos.

- ¿Cómo es para tí viajar sola?
- Siento libertad.
- Yo pienso lo mismo. Viajar solo es diferente. Conectas contigo mismo más intensamente.

Y después de pensarlo un poco añadí:

- Pero quizá sea más difícil para las mujeres. ¿Qué piensas?

- Algunas partes sí, otras no, por ejemplo: Siempre es más fácil para una mujer conseguir ayuda. Conseguir un lugar donde dormir, un aventón. Pero siempre puede haber otro interés.
- Entiendo lo que dices. Para mí es diferente. No hay tanta gente dispuesta a ayudar, pero los que lo hacen son auténticos. Por supuesto, el mal siempre existe, pero para las mujeres puede ser más difícil.

Hice una pausa y continué:

- Pero sabes moverte muy bien. Mucho mejor que yo.
- Creo que con el tiempo aprendes a detectar las señales.

Está hablando de señales. ¿Qué más podría saber sobre ellos?

Eso despertó mi curiosidad.

- ¿Qué piensa del sentido de la vida?
- No sabría decirlo. Pero creo que de alguna manera está ligado a la Tierra, a nuestro planeta. Por eso siempre intento concienciar a la gente sobre la conservación.
- Los pueblos antiguos tenían estos conocimientos - comenté.
- ¡Sí! Como los celtas.
- Una filósofa me dijo una vez que nada es casual. Que el universo nos muestra señales todo el tiempo. Como si cada uno de nosotros tuviera un propósito. Algo que hacer.
- Me gusta la filosofía. Me ayuda a pensar. Tampoco creo en el azar, pero es difícil saberlo. La verdad es que tengo muchas dudas. - Sin embargo, creo que el secreto está en la sencillez, en la relación armoniosa entre las

personas y la naturaleza. Eso es lo que intento promover en mi trabajo y también en mi forma de vivir.

El tiempo pasó muy deprisa mientras cenábamos. Siempre parece ocurrir en momentos especiales. Ya estábamos de vuelta en el albergue. Ella se tumbó, cogió un pequeño cuaderno y un bolígrafo e hizo anotaciones con la ayuda de una pequeña fuente de luz. No quería molestarla. Pero quería estar cerca de ella. Saber qué pasaba por su cabeza.

Cuando me desperté estaba oscuro y llovía a cántaros. Hice las cosas despacio. Terminamos de prepararnos y nos pusimos en marcha: yo, Kath y Sônia.

En cuanto salimos del albergue, nos dimos cuenta de que ya no llovía. Fuimos a un bar y nos tomamos un café. Me ayudó a despertarme. Hacía un día precioso. El resplandor del sol, aún lejano, se mezclaba con la bruma matinal y los árboles, formando un túnel por el que pasábamos. Parecía una naturaleza encantada, como en los cuentos de hadas, sólo que era real. La magia estaba presente y latía.

Aprendí que la niebla por la mañana era señal de un hermoso día. El anuncio de un día soleado.

Sonia se alejó y continuamos caminando los dos solos. Al cabo de un rato, me di cuenta de que Kath estaba inmersa en sus pensamientos.

Intenté iniciar una conversación, pero antes de que pudiera, ella comentó:

- Sonia me dijo que está haciendo la ruta sola, mientras su marido trabaja. Es difícil encontrar una pareja así.

- Es verdad. Es una relación basada en la confianza.

- ¡Sí! ¡Y respeto por la libertad! Los admiro por eso.

Me di cuenta de que había algo que quería decirme. No se trataba sólo de la historia de Sonia.

- Tengo mucho miedo de perder mi libertad. Por eso no tengo novio y cada vez que lo he intentado, ha pasado algo.

- A menudo la gente no se relaciona por sí misma, sino para ajustarse a unas normas. Para presumir ante los demás, cuando en realidad su atención debería estar en su propia felicidad. Se

unen a personas que les hacen infelices - comenté.

- Exacto, y así pierden su libertad. No hay nada más importante que la libertad.

Creo que nunca me había dado cuenta de lo fuerte que era ese sentimiento hasta que empecé a recorrer el camino. A cada paso que daba, me sentía libre como nunca antes. Quizá por eso sus palabras me llegaban al alma, cada palabra que decía.

Seguimos caminando hasta que, unos kilómetros después, nos detuvimos a comer algo en uno de los bancos y mesas de una plaza. Era pequeña y estaba llena de árboles, lo que nos proporcionó sombra y aire fresco, diferente de cuando estábamos directamente bajo el rayo del sol. Kath volvía a pensar, pero no quise invadir sus pensamientos, me limité a respetarla y me quedé allí, mirándola a ella y al horizonte.

- Sabes - dijo al cabo de un rato. - Quería entender por qué nuestras mentes están tan confundidas. ¿Por qué creemos en cosas que no existen?

Me habló de su hermano, que vivía con ella. Me dijo que tenía depresión. Y que su hermana había sufrido anorexia cuando era muy joven.

- A mí también me gustaría entenderlo - dije, recordando aquel día en que casi acabé con mi vida. - No sé. Nos acostumbramos a una vida infeliz y eso nos angustia. Nos asfixia. Con el tiempo nos sentimos deprimidos y empezamos a dudar de quiénes somos y de lo que somos capaces.

- La sociedad también nos impone una perfección que no tenemos - comentó.

- Creo que todos sentimos un vacío que no sabemos cómo llenar. Pero cada uno reacciona de manera diferente.

Dejamos de hablar durante un rato. Nuestras mentes buscaban respuestas.

- No sé por qué - dije rompiendo el silencio. - Quizá sea porque aún sabemos muy poco sobre quiénes somos.

- Tenemos que creer en nosotros mismos - añadió.

- Siento que el camino me ha enseñado mucho cada día.

Ella sonrió y aceptó. Luego se levantó y nos indicó que continuáramos.

Eran alrededor de las dos de la tarde cuando me dijo que estábamos llegando al albergue donde había conseguido una cama.

- Es aquí - dijo señalando el lugar.

El albergue en el que me alojaba estaba a pocos kilómetros. Quería quedarme allí, pero no pude.

- ¿Vamos a ir juntos mañana? Te espero - le dije.

- Podemos, si quieres.

- Yo quiero.

Nos despedimos, pero antes de que pudiera empezar a andar, oí su voz.

- No te olvides de arreglarte el pantalón - dijo sonriendo.

- ¡Es verdad! Tengo que arreglarlo. ¿Vas a estar bien?

- ¡Sí! Voy a leer un poco y a descansar para mañana.

Luego ella entró en el albergue y yo me dirigí al mío.

Al día siguiente íbamos a hacer la "Ruta de los Hospitales". Se decía que era la parte más dura y bonita de la ruta.

Cuarenta minutos más tarde, llegué al albergue. Era un lugar muy tranquilo. Me recibió un hombre que estaba sentado al fondo de la casa y junto a él había un niño de unos ocho años, su hijo, que le pedía jugar. El hombre le abrazó cariñosamente y siguió explicándome cosas. Me habló de un sitio para comer y también de la ruta para el día siguiente. Me dijo que esa ruta sólo se podía hacer cuando hacía buen tiempo. Si no, era mejor tomar una ruta alternativa. También me dijo que debía dejar mi bastón fuera de la habitación. Le pregunté si podía dejarlo debajo de la cama porque realmente lo necesitaba. Me dijo que no, pero que podía dejarlo dentro de la casa. Y que tuviera la seguridad de que no le pasaría nada. Asentí y seguimos hablando. La relación entre él y su hijo me pareció preciosa, y quizá por eso sentí el impulso de hablar de mi familia.

- Mi madre y mis abuelos son españoles - dije. Y voy a tomar la ruta donde vivían.

En ese momento, sin comprender realmente lo que estaba pasando, sentí que me invadía una fuerte emoción.

- Este bastón - dije mostrándole al hombre. - Lo llevaré a las tierras donde vivieron mis abuelos, donde nació mi madre. Recorrerá los caminos conmigo.

Ya no podía hablar. Intentaba contener las lágrimas que empezaban a caer por mis mejillas. Él se dio cuenta y también se emocionó.

- Está todo bien, puedes llorar. Tus palabras y tus gestos son muy hermosos.

Al cabo de un rato conseguí relajarme un poco y continué:

- Mi abuelo se fue a Brasil para mejorar la vida de mi familia. Se fue solo, con determinación y esperanza. Sólo tres años después, mi abuela pudo irse, llevándose a mi madre y a mi tía que sólo tenían tres y cuatro años.

- Mucha gente de España tuvo que abandonar su país para intentar encontrar una vida mejor para su familia - dijo. - Fue una época difícil.

Luego me preguntó:

- ¿Están vivos? ¿Nunca volvieron?
- Mi abuelo falleció cuando yo era aún muy pequeño, alrededor de los siete años. Nunca tuvo la oportunidad de volver a España. Tuve la suerte de pasar más tiempo con mi abuela. Ella sí volvió muchas décadas después. Se reunió con familiares, pero no pudo quedarse más que unos días. También falleció hace casi diez años.

Hice una pausa y continué:

- Siento que de alguna manera están conmigo. Puedo sentirlos.

Ambos estábamos muy conmovidos.

Dijo mirándome a los ojos:

- Eres un peregrino. Eres un peregrino.

Esas palabras me conmovieron. Entró en la casa y me dio dos pequeños objetos. Tenían forma de mano, uno verde y otro amarillo. Y me dijo:

- Uno es para ti y el otro para tu madre. Lo que te he dado no se puede vender ni comprar, hay que obtenerlo en forma de regalo.

Le di un abrazo y entramos. Me mostró la cama en la que me alojaría.

También le contó a su mujer la conversación que tuvimos y ella vino a desearme lo mejor.

Ya en la cama. Estaba recogiendo mis cosas cuando me acordé de mi pantalón.

- ¿Qué debo hacer? Tal vez puedan aconsejarme sobre cómo hacerlo.

Cogí mi pantalón y me acerqué a donde estaban. El hombre había salido, pero su mujer estaba allí.

- ¡Buenas tardes!

- ¡Buenas tardes! ¿Está todo bien?

- De hecho, me preguntaba si podría orientarme.

Le mostré mi pantalón y continué:

- ¿Podría darme una sugerencia de lo que podría hacer para arreglar este desgarró?

Se llevó la mano al pantalón. Lo miró un rato y dijo:

- ¡Aguanta! Te ayudaré. Creo que sé cómo arreglarlo.

- ¡Muchas gracias!

- Te traeré más tarde. Es que tengo muchas cosas que hacer en este momento. Pero no te preocupes.

Volví a darle las gracias y fui a dejar mis cosas listas para mañana.

- ¡Me alegro de que vaya a ayudarme!

Estaba muy ocupada. Llegaban otros peregrinos y ella les presentaba el albergue.

Era de noche. Acababa de terminar de cenar cuando se me acercó y me dijo:

- ¡Cógelo! ¡Creo que está bien! Sólo que no puedes meterlo en la lavadora porque se puede despegar.

El pantalón quedó genial. Lo hizo de tal manera que él permaneció impermeable.

- Muchísimas gracias. No tengo palabras.

- No te preocupes.

- ¿Cuánto le debo?

- No debes nada. No se preocupe.

No pude reaccionar a la amabilidad que tuvo conmigo.

- ¿Puedo darte un abrazo? - pregunté con emoción.

- Sí, ¡un abrazo está bien! - respondió sonriendo.

- Nos abrazamos y le di las gracias una vez más.

De vuelta a mi habitación, me tumbé en la cama. Las luces estaban apagadas y algunas personas dormían. Permanecí en silencio. Sentía una felicidad que ningún dinero del mundo podría comprar. El camino me ha mostrado gente maravillosa y me ha enseñado muchas cosas. Estoy muy agradecido.

Me desperté, comí un bocadillo que había preparado y esperé a que saliera el sol. Salí del albergue. Fui el último en abandonar el lugar. Había mucha niebla. He visto a los dueños del albergue. En realidad, fue ella quien me vio.

- ¡Hola! ¡Buenos días!

- Buenos días. Gracias de nuevo por su ayuda.

- No hace falta que me des las gracias. Le deseo lo mejor en su viaje.

En ese momento se acercó su marido.

- ¡Que tengas un buen viaje! - me dijo. - Y que viajes por las tierras de tu familia.

Los abracé.

- ¡Los llevaré en mi corazón! - dije con emoción.

- Tú también estarás en la nuestra - dijeron.

Asentí y seguí caminando hasta que la niebla no me dejó ver dónde había estado. Caminé despacio. Lloraba y pensaba en toda la gente buena que hay en el mundo. Unos minutos después me detuve frente a la pista para esperar a Kath. Luego me distraje con el sol que golpeaba la niebla y con las mariposas que volaban alrededor de las flores. No puedo decir cuántos minutos me quedé allí.

- ¿Estás pensando en la vida?

Era el extraño peregrino.

- Hola, me alegro de verte. Estoy esperando a alguien.

- Sé que sí - y luego continuó: - Veo que te has emocionado. El camino siempre hace aflorar grandes emociones en nosotros.

Empecé a decirle por qué, pero me interrumpió rápidamente.

- No lo hagas. No intentes explicar las emociones. Así te distanciarás de su magia. En lugar de eso, guárdalas en tu corazón.

Pensé en lo que me dijo, seguí su consejo y cambié de tema:

- Dijiste que sabes que estoy esperando a alguien. ¿Cómo puede saber?

Me miró y luego respondió a mi pregunta:

- Es como dicen: Los ojos son el espejo de alma.

Esbozó una leve sonrisa y continuó:

- El camino es un gran poeta, ¿verdad? Pero a veces hay que estar solo para aprender algunos de sus versos.

No me gustó lo que dijo, así que lo comenté:

- Quizá la poesía sea más bella cuando se comparte.

Sonrió discretamente y dijo:

- Es una frase hermosa.

Luego me miró por última vez antes de marcharse, hizo un gesto con la mano y habló:

- ¡Nos vemos en el camino, chico! ¡Buen camino!
- ¡Buen camino!

Unos minutos más tarde llegó Kath, emergiendo de la niebla.

- ¡Hola!

- ¡Hola! - dije con una leve sonrisa. - ¿Estás listo para visitar lo que dicen que es el tramo más hermoso del camino primitivo?

- ¡Sí!, estoy. - respondió entusiasmada.

El día era tan mágico que no sé cómo describirlo. A nuestra izquierda, el sol estaba cada vez más presente, dispersando la niebla. El musgo de las rocas y el color verde amarillento de las plantas y las hojas lo hacían parecer un cuadro. Los grandes árboles cobijaban en sus

ramas a pájaros que podían vernos desde arriba. Y todo brillaba. Parecía que había una energía en la naturaleza que se hacía visible a nuestros ojos.

- Me siento como si hubiera abierto un libro de cuentos de hadas - dijo.

- Siento como si estos seres fueran a aparecer ante nosotros en cualquier momento. A través de los árboles. A través del viento...

- Esta niebla también recuerda a esas películas de terror - dijo bromeando. - ¿Y si viniera un ser a por nosotros?

- En ese caso, correr sería una buena idea - respondí riendo.

La ruta era cuesta arriba. El sol era fuerte y tuvimos que beber más agua que en días anteriores. Pero eso no importaba ante tanta belleza. En lo alto de las montañas estaban las ruinas de lo que una vez habían sido hospitales y por el camino aparecían caballos salvajes que vivían su vida libres y sin miedo. Algunos de los más jóvenes aún eran torpes y juguetones, dando la espalda al suelo. Los más grandes caminaban tranquilos, sabiendo que nadie podría domarlos jamás, pues eran espíritus

libres. Así me sentía yo mientras caminaba. Me sentía libre, capaz de viajar por todo el mundo con mi mochila a la espalda y mi bastón en la mano. También vi esta libertad en Kath. Tenía un alma libre. Como todo el mundo, tenía dificultades, sueños, pero sobre todo energía, vida.

- Quería que todos sintieran esa sensación de libertad - le dije.

Se limitó a asentir y sonreír. Tal vez guardaba esa emoción dentro de su corazón, tal como había dicho el extraño peregrino, para conservar la magia del lugar con ella. Caminamos durante muchas horas. No era tan lejos, pero había muchas subidas y bajadas...

- Me he quedado sin agua - dijo sorprendida al ver que su depósito estaba vacío.

Miré mi botella y dije:

- No tengo mucho, pero podemos compartirlo, así nadie morirá de sed - bromeé. - Y no tardaremos en llegar a Berducedo.

- De acuerdo.

Caminamos unos cuarenta minutos hasta que encontramos nuestro albergue. Nos registramos y elegimos nuestras camas. Sonia y algunas otras personas que habíamos conocido en albergues anteriores también estaban allí. Faltaban veinte minutos para las siete de la tarde y el restaurante estaría abierto hasta las ocho. Así que todos acordamos ir a cenar, pero antes fuimos a darnos una ducha.

- No hay nada mejor que un baño para relajarse.

Salimos todos juntos del albergue y nos dirigimos al restaurante que estaba a sólo tres calles. En cuanto entré, sentí algo extraño.

Había muchísima gente. Oía voces que venían de todas direcciones y una energía que parecía sofocarme. Intenté mantener la calma.

- ¿Qué me está pasando? Mi respiración es extraña, es pesada.

Elegimos lo que íbamos a comer.

- Intentaré relajarme. Hablar y pensar en otras cosas.

Nos trajeron los platos. Cuando empecé a comer, me temblaban las manos y las voces parecían tan fuertes que estaban dentro de mi cabeza.

- No me encuentro muy bien - dije.
- ¿Qué tienes? - me preguntó Kath.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no sentía nada físico. Era una especie de pánico, pero no tenía ni idea de por qué.

- Creo que es sólo un poco de dolor de cabeza. No sé.

No podía concentrarme en la gente. Comí rápido. Tenía que salir de allí.

- Lo siento, pero tengo que salir. Voy a tomarme una medicina y a tumbarme.

En cuanto salí del lugar, me sentí mejor, pero todavía un poco mareado. Me senté fuera del albergue unos minutos para respirar y estar tranquilo. Luego entré y recogí mis cosas. Más tarde, cuando volvieron, me preguntaron si me encontraba mejor.

Les dije que sí. Antes de acostarme, fui al baño. De repente me entró un temblor. No podía controlarlo. Hacía mucho frío.

- ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué pasa con el frío?

Fui al baño y luego volví a la cama. Me tomé un analgésico, aunque no estaba seguro de lo que me pasaba, y me estremecí bajo las sábanas. Sin embargo, en cuanto me tumbé, no sentí nada más. En cuanto sentí esa sensación, desapareció y empecé a sudar.

- ¿Qué significa todo esto? Me siento bien. No entiendo qué pasó en el restaurante ni qué pasó aquí hace unos minutos. Creo que será mejor que duerma un poco.

Me desperté y me di cuenta de que mucha gente ya se había levantado, incluida Kath. Me encontré con Sonia. Me dijo que estaban tomando café. Había un bar al lado del albergue. Allí estaban todos.

- Yo también voy. Tengo hambre. Son las siete y media, aún no es de día y no tengo prisa.

Me cambié de ropa y preparé mi mochila. Recogí mi bastón y salí del albergue.

Sabía que algo estaba pasando. Había una energía diferente. En cuanto llegué al bar, Kath me preguntó si me encontraba mejor.

- ¡Sí, estoy! ¡Muchas gracias!

- Perdí el sueño. Me levanté temprano y tomé café.

- ¡El café es bueno! - comenté con una simple sonrisa. - Voy a pedir el mío.

El bar estaba lleno, pero eso no me molestó como ayer. Sólo había una mujer para servir a todos. Lo hacía todo tan rápido como podía. Esperé mi turno e imaginé que si yo fuera ella,

estaría nervioso, así que cada vez que miraba, intentaba parecer tranquilo.

He percibido que Kath se acercaba.

- ¿Pudiste descansar? - pregunté.

- Sí, aunque me levanté temprano, descansé.

Quería decirme algo y yo sabía lo que era.

- Creo que voy a estar aquí un buen rato - sonreí y señalé a la gente que tenía delante.

- Creo que sí - sonrió.

Y luego continuó:

- Estaba pensando en ir con ellos.

Me miró y esperó a que dijera algo. Realmente quería pedirle que se quedara, pero podía ver en sus ojos que esas no eran las palabras que quería de mí.

- No pasa nada. Tardaré un rato.

- Nos encontraremos en el camino.

- ¡Sí! Seguro que nos veremos.

Decir esas palabras no fue fácil, pero sabía que ella tenía su propio camino y debía vivirlo como creyera. Forzar cualquier otra actitud sería frenar sus alas. Y yo no lo haría, sobre todo después de haber aprendido tanto sobre la importancia de la libertad.

Volvía a estar solo. Tomé mi café y me puse en marcha. Hacía un día precioso y el trayecto hasta Grandas de Salime no sería largo. Caminé tranquilamente. Me sentía un poco confuso, pero intentaba mantenerme bien, así que preferí no pensar en las cosas que habían pasado.

En un determinado momento, mientras caminaba, noté que se me acercaban tres personas que hablaban entre sí. No los conocía, así que permanecí en silencio, pero escuche una voz familiar:

- ¡Eh! ¿Cómo va el camino?

Era el extraño peregrino. Estaba unos metros detrás de los otros. Me di la vuelta y dije:

- ¡Hola! ¿Cómo estás? Pensé que no volvería a verte.

Las tres personas me miraron y luego trataron de entender a quién me dirigía.

- ¿Nos hablas a nosotros?
- ¡No! - respondí mientras señalaba con la mano.
- Estoy hablando con él.

Miraron hacia atrás, pero no parecieron ver a nadie.

- ¿Se encuentra bien? - preguntó uno de ellos.
- ¡El sol no le hace ningún bien a tu cabeza! - se rió.

No lo entendí, pero pronto pasaron por delante de mí y me encontré frente al extraño peregrino. Eso me intrigaba.

- ¿Cómo has estado? - me preguntó.

Sin prestar atención a lo que me había dicho, le pregunté:

- ¿Te diste cuenta de lo que pasó? No te vieron.
- Es que la gente está muy distraída - contestó, sin hacer mucho caso.
- Pero miraron y no vieron - insistí.

Empecé a recordar las veces que nos vimos.
Siempre estábamos solos. No había nadie más.
¿Me estaba volviendo loco?

- ¿Quién eres tú que apareces de la nada y
desapareces con la misma rapidez? ¿Eres
producto de mi imaginación?

- ¡Soy real! No soy una imaginación.

Me lo pensé un momento y pregunté:

- ¿Así que eres un alma perdida?

- No puedo ser un alma perdida. ¡No estoy
muerto!

- Tendrás que disculparme, pero no pareces
vivo. ¡Nadie más puede verte!

Se estaba impacientando un poco, pero quería
entender.

- ¿Así que eres el espíritu de un templario que
ayuda a los peregrinos? - pregunté con
curiosidad.

Y luego, mirando con más atención, concluye
con una sonrisa:

- Te pido disculpas de nuevo, pero no te pareces
en nada a un templario.

- ¡Ya te he dicho que estoy vivo y no muerto!
- De acuerdo, si tú lo dices... Pero no es lo que parece.

Después de caminar unos minutos, pregunté:

- ¿Eres mi ángel de la guarda?

Entonces fue el extraño peregrino quien sonrió y dijo:

- Yo no sería tu ángel de la guarda. ¿Qué te hizo pensar eso?
- No lo sé.

Y entonces, prestando más atención a lo que me había dicho, le pregunté:

- ¿Por qué no iba a serlo? ¿Qué me pasa?
- Nada - dijo con una sonrisa disimulada.
- Si está vivo, ¿por qué nadie lo ve?
- Hay muchas cosas que no sabes. Hay muchos misterios en esta vida - respondió con aire de sabiduría.
- Sí. ¿Y qué estás haciendo aquí?

Noté que estaba un poco confuso por esa pregunta, pero antes de que pudiera continuar cambió el rumbo de la conversación.

- ¿Te ves un poco diferente?
- ¿A qué te refieres?
- Tus ojos. Están tristes.

Se dio cuenta.

- No quiero hablar de eso.
- Sólo tienes que saber que nada sucede si no tiene que suceder.
- Pero hay cosas que no tienen sentido.
- A veces no entendemos el lenguaje del universo porque estamos inconscientes, atascados en nuestras emociones, a veces porque todavía no es el momento. Así que lo único que puedes hacer es seguir caminando.

Caminamos unos kilómetros más. Estuvimos en silencio hasta que se detuvo.

- Es el momento de seguir solo.
- ¿Por qué dices eso? ¿No vienes?
- Cada uno tiene su propio camino y necesita vivirlo.

Luego se sentó en una roca y terminó:

- Necesito descansar un rato.

El extraño peregrino y sus misterios. Me despedí de él y seguí adelante. Gran parte del trayecto de hoy transcurrió por el borde de la carretera. No me gustaba, pero las hojas secas y amarillentas del borde daban un toque de belleza al asfalto, por donde de vez en cuando pasaban coches a gran velocidad.

Vi a una chica sentada. La saludé y le pregunté si todo iba bien. Me dijo que sí. Buscaba un sitio para dormir. Le di el número del hostel donde me alojaba. Llamó y reservó la última cama disponible.

- Gracias. Ahora tengo dónde dormir - dijo sonriendo.

- ¡Imagínate! ¿Estás lista para caminar unos kilómetros más hasta el albergue?

- ¡Sí! ¡Vamos!

La chica se llama Demy. Caminamos durante unas horas hasta que llegamos. Ella se quedó en otra habitación después del jardín.

Intercambiamos números de teléfono y luego nos despedimos, fui a recoger mis cosas y a

ducharme. Descansé un rato y fui a un pequeño mercado, el único que encontré, a comprar pan y otras cosas para hacer bocadillos. Después tenía que buscar un sitio para cenar.

Estaba tumbado escuchando música en el móvil cuando recibí un mensaje de Demy preguntándome si quería ir al museo que había cerca. Le dije que sí. Por el camino, se topó con un español de unos cincuenta años al que había conocido unos días antes. Así que le seguimos los tres.

Me gustó mucho visitar el museo. Vi máquinas de coser antiguas. Se parecían mucho a la que tenía mi abuela. Había espacios que representaban cómo eran las casas de la época, dormitorios, escuelas, mercados. Herramientas muy antiguas. También vi dibujos celtas marcados en el suelo. El hombre que estaba con nosotros, por ser español, sabía mucho de todo lo que había allí y hacía de guía, ayudándonos a comprender mejor la cultura y las costumbres de los antiguos que vivían allí.

- Tengo hambre - dijo Demy.
- ¡Yo también! - he dicho.

- Vamos a cenar - dijo el hombre.

Encontramos un buen restaurante. Comimos mucho y tomamos vino y agua.

- Tengo tanto sueño que ni siquiera puedo mantener los ojos abiertos - dijo Demy.

- A mí me pasa lo mismo - dije.

- Creo que los tres estamos casi dormidos en la mesa. Será mejor que nos vayamos - dijo sonriendo.

De vuelta al albergue, me tumbé en la cama y me dormí.

El día amaneció lluvioso. No tenía prisa por empezar a caminar, así que tomé el café con calma y preparé los bocadillos para el camino.

- ¿Debería ir con Demy? Es una buena chica, podríamos hablar.

Me lo pensé un momento. No habíamos acordado nada.

- No lo sé. He disfrutado mucho caminando solo. La energía y la emoción que siento.

Me quedé delante de la puerta con la mochila a la espalda. Salí y me di cuenta de que ya no llovía, sino que el sol estaba a punto de salir de un momento a otro.

- ¡Voy solo!

Cogí mi bastón y me puse en marcha. Hacía un día precioso. Caminé despacio en busca de fruta. Comí algunas manzanas y uvas, así como frambuesas.

Habían pasado dieciséis kilómetros cuando noté las primeras gotas. Me puse el chubasquero y esperé que parara pronto.

- No me gusta caminar bajo la lluvia", refunfuñe.

Al cabo de un rato, las nubes se dispersaron y el cielo volvió a estar despejado.

- ¡Qué bonito! ¡Ven sol! ¡Ilumínanos a todos!

Vi una pequeña capilla. Tenía una zona cubierta al aire libre.

- ¡Hora de comer!

Colgué mi capa sobre mi bastón, que estaba apoyado en la pared. Dejé la mochila a mi lado y me senté a comer uno de los bocadillos que había traído. El canto de los pájaros me hizo darme cuenta de que no era el único que se alegraba de la vuelta del sol.

Termino de secarme el chubasquero y lo vuelvo a guardar en la mochila.

- ¡Ahora puedo continuar! - dije con satisfacción.

Antes de que pudiera ir más lejos, noté que las nubes volvían a acumularse en el cielo.

- ¿Es posible? Caminaré rápido, quizá pueda llegar al albergue antes de que vuelva a llover.

No había andado ni trescientos metros cuando tuve que parar y volver a ponerme el chubasquero.

- ¡Ya estamos otra vez!

Llovía a cántaros cuando, cerca del albergue, me topé con una especie de túnel. Era alto y permitía pasar por debajo de la carretera hasta el otro lado. Dentro, me sentía como entre dos cascadas.

- Me quedaré aquí hasta que deje de llover.

Estaba solo allí. De vez en cuando observaba el volumen de agua que caía del cielo.

- ¿Qué haces ahí de pie mirando la lluvia?

Era el extraño peregrino.

- ¡Qué susto! - Dije con la mano en el pecho - Estoy esperando a ver si para un rato.

- Pero, ¿por qué? Ya estás mojado - se rió.

Entonces llegó una chica. Parecía que, como a mí, no le gustaba la lluvia. Me miró y yo a ella. Y se fue. En ese momento, el extraño peregrino se rió aún más.

- ¿Por qué te ríes de mí?

- ¡Porque te da miedo la lluvia!

- No tengo miedo. Sólo tengo frío.

- No seas tonto. Si quieres ver arco iris, tienes que aprender a que te guste la lluvia.

- Me gusta la lluvia siempre que no esté todo mojado y con frío.

Cuanto más intentaba justificarlo, más se reía. No sabía si era él o la lluvia lo que más me molestaba. Volví a mirar al cielo y me di cuenta de que no iba a cambiar, así que preferí la lluvia. Pero antes de irme, noté que la risa aumentaba de intensidad.

- ¡Vete! ¡Sigue tu camino!

Por fin llegué al albergue. Hice mi cama. Puse mi ropa a lavar y luego a secar. También fui al mercado a comprar algo para el día siguiente y

para la cena. Hice un plato de pasta con bacon y salsa de tomate. Estaba buenísimo.

- Espero que no llueva mañana.

Me desperté, me arreglé y miré por la ventana. Acababa de amanecer. Hacía mucho frío y llovía. Hacía 9 grados. Fui a la cocina a comer el bocadillo que estaba listo y luego, con la mochila, el bastón y el chubasquero puestos, salí del albergue en dirección a Cádavo, a unos veinticinco kilómetros. Me guíé por las señales de las vieiras. Ya en la cima de la montaña, sentí un fuerte viento que hacía caer la lluvia con fuerza sobre mi cara.

Mi cuerpo estaba todo mojado, si no por la lluvia sí por el sudor. En ese momento me detuve un instante, intentando mantener la capucha sobre la cabeza, pero con el viento parecía imposible y casi no podía ver.

- ¿Qué hago aquí?

Por un momento pensé en rendirme, en volver. Sólo quería salir de allí. Entonces, de repente, noté algo extraño. Era una sensación fuerte. Sentí como si ese momento representara varios otros en los que dudé, en los que me rendí por miedo. Cuando me rendí porque creía que no tenía suficiente valor.

En ese momento me invadió una energía. Mi mano agarró con fuerza el bastón y mis pies

empezaron a moverse con mayor rapidez. Si antes había vacilado por miedo, ahora me sentía como un guerrero. Caminaba con paso firme. Incluso parecía poseído por algo. Poco a poco me cruzaba con la gente. Ya no sentía frío, no me importaba la lluvia. No tenía sed ni estaba cansado. La única parte de mi cuerpo que parecía controlar eran mis ojos. Observaba el paisaje, la naturaleza con sus colores brillantes y húmedos, y al mismo tiempo una espesa niebla que nos envolvía.

Las subidas a las montañas no requerían ningún esfuerzo, los descensos aún menos. Caminaba mientras recordaba las veces que me había rendido. Pero allí, en mi mente, lo único que surgía era un pensamiento que decía que nada importaba. Mi voluntad era decisiva. Era como si todos los defectos del pasado se hubieran rendido ante la persona en la que me había convertido. Seguí adelante. Me di cuenta de que la lluvia no quería hacerme daño. Me enseñaba, me libraba de la tristeza que me causaban aquellos viejos pensamientos. Me mostraba mi fuerza. Tras kilómetros de marcha, me detuve en la capilla de un pequeño pueblo y volvió a salir el sol. Mis pasos se desaceleraron poco a poco y, bajo la copa de los árboles, en un sendero que

empezaba delante de mí, me detuve, bebí un poco de agua y después seguí adelante. Con el tiempo, hubo otros momentos de lluvia y sol. Pero ya no importaba si estaba mojado o tenía frío. Mi mente era firme, al igual que mis pasos. El camino ya me había mostrado la lección. La lluvia me hizo ver el arco iris. Comprendí lo que el extraño peregrino intentaba decirme.

Tan pronto llegué a Cádavo, vi el albergue municipal y pregunté si había una cama. Me atendió una señora muy amable. Me dijo que sí había y me dio consejos sobre dónde comer.

No solía llegar tan temprano. Sólo eran las dos de la tarde. El lugar era agradable y no estaba demasiado lleno.

- Hoy me voy a dar un capricho. Me comeré una pizza. Trabajo duro, buena recompensa - dije sonriendo.

El camino del día siguiente no sería largo, menos de quince kilómetros. Mucha gente, cuando llega a Cádavo, parte al día siguiente directamente hacia Lugo. Pero había un lugar que me llamaba la atención y estaba a mitad de

camino. No sabía por qué, pero sentía que tenía que hacerlo. Se llamaba Vilar de Cas.

Fui el último en salir del albergue. Antes desayuné tranquilamente, ordené todo y me puse en marcha. Hacía un día precioso. Encontré mucha fruta por el camino. Sobre todo manzanas y uvas. Puse un racimo de ellas en el extremo de mi bastón y caminé como si fuera un personaje de teatro. La naturaleza, hermosa a mi alrededor, me servía de público y el sendero de escenario.

- Aquí me siento como en casa. Me siento como un niño.

Continué caminando. Muy cerca de mi destino, me encontré frente a dos caminos. A la izquierda estaba la ruta que me llevaría al albergue. A la derecha había una pequeña iglesia.

- No tengo prisa. ¡Voy para allá!

La iglesia estaba cerrada. Alrededor había un pequeño muro y una puerta entreabierta. No entré. Al fondo, fuera, me fijé en un gran árbol, me di la vuelta y me acerqué para ver si tenía algún fruto. Fue entonces cuando me di cuenta de que había un hombre. No sé si estaba

plantando algo o simplemente cuidando la tierra a unos metros, más allá de una valla.

- ¡Hola! - dije.

Espero que no estuviera enfadado. Me hizo señas para que me acercara. Así lo hice.

- ¿Qué quieres? - me preguntó.

- Estaba buscando fruta. ¿Está bien si tomo un poco?

Me miró y respondió:

- No, pero aún no están buenos. ¿Te gustan los higos o las nueces?

- ¡Sí!

- Hay una maceta blanca en lo alto del muro por el que pasaste después de la pequeña puerta, cerca de la casa junto a la iglesia. Allí encontrarás nueces e higos. Los dejé allí, puedes coger todos los que quieras.

- ¡Muchas gracias!

Volví y cogí dos higos y tres nueces. Luego seguí adelante. Estaba frente al albergue, pero decidí no entrar todavía. Oí una historia sobre una iglesia abandonada cercana.

No tuve que caminar mucho para encontrarlo. Todo era de piedra. Construido hace siglos. Estaba rodeada de arbustos. Era como si la naturaleza la hubiera ido envolviendo poco a poco. Frente a la puerta principal, que estaba cerrada con cadena y candado, había una abertura y desde allí pude ver el interior. Me di cuenta de que dentro no había nada, aparte de unos bancos de madera. Todo era pasado, que poco a poco iba siendo abrazado por la vegetación.

Había una casa al lado, también en ruinas por dentro.

- Una sensación extraña. Por un lado, es hermoso encontrar un edificio tan antiguo lleno de detalles en medio de la naturaleza, parece mágico. Pero por otro lado, se siente como el final, como la muerte.

Sigo caminando unos metros. Un pequeño pájaro me llamó la atención. Se posó en la rama de un árbol cercano y empezó a cantar. De hecho, parecía que me hablaba.

- ¿Qué quieres decirme? No te entiendo.

- Creo que me estoy volviendo loco. Sólo está cantando.

No dejaba de mirarme y de cantar. Hasta que de repente, tan de repente como llegó, desapareció.

- ¿Hablando con pájaros? - preguntó sonriendo.

Era otra vez el extraño peregrino.

- Debo de estar volviéndome loco.

- ¿Por qué lo dices?

- ¿Y todavía me lo preguntas?

Y luego continué:

-Pero, ¿cómo lo haces eso?

- ¿Eso qué?

- Sale de la nada, como lo ha hecho ahora. ¿Y qué quieres de mí?

- Como tú, sigo mi camino.

- ¿Ha pensado alguna vez que podría haber muerto y no haberse dado cuenta?

- No, sé que estoy vivo - dijo sonriendo. - Hay muchas formas de hacer el camino.

De nuevo, no lo entendí, pero me gustaba su compañía.

- No le hablaba al pájaro - comenté. - Sólo jugaba con él.

- No hay por qué avergonzarse. La naturaleza nos habla todo el tiempo. Somos nosotros los que preferimos no escuchar. Te lo he dicho una vez y te lo repito: hay que creer en lo extraordinario.

No sabía qué decir.

Desde donde estábamos, era posible ver la iglesia abandonada, aunque de lejos.

- ¿Alguna vez viste esa iglesia?

- Sí, lo he visto. - respondió.

- Es extraño, ¿verdad?

- ¿Cómo?

- La vida. Todo tiene un principio y un final.

- ¿Por qué lo dices?

- Por ejemplo, ha sobrevivido durante tantos siglos y ahora se ha perdido en el bosque.

- Eso no significa el fin. Todo está en todo. Todo es uno.

Hizo una pausa y continuó:

- El hombre olvida sus orígenes. La naturaleza no.

Pensé en lo que me estaba diciendo.

- ¿Por qué caminas? - pregunté.

- Empecé porque lo sentía. Sentí las señales.

Pero sólo ahora entiendo por qué.

- Sigo sin saber muy bien lo que hago - comenté pensativo. - La filósofa me dijo que el verdadero camino a tomar es el interno. Que no sería necesario hacer esto.

- La vida siempre nos enseña más que el extraño Camino de Santiago - respondió. - Pero no tenemos mucha fe en las enseñanzas de la vida. Sin embargo, nada ocurre por casualidad, así que si estás aquí es porque este es tu camino.

- Haré tres caminos - dije. - El primero a Santiago, el segundo a Finisterra y el tercero a mis orígenes.

Le expliqué el dibujo y lo que representaba para mí.

- Me alegro de que hayas seguido las señales que te mostró el universo.

Y luego, sonriendo, continuó:

- Sigue así y podrás acceder al Alma del universo. Ahí es donde todo está escrito: pasado, presente y futuro.

Lo que dijo me recordó lo que me dijo la filósofa sobre el campo de las ideas. Es curioso que siempre parecían decir lo mismo, pero utilizando palabras diferentes.

- Gracias - dije un poco avergonzado. - Pero yo no soy como tú. No puedo entender lo que el universo está tratando de decirme. Estuve a punto de hacer algo que no me permitiría estar aquí. De hecho, no estaría en ningún sitio.

- ¿Por qué?

Le conté la historia de la pasarela y concluí:

- Podría estar muerto.

El extraño peregrino me miró y dijo:

- ¿Y quién dice que no moriste ese día?

- ¿A qué te refieres?

- Hay muchas formas de morir. Esa fue una de ellas. Hemos muerto y moriremos muchas

veces. A estas transformaciones las llamamos ciclos.

Tal vez tenía razón, pensé.

- Desde que empecé este camino, me siento diferente. He aprendido sobre la libertad y la determinación. Veo cosas que antes se escapaban a mis ojos, como la belleza de la naturaleza y la sencillez de los pequeños logros. Pero tengo miedo de volver a ser quien era. De no ser lo bastante fuerte.

- Has empezado a sentir la llama que vive dentro de ti. Sin embargo, si de verdad quieres encontrar lo que buscas, sé generoso contigo mismo. No dudes de ti mismo.

Estábamos muy cerca del albergue. Caminamos por una calle estrecha. Las casas eran todas de piedra. Salvo nosotros, había un silencio total.

- ¡Es aquí! - dijo, refiriéndose al albergue.

- ¡Sí! Es aquí. ¿A dónde vas ahora?

- Volveré a mí mismo - dijo sonriendo. - Pero algo me dice que nos veremos pronto.

Sonreí y me despedí del extraño peregrino.

Entré en el albergue. Era uno de los más bonitos en los que me había alojado. El interior de la habitación era de piedra. Las literas estaban casi todas ocupadas. Dejé mis cosas al lado de donde iba a dormir y me fui a duchar. Hacía una tarde preciosa. Había algunas sillas en el jardín. Me senté en una de ellas. El sol calentaba mi cuerpo.

Había una chica cerca. Empezamos a hablar. Me dijo que era inglesa y que viajaba hacia el norte.

- Esta es una ruta muy larga. ¿Cuánto tiempo llevas caminando?

- Hace unas semanas - respondió sonriendo.

Luego continuó:

- Mucha gente piensa que estamos locos por pasar tantos días caminando. Por caminar tantos kilómetros. Dicen: "¿Por qué no viajáis a una playa preciosa y descansáis allí, o alquiláis un coche y vais directamente a Santiago de Compostela? ¿Por qué perder tanto tiempo caminando? La verdad es que hay una fuerza que no podemos explicar.

Recordé las palabras del extraño peregrino.

- A medida que recorremos el camino, empezamos a sentir la llama que vive en nuestro interior.

- Sí, es una energía y un conocimiento diarios que hay que vivir para conocer.

- Y aquí nunca sabes qué va a pasar ni a quién vas a conocer. Todo es una sorpresa, es mágico.

- ¡Perfecto! Y eso no se experimenta sin reducir la velocidad. Sin disfrutar de lo que te ofrece la carretera - añadió.

Me dijo que dentro de tres días sería su cumpleaños. Y que quería celebrarlo en Santiago. Ese sería el regalo que se haría a sí misma.

- Su llegada será muy especial.

Ella sonrió y aceptó.

Cada uno de nosotros tiene su propia historia, sus propios sueños. Somos como universos. Caminantes de la vida. Siempre me emocionaba cuando sucedían momentos así.

Algún tiempo después fuimos a cenar. Cenamos todos juntos en una gran mesa. Fue muy divertido. Comimos mucho y bebimos vino.

Fue un día increíble lleno de buenas sorpresas.

Me desperté. La chica de Inglaterra ya se había ido. Se fue antes del amanecer. Recogí mis cosas. Comí un bocadillo que había preparado el día anterior y comencé a caminar hacia Lugo. Por el camino, pasé por otra gran casa abandonada y, cerca, un lago con aire misterioso. Un rato después, un gato empezó a seguirme.

- ¡Hola, gatito! ¿Qué pasa? ¿Quieres recorrer el camino de Compostela? - bromeé.

Caminó entre mis piernas. Tuve que tener cuidado de no tropezar con él. No parecía querer irse.

- Si juegas con él, nunca te dejará - sonrió uno de los dos caballeros que se acercaban a mí.

Al principio pensé que eran el dueño del gato, pero en realidad eran otros peregrinos. Aproveché la distracción del gato y les seguí.

- Creo que es un gato peregrino - comenté.

Eran dos caballeros españoles. Tenían prisa. Querían llegar al albergue municipal. Caminaban raro.

Me dijeron dónde vivían. Uno de ellos no vivía lejos de donde nació mi familia, así que les hablé de los tres caminos.

- ¿Siguen viviendo allí sus parientes?

- ¡Sí! ¡Siguen vivos!

Uno de ellos me dijo entonces:

- Tus parientes podrían asustarse pensando que quieres algo.

Luego concluyó:

- Espero que encuentre lo que busca.

Esas palabras me dejaron confuso. Por eso preferí el silencio. Luego volvieron a hablar de temas aleatorios y sin importancia para pasar el tiempo.

- Caminan muy deprisa.

- Queremos llegar pronto.

Eran buenas personas. Creía que eran amigos desde hacía décadas, pero me dijeron que se habían conocido en el camino.

Mientras estaban distraídos con una conversación sobre perros, Reduje la velocidad de mis pasos. Cuando notaron mi ausencia, ya estaban lejos.

Continué tranquilamente por el sendero hasta llegar a Lugo. Era una gran ciudad. El albergue donde pasaría la noche estaba dentro de las grandes murallas. Eran muy bonitas e imponentes. Casi todo en la ciudad estaba cerrado por ser domingo, pero con un poco de ayuda encontré un mercadito donde compré algunas cosas para hacerme mi propia comida. En el hostel donde me alojaba, me encontré con Demy. Quedamos en dar un paseo más tarde. Fuimos a ver la enorme catedral y el museo de Lugo. El precio era más bajo para los peregrinos. A la vuelta, hubo una actuación callejera de música típica gallega. Fue muy bonita. Admiré la alegría con la que cantaban y bailaban. Me recordó a los pueblos paganos en sus aldeas y fiestas.

De vuelta al albergue, me comí la empanada que había comprado antes. Cada vez que comía

una, me acordaba de mi abuela y de sus empanadas. Eran las mejores.

- ¿Y ahora dónde está el extraño peregrino?

Creo que le gustaría este lugar, estas paredes. A veces pienso que es tan viejo como ellas...

Bueno, lo único que sé es que mañana voy a Ferreira. Serán casi treinta kilómetros. Pero lo único que tengo que hacer hoy es ir a mi habitación, necesito dormir. Estoy muy cansado.

Tan pronto salió el sol, abandoné la ciudad de Lugo. Después de unos kilómetros, volví a sentir el aire primitivo del camino mientras continuaba entre la naturaleza, pasando por pequeñas aldeas y fuentes.

Por el camino, me vinieron a la cabeza muchos pensamientos y me invadió una sensación de cansancio. Había recorrido un largo camino cuando llegué a San Román Retorta. Vi un cartel. Indicaba la existencia de una iglesia, o como decía: la parroquia de Santa Cruz de la Retorta.

- ¿Debería ir?

Me detuve y miré en ambas direcciones. Mis dos opciones estaban frente a mí.

- ¡Estoy aquí por el camino! - me dije con firmeza. - ¡Estoy aquí para caminar!

Entré y anduve un rato hasta que me encontré con dos señores hablando y cuando me vieron, uno de ellos me dijo:

- ¡Este no es el camino!

- ¡Ya lo sé! Me gustaría conocer la iglesia.

- ¡Está allí!
- ¿Estás lejos?
- ¡No! Aproximadamente cuatrocientos metros.
- Gracias.
- Por nada. ¡Buen camino!

Fui allí. No había nadie. Un camino silencioso, salvo por el canto de los pájaros. Llegué a la iglesia. Hay un pequeño cementerio a su alrededor. Observé durante un rato y luego regresé. En el camino de vuelta, me apoyé en un pequeño muro de piedra para descansar un rato.

- Este lugar es muy bonito, siento paz pero también cansancio. Me duelen los pies y estoy confuso mentalmente.

Me apoyé en mi bastón y dejé la mochila en el suelo a mi lado. Respiré hondo. Miré a mi alrededor y confirmé que no había nadie más.

Volví a respirar hondo y miré al cielo. Me sentía tan pequeño...

- Universo, quería hablar contigo. Quería hacerte muchas preguntas. Quería escucharte, saber

qué piensas de mí. Saber si estoy despierto o dormido, si actúo bien o mal.

Cerré los ojos. No me avergonzaba decir en voz alta lo que pensaba, después de todo, estaba solo. No había lugar para la vergüenza en esos momentos.

- ¿Será que si me concentro podré acceder al alma del universo, como me dijo el extraño peregrino, o al campo de las ideas, como me dijo la filósofa? Así estaré seguro de mí mismo y de lo que tengo que hacer.

No sabía cómo empezar. Me acordé de las canciones tranquilas y los mantras que solía escuchar cuando me sentía muy ansioso.

- Voy a respirar y a escuchar los sonidos que me rodean.

La propia naturaleza parecía cantar en mis oídos. Respiré, me relajé. Permanecí así un rato, no sé cuánto. Entonces abrí lentamente los ojos. Esperaba que ocurriera algo. Tal vez una voz o una imagen.

- No ha pasado nada. No ha pasado nada.

Sonreí. Estaba un poco decepcionado. Me había creado demasiadas expectativas.

- Esta vez no.

Recogí mi mochila y mi bastón, bebí un poco de agua y volví a caminar. Noté que ya no me dolían los pies.

- Fue bueno descansar. Estoy mejor.

Cogí dos manzanas del árbol. Metí una en la mochila mientras me comía la otra.

Volvía al camino de Santiago cuando oí pasos. Alguien se acercaba. Era una chica. Empezamos a hablar. Tenía unos veinte años. Se llamaba Nell. Había nacido y vivía en Irlanda.

- ¿Estás disfrutando del camino? - me preguntó

- Estoy aprendiendo mucho de él.

- Yo también.

- Es curioso lo fuerte que es todo aquí. Se mezclan muchas sensaciones.

- Estoy de acuerdo contigo. Muchos momentos felices. Conocemos gente, pero a veces mi mente cambia y empieza a intentar hacerme desistir.

- Entiendo lo que quieres decir. Empezamos a dudar de lo que hacemos.

- Así es. Cada vez que esto sucede, canto mentalmente mantras Hare Krishna. Me fortalece. Cambia mi vibración.

Me sabía unas cuantas y empecé a cantar.

- ¡Tú también lo sabes! - dijo sorprendida.

Sonreí y asentí.

- Sólo conozco esos.

Dejamos de hablar un rato hasta que ella rompió el silencio:

- Creo que hay verdades en todas las religiones. Sólo que no me gustan las que nos mantienen atrapados en la culpa.

- Volvemos dependientes de ellos para poder encontrar a Dios - añadí.

- Dios está en todo, está en ti. La religión debe enseñarte esto.

- Algunas tienen imágenes que me angustian.
- Te hacen sentir culpable, ¿verdad? Un pecador eterno.

Luego concluyó:

- Dios es alegría y no sufrimiento. Dios es amor. Así que si me preguntas cuál es mi religión, te diré: el amor. Porque éste es el camino hacia Dios.

Después de pensarlo un poco, dije:

- Creo que es mucho más noble para un ateo ser una buena persona, que ayuda a su prójimo, y en este caso sin esperar nada a cambio, al fin y al cabo no está intentando agradar a ningún Dios, que un religioso que pretende imponer sus verdades a los demás, pensando que está haciendo la voluntad de Dios y ganándose así su lugar en el paraíso.
- La religión debe ser el instrumento de la libertad. Su transformación.
- Me gusta la historia de los pueblos paganos que eran capaces de ver lo sagrado a través de la naturaleza.

Entonces me di cuenta de que era irlandesa:

- Debes saber mucho sobre la historia de los celtas.

Me dijo que sí y continuó:

- Las mujeres celtas eran reconocidas como sagradas - me dijo con seriedad. - También asumían poderes de liderazgo como reinas, druidas. A diferencia de lo que ocurre en muchas religiones tradicionales, donde se las sitúa como meros personajes secundarios de la historia.

- Creo que la capacidad de pensar es una de las herramientas más poderosas de la libertad.

Sonrió y dijo:

- ¡Tienes razón! ¡La tiene! Por eso tenemos que sustituir la culpa por la responsabilidad. Sólo puedes hacerlo cuando eres capaz de pensar, de cuestionar. Cuando eres fiel a ti mismo. Cuando despiertas.

Nos detuvimos un momento y hablé:

- Para mí, ésta es una de las mayores magias del camino.

Me miró con curiosidad, tratando de entender lo que quería decir.

- He aprendido que a menudo es solitario, pero siempre nos presenta a alguien especial. Como una fuerza que nos atrae. Para que podamos compartir lo que pensamos y sentimos.

Ella sonrió, aceptó y dijo:

- Serías un buen poeta.

Sonreímos y seguimos caminando.

Llegamos a Ferreira. Paramos a comer algo en un bar. Hablamos un rato y luego ella siguió. Aún le quedaban seis kilómetros para llegar al albergue.

Aproveché el resto del día para lavar mis ropas, cenar y descansar en un banco comiendo uvas y mirando la luna.

- El destino de mañana será Melide. Será un camino más corto que el de hoy, unos veinte kilómetros hasta allí. Sin embargo, no me importa la distancia.

Me quedé sentado mirando la luna, recordando todo lo que había pasado.

Acordé y desayuné en el albergue. Metí unos bocadillos en la mochila y empecé a caminar. A veces caminaba por la carretera, pero sobre todo por la naturaleza. Llevaba poco más de la mitad de la caminata cuando noté pensamientos extraños en mi mente. Empecé a sentirme mareado. Eran como voces que intentaban hacerme sentir mal. Mis pasos se volvieron lentos y mi cuerpo pesado.

- ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es ese mal presentimiento?

Empujé y me apoyé en mi bastón. No quería parar. No quería escuchar, no quería sentirlo. Me costaba respirar. No me di cuenta de cuándo había empezado, pero casi me estaba asfixiando.

- ¡Cálmate! - intenté decirme.

Miré a mi alrededor, no había nadie más. Delante de mí el camino se perdía en el horizonte. Casi podía oír una voz que me pedía que me rindiera.

- ¡No me detendré! No me rendiré.

Respiré hondo y empecé a concentrarme. Agarré firmemente mi bastón con ambas manos y me lo puse en mi frente. Respiré y empecé a pedir protección a Dios, al camino, a los guardianes de los peregrinos, a la naturaleza. Pensé en mis abuelos. De repente, sentí como si todos estuvieran allí, a mi lado, caminando conmigo. Mi familia, mis amigos, la filósofa, el extraño peregrino. No estaba solo. Éramos muchos. No podía verlos, pero podía sentirlos. Me empujaban hacia adelante. Me daban fuerzas. Volví a tocar el suelo con el bastón y di un paso y luego otro. Mi cuerpo y mi alma estaban llenos de energía y certeza. Nada podía detenerme. Ningún pensamiento, ningún mal presentimiento.

La angustia había desaparecido. Volvía a sentirme bien. Caminé despacio, disfrutando de los bellos paisajes del camino. Hacía un día precioso.

Había follaje amarillo a mi alrededor y delante, una especie de colina, que el camino bordeaba por la izquierda. En ella destacaban grandes piedras blancas, así como una vegetación verde. En cuanto me acerqué, vi al extraño peregrino sentado en una de las rocas. Parecía estar esperándome.

- ¡Hola, joven!
- ¡Hola! Me alegro de verte.
- ¿Cómo te ha ido?
- Estoy bien. He aprendido a seguir con más firmeza - respondí, recordando lo que había pasado aquella mañana.
- ¡Sé que lo hiciste! - dijo sonriendo. - Estás aprendiendo a combatir el buen combate.
- ¿Buen combate? ¿Qué quieres decir?
- Es el que se hace en nombre de nuestros sueños.

¿Sabe lo que ha pasado?

Volvió a sonreír.

- Es él quien hará posible que vivas tu leyenda personal.

Mientras hablábamos, atravesamos un bosque de eucaliptos. Todos aquellos árboles alineados en hilera, con sus delgados troncos y sus hojas verdes, desprendían un perfume que, de algún modo, me conmovía, haciendo que mi mente echara a volar a través de los pensamientos.

- ¿Qué entiende por leyenda personal? ¿Es el sentido de la vida?

- ¡Sí! Exactamente. Ese es nuestro propósito.
- ¿Y cómo sabré que estoy viviendo mi leyenda personal?
- Sentirás el ágape, el entusiasmo por la vida, la llama que vibra en tu interior.

Recordé las palabras de la filósofa.

- La filósofa me dijo que el sentido de nuestra vida es ayudar al prójimo. Que ya no se trata de ti. Que todos somos uno. Pero no me siento capaz de ayudar a nadie. No soy como tú ni como la filósofa.

- Pero nadie te pide más de lo que puedes dar. Sólo que vivas tu leyenda personal.

En ese momento se detuvo, me miró a los ojos y añadió:

- Es a través de su leyenda personal que Dios obra sus milagros.

Entonces empezó a caminar de nuevo. No esperaba ningún comentario por mi parte. Sabía que necesitaba tiempo para comprender la profundidad de todo lo que me había dicho. Así que me limité a seguirle y a observar aquellos eucaliptos, todos uniformes. Parecían

guardianes que nos protegían para que nadie interfiriera en nuestra conversación.

Llegamos a Melide.

- Es una gran ciudad. Hay mucha gente y muchos coches - comenté un poco descontento.
- Sí, hay mucha más gente. Aquí es donde se encuentran los caminos primitivo y francés.
- No me gusta cuando hay demasiada gente. Me siento un poco mareado. No puedo explicarlo.
- Tienes que aprender a sentirte bien estés donde estés.

Caminamos unas cuantas calles más hasta que encontré algo que me hizo sentir bien otra vez.

- Sabes, hay algo que me gusta en las grandes ciudades - dije sonriendo.
- ¿Y lo que es?
- Son los mercados. Son grandes. Hay muchas opciones para comprar comida y son más baratos.

Sonrió y negó con la cabeza. Creo que lo que le dije le pareció una tontería.

- Entonces, ¡vete allí!
- ¿No vienes?
- Creo que no. Creo que ya hemos hablado bastante por hoy - volvió a sonreír. - Ahora tengo otras cosas que hacer.

¿Qué tiene que hacer?

- ¿Nos vemos mañana?
- Tal vez sí, tal vez no.

Sonrió de nuevo y se marchó.
Compré lo que necesitaba y me fui al albergue.
Me duché y cené. Estaba en mi habitación,
tumbado en la cama, pensando. El próximo
destino sería Arzúa, otra ciudad donde habría
mucha gente.

- ¿Y si me alojaba en un lugar cercano menos
concurrido?

Busqué en el mapa de mi móvil un lugar más
tranquilo.

- ¡Este sitio me parece bueno!

Era un pueblo llamado Ribadiso. Estaba a sólo tres kilómetros de llegar a Arzúa. También observé que la distancia a recorrer ese día no sería larga, sólo catorce kilómetros.

- Creo que he encontrado un lugar para alejarme de las multitudes - sonreí.

Contento, apagué el móvil y me fui a dormir.

Comí un bocadillo y, en cuanto amaneció, salí en dirección a Ribadiso. Por el camino había mucha gente, todos con prisa. Sentí un zumbido en el aire. Me mareaba un poco. Hubo un momento en los primeros kilómetros en que se podía elegir entre dos caminos. Me di cuenta de que, por alguna razón, todo el mundo iba por la derecha, así que me fui por la izquierda.

- Ya no oigo a la gente hablar ni pasos apresurados. ¡Qué maravilla!

Aquel entorno silencioso me recordó el camino primitivo de antes. Silencio, naturaleza y contemplación.

- Voy a caminar muy despacio para aprovechar al máximo esta paz, antes de que los caminos vuelvan a ser uno.

Esos pocos minutos caminando solo me hicieron sentir bien, pero poco después los caminos han vuelto a ser uno. Seguí caminando unos kilómetros hasta que me encontré con un pequeño puente romano. Indicaba que mi albergue estaba cerca. Había llegado a Ribadiso.

El lugar era tranquilo, como una casa de campo. Dejé mis cosas junto a una de las camas, me preparé algo de comer y luego fui a lavar la ropa. Estaba tendiéndola en el tendedero cuando vi al extraño peregrino de pie junto a las sábanas que ya estaban allí. Me estaba mirando. No parecía muy contento. A pesar del sol, hacía mucho viento. Esto significaba que toda la ropa colgada se movía sin cesar. Ver aquellas sábanas tan cerca de él me recordó aquellas fantasías de fantasmas. Sin embargo, aunque era divertido, preferí no hacer comentarios.

- ¿Qué haces aquí?

- No quería continuar. Había demasiada gente.

- Pero si no vas hoy, tendrás que ir mañana.

¿Cuál es la diferencia?

No le contesté. Caminamos hasta el puente romano donde me había parado antes. Debajo había un pequeño cauce. Nos sentamos en la orilla y seguimos hablando.

- ¿Y si mañana hago a pie todo el camino hasta Santiago?

- ¿Y por qué haces esto?

- Ya te lo he dicho. No me gusta cuando hay demasiada gente. No me siento bien. Hay mucha conversación, ruido, prisa.

Me miró y me dijo:

- Todo lo que ocurre en el camino es una experiencia de aprendizaje. Si muchas personas pasan por allí, es porque tienen algo que enseñarte.

- Pero no voy a desviarme de mi camino. Sólo voy a acelerar.

- Puedes tomar las decisiones que quieras - comentó. - Pero lo que no aprendas se repetirá en el futuro. No puedes huir de tus lecciones.

- No estoy huyendo - dije sin paciencia.

- Por supuesto que estás

Hizo una pausa y continuó:

- Si te sientes bien contigo mismo, no te afectará nada externo.

- ¿Y qué quieres que haga? ¿Fingir que me encuentro bien?

- Tienes que concentrarte más en el camino, mantener la concentración. Crees en él cuando aparece algo que te gusta, pero de lo contrario intentas huir.

Tiré unas cuantas piedrecitas al río mientras pensaba en lo que me había dicho.

- Sé lo que quieres decir, pero no es fácil.
- Sólo haz lo que tengas que hacer ¡Camina!

Luego se levantó, subió la rampa y cruzó el puente hacia el otro lado. Pero antes de que dejara de verle, dijo en voz alta:

- Tienes que recordar la razón que te trajo aquí. Esta es tu conexión con el camino. Y nadie puede quitártelo. Olvida todo lo que te distrae y piensa en ti y en el camino.

Y entonces, finalmente, se fue.

- ¿Cómo podré sentirme cómodo en medio de tanta gente? Ni siquiera puedo oír el canto de los pájaros o hacer una simple foto sin que aparezca alguien.

Lancé otra piedra. Rebotó unas cuantas veces en la superficie del agua antes de hundirse en el río. Luego volví al albergue. Estaba anocheciendo. Cené y me acosté. El destino del día siguiente sería Pedrouzo.

Empecé a caminar a las nueve de la mañana. Hacía un día precioso, a pesar del viento frío. Al principio no había mucha gente, pero eso cambió pronto. Gente que hablaba apresuradamente por teléfono, ciclistas que pedían paso y grupos turísticos que compartían la ruta. En algunos puntos se formaron atascos. También había muchos cafés y restaurantes por el camino. La energía cambió por completo. Sabía que sería así. Que tendría que encontrar la sensación de paz que sentía tan fácilmente en los bosques mágicos, allí, en aquel lugar lleno de gente.

Seguí caminando. Empecé a concentrarme más en mí mismo y a ignorar todo lo que me rodeaba. Con el tiempo, sin embargo, este esfuerzo me cansó, así que decidí sentarme un rato, apoyado en una roca. Unos instantes después, apareció una mujer. Se me acercó y me preguntó

- ¿Va todo bien?

Caminaba sola. En su mochila llevaba una pequeña bandera mexicana y un pañuelo atado a la cabeza.

- ¡Sí, estoy bien!

- Te vi caminando. No me pareció que estuvieras muy bien.

- Es que, en realidad... - no sabía cómo explicarle. - ...Me mareo cuando hay mucha gente.

Sonrió.

- Sé lo que quieres decir. Queremos un momento de paz y lo único que oímos son voces y gente apresada.

- ¡Sí! Así es.

- Pero es parte del viaje - dijo, sonriendo otra vez.

- Parece que te conservas bien - comenté, esperando que me revelara algún secreto.

- Este camino es como la vida. Todos lo seguimos aquí, algunos sólo lo recorren, otros ya son capaces de vivirlo. Pero cada uno tiene su momento.

- ¿Cómo puedes vivirlo si ni siquiera puedes caminar tranquilamente?

- Un mar en calma no hace a un buen marinero - replicó.

Luego me tendió la mano. Me levanté.

- ¡Andando! ¡Siempre caminando!

Me dio una pequeña flor que llevaba en una de sus manos y se marchó.

Sonreí. Comprendí lo que quería decir. Tratar de ignorar todo lo que me rodeaba no facilitaría nada; al contrario, seguiría agonizando y no me daría cuenta de lo que el camino me tenía reservado. Es como dijo el extraño peregrino. Tenía que confiar en el camino.

Seguí caminando. El frío era cada vez mayor y podía sentir la humedad en el aire.

- Creo que va a llover más tarde.

Recorrí algunos kilómetros. Estaba más tranquilo, pero era difícil no compararlo con los días anteriores. Había un hombre caminando solo. Cuando me vio, se me acercó. Empezamos a conversar. Me habló de tiempos pasados, de antiguas historias. Me habló de derramamientos de sangre y hogueras.

- El pasado también guarda mucha oscuridad.

Se refería a la Inquisición. Decía que la iglesia consideraba brujería todos los actos que no se correspondían con lo que predicaba el cristianismo. Fuesen otras religiones o incluso curanderos, místicos. A las mujeres que se expresaban se las asociaba con brujas. Continuó diciendo que en España, la Inquisición tuvo lugar más por razones políticas a través de los reyes que por la Iglesia. Se atacaba más a los marranos, que eran judíos conversos, y a los moriscos, que eran musulmanes conversos. Me limité a escuchar, no sabía qué decir.

- Parece que todos los caminos conducen a Roma, de un modo u otro. ¿No es así? - añadió.

Luego se despidió y se fue, tal como había venido.

- Tiene razón - dije con angustia.

Lo que me había contado lo había aprendido en los libros, pero era extraño asociar ese pasado con los caminos que estaba tomando. Empecé a preguntarme qué estaba haciendo. Empecé a caminar más despacio y sentí que el frío me envolvía. Todo parecía haber perdido su sentido.

Caminé un rato más. Un hermoso lugar apareció a la vista. Igual que los bosques encantados de antes. Sentí que viajaba en el tiempo. El túnel formado por los árboles, el follaje amarillento, el musgo sobre las piedras y las hojas secas donde pisaba. El viento hizo que otras se unieran a ellas, como una ventisca de hojas. Había un gran tronco caído en el borde del sendero. Me senté y puse mi bastón y mi mochila a mi lado. Todo era tan hermoso que por un momento olvidé la tristeza que sentía.

Pasaron algunas personas. No me preocupé por ellos. Me quedé allí un rato, pensando.

- Hay días en los que el aprendizaje es intenso, ¿verdad?

Era el extraño peregrino. Se sentó a mi lado.

- A veces demasiado.

Le conté la conversación que había tenido sobre el pasado, las injusticias y los males que habían ocurrido en la iglesia. Le dije que ya no le veía sentido a ir a la catedral.

- Por cruel que fuera, nada pudieron hacer contra aquellos que vivían su leyenda personal.
- ¿Cómo no, si mandaban a la hoguera a todos los que juzgaban herejes?

Me miró a los ojos y me dijo con voz firme:

- Joana D'arc fue quemada en la hoguera por brujería, pero su valentía y sus ideales nunca morirán.

- Marguerite Porete. Fue una mujer francesa que vivió en el siglo XIII. Desafió a la Iglesia con sus ideas sobre la espiritualidad. Creía que el hombre no necesitaba intermediarios para hablar con Dios. Fue quemada en la hoguera, pero su libro "El espejo de las almas simples", que habla de temas profundos como el amor y el camino interior que lleva al hombre a lo divino, se sigue imprimiendo hoy en día. Fue escrito a mano y traducido a varios idiomas, oculto por personas que creyeron y reconocieron la profundidad de su obra. Aunque les costara el mismo destino que a Marguerite Porete.

- Giordano Bruno, otro místico, con sus creencias revolucionarias sobre los planetas y la

infinitud del universo. Cuando fue condenado a la hoguera, dijo a los jueces que nunca renunciaría a sus ideas y valores, les dijo a todos: "Tal vez vosotros, mis jueces, pronunciéis esta sentencia contra mí con mayor temor del que yo la recibo".

- Ni siquiera los templarios, que también fueron condenados a la hoguera, murieron realmente, pues aún perviven en la espada de quienes siguen sus ideales.

Hizo una pausa y continuó:

- No dejes que tus pasos se pierdan a causa del mal y de la oscuridad, y no permitas que tu fe flaquee, porque éste es el camino que conduce directamente a Dios.

Y mirándome a los ojos, concluyó:

- Tienes un camino por recorrer. ¡Entonces vete!

Me puse en pie. Las hojas seguían cayendo y el aire parecía aún más frío. Recogí mis cosas en silencio y eché a andar. El peregrino permaneció sentado, siguiéndome con la mirada. Creo que sabía que no quería hablar.

Sólo tardé unos minutos en salir de aquel jardín y seguir el asfalto hasta llegar al pueblo de Pedrouzo. Allí encontré mi albergue, donde dejé mis cosas y fui a un mercado. El cielo estaba oscuro, aunque no era tarde.

De vuelta al albergue, observé la lluvia caer desde la ventana y recordé que el primero de los tres caminos estaba llegando a su fin. Lo que antes habían sido cientos de kilómetros ahora se habían reducido a unos pocos. Mi mente estaba confusa y mis sentimientos también. Por eso no podía decir lo que sentía y no quería pensar en ello. Ver caer la lluvia era lo mejor que podía hacer, porque me daba esperanza y me permitía soñar.

Me levanté, aún era de madrugada. Todos ya estaban despiertos y con ganas de salir. Miré al cielo y vi la luna.

- ¿Debería irme antes?

Aunque prefiero caminar a la luz del día para observar mejor la naturaleza, este día algo parecía impulsarme a salir temprano, así que me preparé y me fui.

Mientras estaba en la ciudad era fácil encontrar las vieiras que me indicaban el camino, pero cuando entré en el bosque me di cuenta de lo oscuro que estaba todo y no llevaba linterna. Pensé en usar el móvil, pero eso agotaría la batería.

- ¿Es mejor esperar a que amanezca?

Vi una pequeña luz a lo lejos, alejándose lentamente. Eran personas con sus linternas.

Me acerqué y, sin decir nada, les seguí, manteniendo siempre una cierta distancia. Era una sensación diferente, de miedo y coraje. Apenas podía ver lo que tenía delante y mi

corazón se aceleraba a cada paso que daba, me sentía como si estuviera explorando tierras desconocidas o sumergiéndome en las profundidades del océano. Oía sonidos y veía formas.

En un momento dado, esa gente se detuvo y me di cuenta de que más adelante había otro punto de luz, otra linterna, así que seguí adelante. Fueron unos cientos de metros. Tal vez veinte minutos, hasta que saliera el sol.

Mientras seguía caminando, ya acompañado por la luz del día, vi muchas caras conocidas que había encontrado por el camino. Todos, como yo, estaban llegando a su destino. Entre ellos, la mujer mexicana. Me sonrió y me dijo que esta noche la luna estaría completamente llena. Era un día especial.

Hubo muchos momentos de gran belleza a lo largo del camino. El sol parecía bendecirnos. Apareció entre los árboles y embelleció aún más las hojas amarillas del otoño. Respiré hondo y me mantuve en contacto con la naturaleza. Miré con cariño mi mochila y mi bastón. Significaban mucho para mí.

En un momento dado, cerca de donde caminaba, en plena naturaleza, un hombre tocaba melodías celtas con su armónica escocesa. Aquel sonido, mezclado con el canto de los pájaros, me hizo darme cuenta de que una nueva energía surgía y me envolvía, recordándome que pronto comenzaría un segundo camino. No tenía prisa. Quería disfrutar de cada momento de aquella magia.

Después de un rato, estaba en la ciudad de Santiago, a pocas cuadras de mi primer destino. Había mucha gente llegando por diferentes rutas. Algunos más largos que el mío, otros más cortos. Pero la emoción parecía ser la misma. Llegué. Estaba delante de la catedral. Era hermosa y enorme. Frente a una gran plaza, donde nos paramos. La gente llegaba con lágrimas en los ojos, mientras que otros saludaban con sonrisas en la cara. Algunos se tumbaban, otros se sentaban, muchos paseaban y hacían fotos. Yo me quedé de pie, apoyado en mi bastón, con la mochila aún a la espalda, simplemente observando. Me sentí un poco triste porque era una etapa que llegaba a su fin. Pero también gratitud por el camino, por todo lo que había aprendido, la gente que había conocido y

los lugares que había visitado. La Catedral representaba mi destino, y estaba feliz de estar allí, pero era en el camino donde vivía la magia que había aprendido a amar.

Algún tiempo después oí una voz:

- ¡Es preciosa!

Miré a mi alrededor. Era el extraño peregrino.

- Algo me decía que te encontraría aquí - dije, sonriendo. - ¡Sí! Lo es. Ella es muy hermosa.

Estaba a mi lado, pero su mirada permanecía fija en la catedral. Parecían dos viejos conocidos.

- ¡Vamos! - dijo. - Es hora de conocer al anfitrión.

No era posible entrar en la Catedral con mi mochila y mi bastón, así que los dejé en un lugar seguro cercano. Regresamos y nos dirigimos a una entrada lateral donde había cola.

- Primero verás su tumba y luego abrazarás su imagen. La del apóstol Santiago o Santiago el Mayor.

Entramos, pasamos por un lugar estrecho y a nuestra izquierda vimos su tumba. Luego subimos unos escalones y allí estaba la imagen. La abracé y le di las gracias. El extraño peregrino le puso la mano en el hombro unos instantes e inclinó la cabeza en señal de respeto y devoción. Nos fuimos en silencio hasta que me dijo:

- ¡Adelante! La misa de los peregrinos está a punto de comenzar.

Nos dirigimos hacia la entrada principal de la catedral. Ya había mucha gente sentada. Encontramos un sitio, pero de pie, junto a uno de los grandes pilares. Al principio, nos dieron la bienvenida a todos los peregrinos que llegábamos, diciéndonos nuestras nacionalidades y la ruta que habíamos seguido para llegar a la Catedral. La misa duró casi una hora y terminó con un gran incensario, el Botafumeiro. Como un enorme péndulo, oscilaba de un lado a otro, recorriendo el centro de la catedral. El humo y el olor a incienso nos envolvieron a todos. Después, todos se levantaron y se dirigieron a la puerta. El ceremonial había llegado a su fin. Estaba a

punto de hacer lo mismo, pero me di cuenta de que el extraño peregrino seguía mirando al altar.

- La misa ha terminado. ¿No vienes?

- Me quedaré aquí un rato más.

Me despedí y seguí adelante, como los demás. Comprendí que el extraño peregrino tenía una gran conexión con aquel lugar. Había que respetar su momento.

Luego cogí mi mochila y mi bastón y me dirigí a la Oficina del Peregrino, presenté mi credencial, ahora llena de sellos que registraban los lugares en los que había estado, y recibí la Compostelana, que es un certificado que se entrega a los peregrinos que llegan hasta allí. También recogí mi credencial para el camino de Finisterra y luego me dirigí a mi albergue. Es un lugar gestionado por la iglesia. Es enorme y muy bonito.

Por el camino, vi una imagen de Alfonso II. Recordé lo que le había dicho en Oviedo. Me acerqué a él y, como si fuéramos amigos, le hablé:

- Ves, Afonso, yo también estoy aquí ¡Mírame! -
y sonrío.

Era la última hora de la tarde cuando fui al mercado. Compré algo para la cena y para el desayuno del día siguiente. Sentí que me invadía una gran alegría.

- Creo que hoy es un día de celebración.

Mientras caminaba de vuelta al albergue, la noche había llegado y con ella, la luna. Era enorme. Recordé lo que me había dicho aquella chica mexicana. Tenía razón. Realmente fue una noche especial. Me detuve y la admiré, imaginándola. Casi soñando. Tal vez no podía verme desde tan alto, pensé. Pero aún así me gustaría decirle:

- A veces los malos pensamientos y los miedos empiezan a rodearnos y, antes de que nos demos cuenta, estamos tristes y acabamos renunciando a la vida. Por eso te pido que siempre lleve conmigo la ligereza y la alegría de un niño que no tiene miedo de soñar ni de vivir sus sueños. Porque si la fe es el camino que

conduce directamente a Dios, la alegría es una de las oraciones más fuertes que existen.

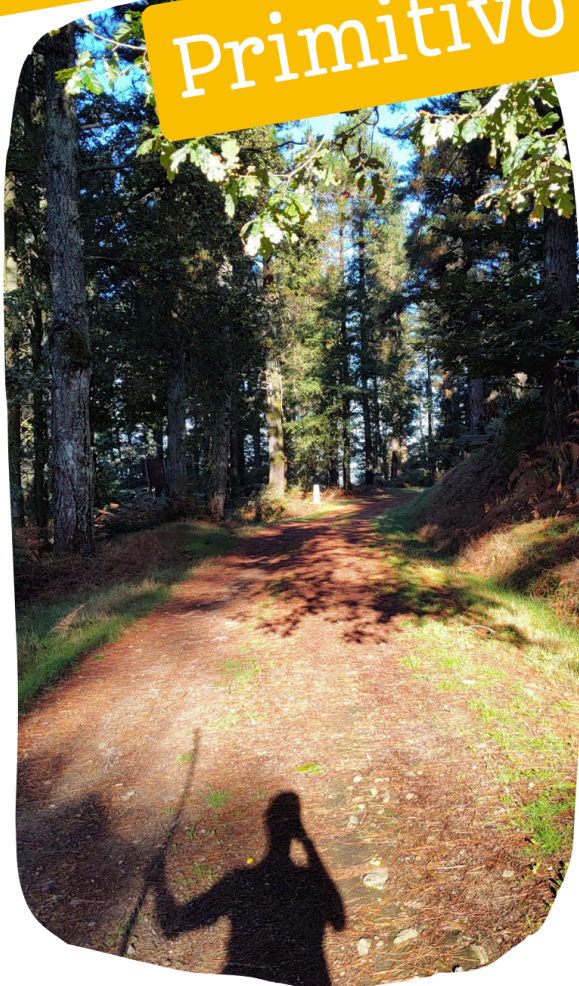
Estaba de vuelta en mi habitación. Por primera vez no la compartía con nadie. Era pequeña, pero me parecía un palacio. Había una cama y una mesita donde puse los dulces. Eran alrededor de las nueve cuando empecé a comerlos. También puse música, que sonaba en mi móvil. Justo entonces, una pequeña polilla blanca se acercó a la ventana.

- ¡Creo que tengo una invitada!

Después de comer, me tumbé un rato y sin darme cuenta me quedé dormido. Sólo me desperté cerca de las tres de la mañana. Me estiré y fui al baño, llevándome el cepillo y la pasta de dientes. Los grandes pasillos del albergue estaban vacíos y sólo oía mis pasos. De vuelta a mi habitación, volví a acostarme, esta vez en mejor posición. La luna llena iluminaba la habitación, incluso con las luces apagadas. Mi cuerpo estaba relajado y mi alma ligera. No tardé en volver a dormirme.

Camino

Primitivo



Vea el vídeo

Camino Finisterra

El sol ya brillaba en la habitación cuando me desperté. Tuve un sueño extraño y angustioso.

Pero no puedo recordarlo con seguridad. Era como si hubiera zombis en el camino.

- No sé lo que eso significa. Mejor no pensar en ello.

Me levanté y desayuné. Miré por la ventana y vi el sol. Mi corazón se aceleró. Sin darme cuenta, empecé a cantar. Miré mis botas, aún sucias de tierra, y luego mi bastón, que parecía llamarme, como un guardián que siempre estaba a mi lado, diciéndome que había llegado el momento de iniciar el segundo camino.

- Estoy listo - dije, sonriente y ansioso.

Salí del albergue y me dirigí hacia la Catedral de Santiago. Desde allí parte el camino hacia la Costa de Finisterra, mi segundo destino. La admiré por última vez y di las gracias a Santiago por guiarme.

Estaba a punto de salir de la Plaza del Obradoiro cuando oí una voz familiar:

- ¿Estás dispuesto a seguir el camino de los paganos?
- ¡Hola! Sí, estoy.

Luego añadió:

- Todos los caminos que recorrimos también los hicieron ellos.

Entonces se acercó, hizo un gesto y me preguntó si podía acompañarme.

- Sí que puedes - respondí, sonriendo. - ¡Sí que puedes, amigo mío!

Entonces empezamos a caminar.

- La filósofa me enseñó mucho sobre los celtas - le dije. - Me habló de su cultura, sus conocimientos, el respeto y la conexión que tenían con la naturaleza y lo sagrado. Me quedé encantado.

- Eran grandes guerreros, sabios. Capaces de ver más allá de lo que los ojos pueden ver.

- Mientras hacía el camino de Santiago, oí muchas historias y señales de que los pueblos

paganos que vivían aquí eran celtas. Sin embargo, hay gente que no está de acuerdo con esto. ¿Qué opina usted al respecto? ¿Crees que alguna vez estuvieron en estas tierras por las que caminamos?

- Hay muchas leyendas y teorías sobre los celtas. Muchos dicen que sí, otros que no. Vemos pruebas y señales de pueblos paganos que sobreviven hasta nuestros días. Pero, ¿tú qué crees? ¿Qué sientes al pisar este suelo?

Me miró y continuó:

- Tú ya tienes esta respuesta en tu corazón. No necesitas que nadie te la haga creer. La verdad está en lo que sientes. Y nadie puede demostrártelo. Sólo aquellos que hablan el lenguaje del universo lo entienden. Sólo los que pueden ver más allá de la vista y sentir con el alma.

Hizo una pausa, pensó un momento y continuó:

- Muchos dicen que los restos de Santiago no están en Compostela. Pasaron siglos entre su muerte y la fecha en que se encontró su cuerpo. Permítame que le haga una pregunta: ¿tiene

alguna importancia? Si demuestran que el cuerpo de Santiago no está allí, ¿cambia algo? No cambia nada, porque sientes la presencia de Santiago cuando caminas por esos senderos y eso demuestra que está ahí.

Sus palabras estaban llenas de emoción e intensidad. Me miró a los ojos, como si me hablara al alma.

- Ves el mundo como individualidades, pero esto es una ilusión. Todo está en todo. No hay separación. Tú eres el universo y el universo eres tú. Sigues negándote a lo extraordinario. Necesitas sumergirte en el alma del mundo. Permítete sentir.

Cada vez que me decía algo, repetía sus palabras en mi mente.

Empezamos a caminar de nuevo. Poco a poco nos íbamos alejando de la ciudad de Compostela. Aún podíamos ver las puntas de la catedral a lo lejos. Un nuevo camino estaba siendo recorrido y con él, una nueva energía.

- ¡Mira! - dije. - ¡Son manzanas! Las volví a encontrar.

- Son regalos del camino.

- Son buenos augurios - comenté, sin tener mucha idea de lo que decía.

Sonrió y aceptó.

Más adelante encontramos también higos y uvas.

- Hace un día precioso.

- Sí, ¡lo es! - respondió mientras observaba a un hombre que caminaba en dirección contraria.

Tenía un aspecto extraño, con la cara arrugada. Caminó muy cerca de nosotros. Le saludé, pero me ignoró. No dijo ni una palabra. Por alguna razón, casi podía oír sus pensamientos. También me di cuenta de que, en todo momento, el extraño peregrino no dejaba de mirar al hombre.

- Es bastante raro, ¿no?

- Déjalo - comentó. - Está atrapado en su propio infierno privado.

- ¿A qué te refieres?

- Quiero decir que no todas las cárceles tienen muros, pero eso no hace que sea más fácil salir de ellas.
- Sigo sin entender lo que quieres decir.
- No te preocupes por eso ahora.

Recordé el sueño que había tenido anoche sobre los zombis. Me pregunté si debía contárselo. Pero pensé que era mejor no decir nada. Seguimos caminando, no tardamos en llegar al pueblo de Negreira, donde pensaba pasar la noche. Estábamos frente a un hermoso puente romano, mucho más grande que el que habíamos pasado en Ribadiso. Por debajo pasaba un río caudaloso. Se podía llegar al agua caminando por las rocas.

- ¿Vamos abajo del puente?
- Es un lugar muy bonito - respondió.

Fuimos y nos acostamos en las rocas. Saqué un bocadillo de mi mochila y empecé a comer. Él se acomodó casi en horizontal, con las manos junto al cuerpo y se quedó mirando el agua que fluía entre las rocas bajo aquel hermoso y antiguo puente romano.

- ¿Podría hablarme un poco más de usted? - pregunté.
- ¿Qué quieres saber? - me preguntó sin apartar la mirada, permaneciendo prácticamente inmóvil.

Había muchas cosas que quería saber sobre él. No me dijo nada. Pero de todas ellas, había una en particular. Quizás la más importante.

- ¿Encontró lo que buscaba en el camino de Compostela cuando lo recorrió por primera vez por la ruta francesa?

Siguió mirando al frente. Sonrió ligeramente. No tenía prisa por contestar. Parecía estar recordando momentos vividos.

- ¡Sí!
- ¿Y qué has encontrado?
- Encontré mi espada.
- ¿Espada? - pregunté sorprendido. - ¿Una de verdad?
- Sí, una espada de verdad. ¿De qué otra forma podría ser?
- No lo sé. Pero nunca he oído a nadie decir que encontró una espada en el camino. Mucho menos que fueron a buscar una.

- Buscas el significado de las cosas a través de lo que otros han experimentado o dicho.
- ¿Durante cuánto tiempo será así?
- Lo siento. No pretendía ofenderte. No es que lo dude, es que no es fácil de creer.
- ¿Y piensas que me importa si lo crees o no?
- No hay la menor diferencia.

Sonrió y se levantó.

- ¡Adelante! Aún nos quedan algunos kilómetros.

Me levanté y caminé hacia el extraño peregrino, que ya estaba más adelante, cerca del puente. Lo cruzamos y continuamos durante algún tiempo hasta llegar a Negreira.

- Hay muchos albergues por aquí - dijo.

Estaba de acuerdo con él, pero no quería quedarme allí. Algo me decía que siguiera caminando.

- ¡Creo que seguiré caminando!
- ¿Por qué lo dices?

Temía que me tomara por tonto, así que preferí no entrar en demasiados detalles.

- No puedo explicarlo.
- Entonces, ¡intentalo! - insistió.

No podía hacer mucho más. Así que decidí decir la verdad.

- Desde que empecé a caminar por estos senderos, he notado una especie de voz que actúa en mi mente. Distinta de las que me hacen sentir mal.

Y luego añadí con aún más inquietud:

- Junto con ella, algunas sensaciones.

El extraño peregrino escuchó todo lo que tenía que decir y luego se echó a reír.

- ¡Eh! - le dije, avergonzado y molesto con él. - "¿Por qué te ríes? ¡No debería haber dicho nada!
- ¡Por fin!
- ¿Por fin qué? - pregunté impaciente.

- Por fin has empezado a creer en lo extraordinario. Y esa voz a la que te refieres es tu intuición.

No se estaba burlando de mí, como había imaginado. Sin embargo, seguía confundido.

- ¿Qué quiere decir creer en lo extraordinario?
- No tengas miedo de cometer errores.
- Pero, ¿cómo no voy a tener miedo?
- Tienes que permitir que se produzca el milagro. No puedes avergonzarte de ti mismo ni tener creencias limitantes. Tienes que abrirte a la magia del mundo. Tienes que dejar ir viejas creencias. Tienes que aceptar lo extraordinario.

Me quedé pensativo un momento y sujeté con fuerza mi bastón. Miré al extraño peregrino y sonreí:

- Nos quedan algunos kilómetros.

En cuanto salimos de la ciudad, tomamos un hermoso camino por el campo. No había nadie más que nosotros. Cada detalle del lugar parecía mágico. Permanecimos en silencio. Sentía una

inmensa paz. Lo único que me preocupaba era mi agua, que se estaba acabando y aún quedaba un largo camino por recorrer antes de llegar a nuestro destino.

Pasó algún tiempo y entramos en un pequeño pueblo. Buscaba a alguien a quien pedir agua. No había nadie en las calles, pero oí voces. Hablaban. El ruido procedía del interior de una de las casas. Me acerqué a la ventana. Me di cuenta de que estaban reunidos alrededor de una mesa comiendo.

- Hola, siento molestarle. ¿Podría poner un poco de agua en mis botellas?

Una señora los recogió y me dijo que esperara un momento. Mientras esperaba, vi que todos hablaban y sonreían. Parecían contentos. Al poco rato, volvió con mis botellas. Volvía a tener agua fresca.

- Muchas gracias por su ayuda.

- ¡No te preocupes! ¡Buen camino!

Los que estaban sentados también me dijeron lo mismo. Les di las gracias y sonreí al extraño peregrino:

- Ahora tengo todo lo que necesito.

Sonrió, concordó e hizo un gesto para que continuáramos.

A veces sentía una presencia en el bosque. Como si alguien nos observara entre los árboles. Protegiéndonos. ¿Quizá un espíritu de la naturaleza? La luz del sol y el vaivén de las hojas y las ramas hacían que mi imaginación se despertara aún más.

Miré al extraño peregrino, pero preferí no decir nada. Recordé lo que había dicho sobre intentar explicar las emociones, perderían su magia. En lugar de eso, empecé a aceptar lo extraordinario. A sumergirme en la magia del universo, en lo que quería mostrarme. Así que me limité a caminar despacio, admirando toda la belleza que nos rodeaba.

Algún tiempo después llegamos a Pena. El albergue estaba justo en el camino, junto a una iglesia, que tenía un pequeño cementerio al lado.

- Es hora de irse - me dijo.

- ¿Y adónde vas? Una vez me dijiste que te ibas a encontrar contigo mismo. Pero, ¿qué significa eso?

- Significa que una parte de mí me está esperando. Igual que una parte de ti necesita descansar.

Noté que había veces en que no importaba cuántas preguntas hiciera, porque de todos modos no entendería la respuesta, así que me despedí de él y me dirigí a la pequeña recepción del albergue. La chica me pidió el pasaporte y luego que eligiera una de las camas. Allí dejé la mochila y el bastón y me fui a duchar. Ya era de noche cuando fui a comer en un restaurante que sirve comidas para peregrinos. Tan cansado y después de un poco de vino, lo único que necesitaba era dormir.

Cuando me desperté, todos ya se habían ido. Como había sucedido otras veces. Calenté un poco de agua para usar una de las bolsitas de té que llevaba conmigo y comer uno de los bocadillos que tenía preparados. No me gustaba caminar con el estómago vacío, me sentía débil. A través de la ventana, noté que el tiempo estaba nublado y, al salir del albergue, me di cuenta de que soplaba un viento frío. Era un clima muy diferente al del día anterior. Caminé por el borde de la carretera. El tiempo pasaba, pero el sol no salía. La carretera se adentraba en campos de maíz. Extensas plantaciones. Las hojas se movían con el viento mientras unos pájaros negros chillaban y sobrevolaban los campos. Me sentía como en una película de suspense o de terror. Esa sensación se filtró en mis pensamientos y mis pasos se aceleraron.

- Me gustaría que el extraño peregrino estuviera aquí. Él sabría qué hacer.

Con el tiempo, los maizales quedaron atrás y la carretera volvió a aparecer. La ruta de este día no se parecía en nada a la que había recorrido antes.

Era extraño darse cuenta de cómo el cuerpo respondía a la mente. Cuando empezaba a dudar, todo parecía dejar de creer. Todo se volvía más difícil. Me pesaban los pies y tenía el cuerpo cansado. No era la primera vez que ocurría. Pero no se hizo más fácil.

- Sigue caminando. Un paso cada vez - me dije.

El viento helado y el cielo nublado permanecieron. De vez en cuando, el sol intentaba atravesar la barrera. Me alegraba verlo.

En algunos lugares el olor era fuerte, había olor a estiércol y ruido de tractores. Encontré algunos higos, pero no estaban muy buenos.

Un poco más lejos había una vieja casa. Estaba abandonada y cubierta de vegetación. Sólo ruinas, recuerdos del camino.

Era mediodía cuando llegué a Mazaricos. Decidí seguir caminando. Habían pasado algo menos de dos horas, el viento arreciaba y hacía volar todas las hojas que encontraba a su paso y también otros pequeños objetos. Viajaba en todas direcciones y el frío se hacía más intenso.

Por fin llegué a Oliveiroa. Un albergue con paredes pintadas y un pequeño restaurante fue mi parada. Estaba cansado. Sentado, comí un bocadillo mientras veía caer tímidamente la lluvia.

Si el extraño peregrino estuviera aquí, seguramente me diría que esto forma parte del buen combate. Que debería estar contento por haber seguido adelante. Y a pesar del cansancio, así me sentía, con el deber cumplido.

Tras una breve pausa, continué hablando conmigo mismo en voz baja:

- Pensé que hoy íbamos a caminar juntos. Él es un buen amigo. Un poco raro - dije sonriendo -, pero un buen amigo.

Me desperté de madrugada. Soñé que caminaba sin rumbo e intentaba escribir algo en un fino trozo de madera. Había gente peligrosa a mi alrededor. En cuanto me desperté, tuve muchos malos pensamientos y sentimientos de ira.

- ¿Qué significa eso?

Me levanté, bebí un poco de agua e intenté relajarme. Todos en la habitación dormían. Yo hice lo mismo. Eran alrededor de las seis de la mañana cuando me desperté angustiado, con sensaciones muy fuertes. No solía recordar mis sueños, pero últimamente me pasaba.

Desayuné, esperé a que amaneciera y empecé a caminar. El día era precioso y estaba inmensamente agradecido.

- ¡Gracias, sol por acompañarme!

El camino también estaba lleno de naturaleza. En un momento dado me topé con dos vieiras, una al lado de la otra. Señalaban direcciones opuestas. La primera apuntaba a la izquierda, indicando el camino hacia Finisterra, y la otra a la derecha, señalando la dirección hacia Muxía.

Tomé el de la izquierda. Caminé unos kilómetros hasta que encontré una capilla. Se llamaba Capilla de Nuestra Señora de las Nieves. Cuando me acerqué, había una pequeña subida. Al subir, vi al extraño peregrino apoyado en el pequeño muro de piedra que rodeaba la capilla y bajo la sombra de un hermoso árbol, muy cerca de la escalera, cuyos peldaños eran de piedra y los pasamanos de madera.

- ¿Cómo ha sido su camino?

Me había hecho la misma pregunta cuando partí hacia Santiago de Compostela.

- Ha sido genial. Y hoy hace un hermoso día.
- Tienes razón. Es un buen día para pasear.

Bajamos las escaleras y giramos a la derecha, caminando tranquilamente. En un momento dado, sin darme cuenta de cuándo había empezado, noté que mi respiración se volvía más agitada y que me temblaban las manos. Seguí caminando en silencio y el extraño peregrino se me adelantó un poco. He mantenido esta ligera distancia porque no quería que se diera cuenta.

- Detengámonos un momento - dijo.
- ¿Por qué quieres parar? Si es por mí. ¡Estoy bien!
- Siéntate en esa roca.

Tenía una voz seria y parecía no prestar atención a mis disculpas. Hice lo que me dijo.

- Cierra los ojos y respira.
- Pero, ¿por qué?
- ¡Vamos! - insistió. Estaba impaciente.
- ¿Y si pasa alguien mientras estoy así?
- ¿Por qué te importa? Sólo haz lo que te pedí.
- ¡Muy bien!

Mantuve los ojos cerrados, como me había pedido.

- Respira profunda y lentamente. No dejes que nada distraiga tu atención. Concéntrate sólo en tu respiración.

Parecía algo fácil de hacer. Sólo respirar. Pero me sorprendí. No podía llenar los pulmones de aire ni mantener las manos relajadas. Me sudaban.

- Lo estás haciendo bien. Es así. Tienes que creértelo y entonces tu cuerpo también lo hará.

Intenté acostumbrarme a la oscuridad y a las imágenes mezcladas que aparecían y desaparecían todo el tiempo. Me entregué al proceso. Poco a poco fui controlando la respiración y apoyé las manos en las rodillas. Permanecí sentado sobre la piedra, con las piernas cruzadas como los yoguis budistas, la cabeza alta y el pecho inflándose y contrayéndose, siguiendo mi respiración. Al notar mi mejoría, habló:

- ¡Bien hecho! Ahora abre lentamente los ojos y observa todo lo que te rodea. Los árboles, el suelo, el horizonte y las nubes.

Estaba más relajado y podía concentrarme en los detalles, los matices, las formas y los colores.

- No olvides dónde estás. Vives en el presente, así que ahí es donde debe estar tu mente.

Seguí observando todo lo que me rodeaba. Sabía cómo era. Ya lo había hecho por el camino.

- ¡Ahora vuelve a cerrar los ojos!

Estaba oscuro de nuevo, pero aún podía oír los sonidos del bosque y sentir el viento tocando mi piel.

- Sigue inhalando el aire y suéltalo lentamente por la boca. No tienes prisa y estás en un lugar protegido. ¡Date cuenta!

Creí en sus palabras. Ya no tenía miedo y me daba igual que viniera alguien. Mi cuerpo reconoció mi seguridad y también se tranquilizó.

- Quiero que sientas el aire invadiendo todo tu cuerpo. Es como una energía que te nutre. Luego suelta el aire, imaginando todo lo malo que llevas encima: pensamientos, dolor, cansancio.

Seguí haciendo lo que me decía.

- Ahora date cuenta de que esta piedra en la que estás sentado y todo lo que te rodea es mágico. Y esa magia es real. Recuerda lo extraordinario.

En mi mente pensé: Sumérgete en la magia del universo.

- Cada vez que el aire entra en tus pulmones sientes que tu cuerpo crece de lado a lado, como un campo de energía, es tu aura.

Amplíalo todo lo que puedas, hacia el bosque, a través de los árboles, bajo la tierra y hasta el infinito del cielo.

Realmente sentí como si mi cuerpo se expandiera, como si fuera capaz de tocar los mismos árboles que había visto antes, el suelo, las nubes, volar con los pájaros. Era real.

- No sólo creció su aura, sino también su mente. Porque todo es la mente. Esta vez quiero que te concentres en ti mismo. No es la oscuridad lo que tienes que buscar, sino las imágenes que surgen. No trates de entenderlas. Su significado reside en cómo te hacen sentir. Concéntrate y tómate tu tiempo.

Me quedé un rato. Dejé que vinieran. No los juzgué ni les busqué ningún sentido, porque cuando lo intenté, desaparecieron.

- Concéntrate en lo que sientes. Tu mente hará la asociación que necesitas.

Empecé a sentir miedo y angustia. Malos pensamientos y rabia. Risas burlonas y gente que parecía querer hacerme daño. Recordé el sueño. Fue muy fuerte, como una bofetada.

- Me siento igual que cuando me desperté. Las pesadillas. Siento lo mismo - dije, respirando con dificultad.

- Mantén la calma. Haz que tu mente se dé cuenta de que esas sensaciones no son reales. Que estos desencadenantes deben desaparecer. Estás en un lugar mágico. Un lugar al que estás conectado. Relájate unos instantes respirando con calma.

Al cabo de unos minutos, el extraño peregrino me pidió que abriera los ojos.

- ¿Cómo te sientes?

- Me siento bien. Pero tengo preguntas.

- Sé que sí.

- ¿Por qué me afectaban estas sensaciones si no eran reales? ¿Y por qué no me daba cuenta?

- Porque la mente no sabe lo que es real.
Estaban en tu segunda mente. No es un área consciente, así que no te diste cuenta, pero lo sentiste. Lo sentiste a través de las reacciones de tu cuerpo.

- ¿Yo los puse ahí? ¿Por qué los puse ahí? ¿Y qué son los desencadenantes?

- Tú no los pusiste ahí. Fueron puestos ahí por una razón. Y los desencadenantes son la forma en que la segunda mente habla con tu cuerpo sin que te des cuenta. Son las situaciones, a veces banales, que ocurren y hacen que estas ideas se despierten en la segunda mente, a través de una conexión entre ellas.

- Si no fui yo, ¿quién los puso ahí? ¿Y por qué?

- Es una especie de hipnosis - continuó sin prestar atención a mi pregunta. - Sólo sientes los efectos, es decir, las sensaciones, pero no comprendes el origen. Por eso pones excusas cada vez que ocurre.

- ¿Pero quién lo hizo? - insistí.

- De momento, no importa quién, lo que importa es que haya aprendido lo que hemos hecho aquí.

- ¿Cómo es que no importa quién? ¡Me importa a mí!

-Todo tiene su tiempo. ¡Adelante! Y a partir de ahora, presta más atención a tus pensamientos y sensaciones.

Caminábamos en silencio, uno junto al otro. Con el tiempo dejé de pensar en lo que había pasado, me distraía con el paisaje y mi sombra. Me gustaba su mirada mientras sostenía mi bastón y llevaba mi mochila. Mi corazón se sentía ligero. Todos los sentimientos de antes habían desaparecido. Él también caminaba con calma, aunque sus pensamientos parecían estar muy lejos. No quería molestarle. La verdad es que todos tenemos asuntos que resolver en el camino, y con él no sería diferente. Aquí, más que en ningún otro sitio, nuestras mentes alzan vuelos.

La ruta fue tan sencilla y agradable como un paseo. Un cartel a nuestra derecha nos indicaba que estábamos cerca de la ermita de San Pedro Mártir y que allí nos podrían sellar la credencial.

- ¿Nos vamos? - pregunté.

- ¡Vamos!

A diferencia del camino de Santiago, aquí no hay muchas opciones para sellar, aparte de los albergues.

Era una capilla sencilla. El interior estaba pintado de blanco, había cuadros y una mesita cerca de la puerta con un bolígrafo y un sello. Un poco lejos de la capilla, había una fuente de agua. No nos quedamos mucho tiempo allí, pero pronto volvimos a caminar.

No quería permanecer en silencio, así que pensé en algo que preguntar al extraño peregrino:

- Si pudiera volver atrás en el tiempo, ¿cambiaría algo de su vida?
- ¿Por qué me haces esta pregunta?
- Porque si pudiera, ¡lo haría!
- Eso no tiene sentido. Si cambiaras tu pasado, no serías quien eres ahora.
- Pero podría ser mejor.
- ¿Cómo sabes qué te haría mejor? ¿Y qué consideras que es mejor?
- Si pudiera volver atrás en el tiempo, habría dejado de hacer tonterías y de perder el tiempo.
- Si lo hubieras hecho, te habrías metido en un lío mayor. ¿Has olvidado la lección del camino?
- ¿Qué lección?

- Este es tu camino. No hay otro. Has llegado hasta aquí. Nunca has estado tan preparado como ahora. Tu atención debe estar en el presente y no en tu pasado. La magia está en el ahora.

- Tienes razón - dije un poco avergonzado.

Seguimos caminando y hablando de cosas comunes y sin importancia, como mis botas gastadas de tanto caminar, los bocadillos del mercado y las diferentes cocinas de los albergues.

- ¡Me tomaría un helado si tuviera! - comenté. -

¡Creo que me está entrando hambre!

- Tomaría un vaso de vino.

- Me parece muy bien - dije sonriendo. - Te acompañaría.

Sonrió.

- Cuando hice la ruta por primera vez, a veces llevaba una botella de vino conmigo. Me gustaba tomar un poco por la noche.

También recuerdo las historias que escuché, la gente que observé y cuando caminábamos en silencio. Eran los momentos sencillos del camino. Los que vivimos entre las grandes

emociones y que nos preparan para ellas. ¡Los echo de menos!

Me di cuenta de que una mariposa nos estaba rodeando y luego se posó encima de un pequeño cartel azul arrugado. Decía que había un cruceiro a 100 metros. Decía: Cruceiro da Armada.

El peregrino sonrió y se dirigió en esa dirección, y yo le acompañé.

- Antes has dicho "caminábamos" - comenté con curiosidad. - Cuando recorrió el camino por primera vez, ¿no estabais solo?

- Yo no estaba. Tenía un guía.

- ¿Por qué llevó un guía? ¿Tenía miedo de perderse?

Sonrió.

- No fue en este camino donde me perdí. Era en mi interior donde necesitaba encontrar lo que hasta entonces no había comprendido.

Llegamos al cruceiro. Era alto. A un lado estaba la imagen de Jesucristo, al otro María. Y un poco más abajo, dibujos de vieiras. Estaba en el

centro de una pequeña zona delimitada por un muro de poco más de cuarenta centímetros de altura. Me senté y dejé la mochila y el bastón a mi lado. El extraño peregrino se quedó mirando el horizonte. La vista era hermosa. Estábamos en lo alto de la montaña.

- Mañana llegaremos a Finisterra - dije. - Y he estado pensando mucho en el tercero, en mi familia. He estado pensando mucho en ellos.

- Deja que todo ocurra de forma natural.

- Lo sé, pero tengo miedo de lo que pasará cuando los conozca.

- ¿Por qué lo dices?

- Porque no los conozco. Tal vez ni siquiera quieran verme. Y no les culpo por eso.

Hablaba mientras observaba la base del crucero, pero mi mente estaba lejos de allí. Recorrí los pequeños pueblos donde vivían y viven mi familia.

- ¿Y si tengo una mala experiencia? Tal vez sea mejor no ir, dejarlo todo en el reino de la fantasía, donde puedo crear un universo a mi antojo.

Dio unos pasos hacia mí.

- Voy a decirte algo y quiero que guardes estas palabras para el resto de tu vida.

Me miró a los ojos.

- Sólo hay una cosa que hace imposibles los sueños: el miedo al fracaso.

Se alejó lentamente de mí. Caminó hacia el horizonte. Hacía mucho viento. Los árboles se balanceaban. Bebí un poco de agua y saqué un bocadillo de mi mochila. Miré al extraño peregrino que, a cierta distancia, se detuvo y se quedó mirando algo. Quizá no era nada importante, sólo descansaba la vista mientras buscaba pensamientos o recuerdos. Siempre fue misterioso. Creo que todos tenemos nuestros misterios.

De vuelta al camino, ya podíamos ver el mar a lo lejos. Estábamos a pocos kilómetros de Cee.

- ¡El mar es precioso! - comenté.

- Deberías darte un chapuzón en él. Las aguas saladas purifican el cuerpo y la mente.

- El agua debe estar fría. Pero en este caso merece la pena - bromeé.

Después de caminar un poco más, llegamos a la ciudad de Cee. Estábamos cerca del albergue. Sabía que en cualquier momento iba a despedirse. Siempre lo hacía.

- Vas a ir, ¿verdad?

- ¡Ya me vas conociendo! - sonrió.

- ¿Te veré mañana?

- Creo que sí - dijo con una sonrisa en la cara y un aire de misterio.

- ¿Dónde nos encontraremos?

- El camino se encargará de eso.

Él siguió y yo entré en el albergue. Allí dejé mis cosas y me cambié de ropa. Aún era temprano. Pregunté al hombre de recepción a qué distancia estaba la playa. Me dijo que la mejor para bucear estaba a unos dos kilómetros. Se llama Playa del Quenxe. De camino había un mercado, así que aproveché para comprar bocadillos, algo para cocinar y me fui a la playa, en la fría pero regeneradora agua salada del mar. Cuando me sumergí después del choque térmico, sentí como si cada parte de mi cuerpo estuviera cargada de

energía. Mis pies lo agradecieron profundamente. Dejaba que mi cuerpo, que ya estaba acostumbrado a la temperatura del agua, se rindiera a ella. El mar estaba tan tranquilo que parecía una piscina. Y todo lo que tenía que hacer era permanecer relajado.

- ¡Cómo he echado de menos el mar!

De vuelta al albergue, mientras preparaba la cena, conocí a una chica. Había terminado la universidad y estaba allí en honor a su padre, que siempre le contaba historias de cuando había recorrido aquellos caminos, igual que ella, partiendo de tierras francesas, pasando por la catedral de Santiago y terminando en la costa de Finisterra.

- ¿Cuántas razones, historias y emociones han pasado por estos caminos sagrados? Es difícil saberlo. Pero, sin duda, cada una de ellas ha hecho que la magia de este lugar sea aún más especial.

Llegó el día de completar el segundo camino. Estaba a sólo catorce kilómetros del faro de Finisterra, la costa del fin del mundo, como la consideraban los pueblos antiguos.

Me levanté, calenté agua para hacer té y comí un bocadillo. Recogí la mochila y el bastón y me puse en marcha. En algún momento llegué a Corcubión, con sus hermosas y estrechas calles. Como laberintos. Caminé hasta que apareció ante mí una iglesia con el mismo nombre. Era grande, pude contar más de diez cruces y en el centro un gran reloj que marcaba las nueve menos cinco. Una de las puertas de la entrada principal estaba entreabierta y salió el extraño peregrino. Me alegré de verle.

- ¡Buenos días! - he dicho.

- ¡Buenos días, peregrino! ¿Estás listo para caminar?

- ¡Sí! - respondí contento.

- ¡Entonces vamos!

Poco a poco fuimos abandonando la ciudad. Al mirar atrás, veíamos las últimas casas cada vez más lejos. Entramos en el bosque. Al principio era cuesta arriba, con suelos y muros de piedra,

luego sólo una pista abierta y árboles a nuestro alrededor.

- ¡Voy a echar de menos esos caminos! -
comenté.

Sonrió.

- Guárdalos en tu memoria y las sensaciones en tu corazón.

Mantuvimos un ritmo de marcha lento. Algunas personas nos adelantaron en dirección contraria, estaban iniciando el camino que les llevaría a la Catedral de Santiago.

En algunos puntos, el sendero de los bosques dio lugar a caminatas junto a la carretera.

Finisterra era una ciudad más grande de lo que había pensado.

- Llevas una hermosa vieira atada a la mochila -
dijo el extraño peregrino.

- Gracias. La llevo conmigo desde el primer día en Oviedo.

- Sí, ya la había visto.

- Siento que ella me está protegiendo. Y me doy cuenta aún más ahora que estoy cerca del mar.

- Te protege. Es la protección de los mares.

Una vez más, seguimos por la senda de la naturaleza. Era tan hermosa. Mi corazón latía con fuerza, feliz de estar allí.

- ¿Podemos parar un momento?

- Haz siempre lo que sientas que tienes que hacer.

Respiré. No entendía exactamente qué era. Pero creía que una parte de mí sabría cómo actuar. De pie, coloqué mi mochila en el suelo a mi lado y sujeté mi bastón con ambas manos. Respiré profunda y lentamente. Relajé el cuerpo. Observé con calma todo lo que me rodeaba. Quería grabar cada detalle en mi mente y cada sensación en mi corazón. Luego cerré los ojos y apoyé la punta del bastón en el centro de la frente, bajando ligeramente la cabeza. No sentía vergüenza ni miedo. El extraño peregrino me había enseñado a creer en lo extraordinario, en la magia del universo y en mí mismo. Sentí que mi cuerpo y mi mente se expandían y se conectaban con la naturaleza. Mi alma hablaba. Agradeció en el lenguaje del universo, a través del amor y luego abrí los ojos.

- Un canto sagrado abre una puerta al cielo, y el cielo entra - comentó el extraño peregrino.

Recordé lo que me había enseñado la filósofa y lo dije:

- Sin duda, los celtas lo sabían. Porque eran capaces de reconocer lo sagrado a través de la naturaleza.

Sonrió.

Volvimos a caminar. Hablábamos de cosas comunes, como hacen los amigos cuando están juntos. No hace falta aparentar lo que no eres ni decir lo que no sientes.

- Se me acaba de ocurrir un pensamiento.

- ¿Qué has pensado? - me preguntó.

- Mientras observaba la naturaleza y pensaba en los antiguos pueblos que vivieron aquí. Sus tradiciones y costumbres. Algo me vino a la mente.

- ¿Y qué es?

- En San Francisco.

- ¿San Francisco?

- Tal vez se habría convertido en un gran druida si hubiera vivido en épocas anteriores.

- ¿Por qué lo dices?

- Porque hablaba con los animales y sabía reconocer la belleza y el carácter sagrado de la naturaleza.

Tras una breve pausa, concluí:

- Quizá todo esté en todo, de algún modo.

Me miró, sonrió y dijo:

- ¿Quién sabe?

Era alrededor del mediodía. Bajábamos desde un punto elevado. A la izquierda, todavía lejos, se veía el mar con sus aguas claras y tranquilas. Me di cuenta de que, a pesar de la hora, la luna seguía visible en el cielo. Estaba a un lado y el sol al otro. Aquello me llamó la atención. Lo admiraba con curiosidad.

Hacía mucho calor. El extraño peregrino comentó que el caluroso día le recordó las tardes en las que caminaba por los Pirineos.

Llegó un momento en que el camino nos permitió seguir por la arena de la larga playa de Langosteira.

Me iba equipado con mis botas, pantalones, camisa, la mochila y mí bastón. Miraba al mar, que parecía llamarme.

- Tengo que hacer algo.

El extraño peregrino sonrió y dijo:

- Pues hazlo.

Me quité las botas y los pantalones, los puse junto a mi mochila y mi bastón encima. Me cambié de ropa allí mismo, poniéndome los únicos pantalones cortos que llevaba conmigo. Estaba eufórico y casi listo para correr hacia el mar cuando vi mi vieira junto a mi mochila. Me detuve un momento.

- Es hora de devolverla.

El extraño peregrino me observó y volvió a decírmelo:

- Haz siempre lo que sientas que tienes que hacer.

La solté lentamente de mi mochila mientras le agradecía mentalmente su compañía. Era especial para mí. Me levanté con ella en las manos, miré al extraño peregrino, que asintió, y caminé tranquilamente hacia el mar.

El agua tocó mis pies y me dio la bienvenida. Me mojé la mano e hice la señal de la cruz. Entré poco a poco hasta que el agua me llegó al pecho.

Hice una oración y estaba a punto de dejar la vieira cuando sentí algo en el cuello. Me lo quité y lo tiré al agua.

- ¿Qué es eso?

Vi que era una especie de lacra, de pequeño tamaño. Se acercó de nuevo a mí y la aparté.

- ¡Vete!

No quería hacerle daño. Sin embargo, ella vino a mí otra vez.

- ¿Por qué me persigues? ¿Qué queréis?

Dejé que se acercara lo suficiente hasta que la atrapé con el interior de mi vieira y la lancé lo más lejos que pude.

- ¡Qué extraño es todo esto! Pero creo que ya me he librado.

Al cabo de unos segundos, la vi venir hacia mí, nadando en la superficie del agua, haciendo movimientos como una serpiente, pero de sólo unos pocos centímetros.

- ¿No te rindes?

No entendía lo que pasaba. Era inútil ahuyentarla, siempre volvía.

- ¿Qué quieres de mí?

Me di cuenta de que sólo había una cosa que hacer. Utilicé la vieira para mantenerla dentro de nuevo. Se agitó e intentó escapar. Sabía que sólo había una cosa que hacer. Fue entonces cuando la maté con los dedos. No era mi intención, me disculpé, pero no pude hacer nada más.

A mi mente, como un flash, vino lo que Teresa de Ávila había dicho sobre los gusanos y miasmas que intentan confundir nuestra fe. Estaba agitado y nervioso. Respiré hondo, miré a mi alrededor y sentí que la calma del mar me envolvía. Poco a poco me relajé y me sentí protegido. Miré la vieira y volví a darle las gracias y la acaricié. La coloqué en el centro de mi frente y le di un beso. Respiré hondo y, sosteniéndola con las dos manos, dejé que las palabras salieran de mi boca:

"Devuelvo la vieira al mar,
que me acompañó todo el camino.
Y ahora vuelve a su casa,
tal vez encuentre otro peregrino.
Fue un regalo de la madre de las aguas
protegiéndome e intuyéndome.

Yo también me tiro al mar,
Me lanzo en sus brazos,
Me siento como un niño
tratando de envolverla en un abrazo.
Tus aguas me purifican
calmando mi corazón
y dirigiendo mis pasos"

Luego me sumergí todo lo que pude y dejé la vieira allí, pero antes la admiré una última vez, y volví a la superficie.

Estaba hecho. Y mi corazón se sintió ligero.

Volví a la arena. Vi mis cosas, pero no al extraño peregrino.

- ¿Dónde está? Tenía tantas ganas de hablar con él sobre lo que pasó.

Miré a mi alrededor. No se le veía por ninguna parte. Aún me dolía un poco el cuello.

Me puse la camisa y me mantuve descalzo. Cogí mis botas con una mano y sujeté mi bastón con la otra.

Me sentí renovado.

Seguí caminando hasta el otro extremo de la playa. Aún esperaba verle. Pero no fue así. Subí unos escalones y caminé por las calles hasta encontrar el albergue municipal. Allí me recibió una amable señora, a la que también mostré mi credencial y recibí un certificado por el camino que había hecho. Dejé mis cosas junto a la cama y salí a comer algo. Todavía quedaban tres kilómetros para llegar al faro de Finisterra. No tenía prisa porque quería llegar antes de la

puesta de sol. En esta época del año, la noche no llegaba hasta después de las ocho.

Encontré un lugar para comer y un mercado donde, entre otras cosas, compré un helado.

Buscaba un lugar tranquilo para comérmelo.

- ¡Creo que lo he encontrado!

Era un banco, como los de las plazas. Desde allí podía ver el mar. Era una zona portuaria. Y más cerca de mí, había un gran ancla que se había colocado allí para honrar a todos los náufragos. Ha habido varios. Por eso la llaman la costa de la muerte.

Sentado, descansé y admiré el lugar hasta que oí una voz:

- Los antiguos creían que el mar era la puerta de entrada a la vida espiritual. ¿Tú qué crees? - me preguntó mientras se sentaba en el banco.

Era el extraño peregrino.

- ¿Dónde estabas? Te busqué cuando salí del agua, pero no te encontré.

- Yo tenía que irme y tú tenías que hacer lo que había que hacer.

De alguna manera sabía lo que había pasado.
Podía verlo en sus ojos.

- Me dijiste que todo lo que sucede tiene una razón, pero no siempre parece así.
- No es porque no entiendas la razón, que no tiene sentido.
- Entonces intenta explicármelo.

Mirando al mar, empezó a contarme:

- Algunos los llaman demonios, otros karmas, algunos espíritus, falanges de ellos. Tienes que comprender que todo lo que existe en el mundo está hecho de dualidades. Son la misma cosa en frecuencias diferentes. Es una ley del universo.

Volviendo su mirada hacia mí, continuó hablando:

- Se manifiestan de diferentes maneras a cada uno. Puede ser a través de otras personas, como aquel empleado del metro de Madrid - me miró fijamente. Haciéndome ver que estaba conmigo incluso antes de conocerle.
- En este caso, se utilizan, sin darse cuenta, para obligarnos a enfrentarnos a lo que negamos en

nosotros mismos. Cuando actúan así, y no directamente sobre ti, puedes verlos a través de los ojos de aquellos a los que utilizan. Son utilizados a través de las debilidades que poseen. Viven su infierno personal. Pero, ¡créeme! Muchos están tan acostumbrados a este proceso que no quieren salir de él.

Tras acercarse un poco más a mí, continuó:
- ¿Recuerdas aquella noche en el restaurante?
¿La agonía y el temblor que sentiste? ¿Lo diferente que te parecía la gente? Son capaces de producir efectos muy fuertes e incluso cambiar tu sentido de la realidad. No sólo actúan sobre ti, sino también sobre las personas que te rodean.

Empecé a asustarme. Y me alejé un poco.

- Recuerda los pensamientos que parecían voces hablándole directamente a la mente, tratando de hacerle desistir. ¿Justo antes de encontrarnos y atravesar el bosque de eucaliptos? Eran voces, te hablaban y no hay nada que puedas hacer para no escucharles.

Mientras hablaba, me parecía retroceder en el tiempo, a esos mismos momentos que me estaba contando.

- ¿Por qué crees que sientes agonía cuando hay mucha gente? Date cuenta de la energía media de esas personas y lugares y comprenderás si actúan sobre ellas y lo que intentan hacer. Son egregores que se forman y actúan sobre todo el que se les acerca. ¿Cómo crees que te sentirás en un lugar lleno de personas ansiosas?

Sentado, miraba el horizonte. Allí, buscaba alguna forma de entender todo lo que me estaba contando.

- A menudo manipulan sus emociones y realidades a través de los sueños. Como un proceso de hipnosis que reverbera a lo largo del día sin que se comprenda el origen. Como la noche de Olveiroa.

Hizo una pausa y añadió:

- Incluso pueden materializar algo que exprese lo que quieren que sientas, como ha ocurrido hoy más temprano.

Me aterrorizaba todo lo que me decía.

- ¿Qué debo hacer?
- Si lo que te hacen experimentar son tus debilidades, entonces a lo que tienes que prestar atención es a tu reacción. Porque sólo tú puedes hacer realidad lo que ellos quieren.
- ¿Y por qué eso ocurre?
- Todo tiene una finalidad. Representa la contrapartida de la balanza. No se puede ver su luz sin atravesar su oscuridad.
- ¿Pero no es injusto?
- Todo en el universo existe en dualidad, como ya he dicho. Y si existe la contraparte, también existe la parte. Esto ocurre todo el tiempo.

Luego continuó:

- Intenta recordar esos mismos acontecimientos. En su punto álgido, cuando te calmaste y conectaste con tu esencia, con tu verdadera voluntad. Date cuenta de que surgió una fuerza externa, una protección. Nunca estás desprotegido. Imagina a tu ángel y sentirás su presencia ahora mismo.

- Es como decía Teresa de Ávila: puedo pasear por mi castillo interior y convivir con las alimañas que lo habitan y que lo intentarán todo para

mantenerme ignorante, o puedo entrar en las moradas del castillo en busca de la luz.

Luego bajé la cabeza, pensativo.

- Pero ella misma dice que no es fácil.
- Para eso existe la oración - dijo con firmeza.
- La filosofía me dijo que cuanto más intentamos evolucionar, mayor es el ataque de la resistencia.
- Es el precio que hay que pagar para vivir la leyenda personal, pero también es la razón de nuestra existencia - concluyó.

Luego se levantó.

- ¡Vamos! Tenemos un camino que recorrer.

Sonreí y, como él, me levanté.

- Primero tengo que ir al albergue. Quiero ir con mi bastón. Lo tengo desde el primer día y me acompañará hasta el último.
- ¡Bien dicho! - dije, sonriendo. - Un peregrino debe llevar siempre consigo su bastón.

Eran alrededor de las dieciocho cuando partimos hacia el faro de la costa de Finisterra.

Caminamos en silencio por el borde de la

carretera. Era una tarde preciosa. Pensaba en todas las cosas que me han pasado, las experiencias que he vivido y las personas y lugares que he conocido.

El extraño peregrino iba un poco por delante de mí.

¿Quién es él? ¿Cuál es el propósito del destino al unir nuestros caminos y cómo es posible todo esto?

No sabía cómo responder a aquellas preguntas, pero había aprendido que cuando intentamos explicar las cosas, ellas pierden su magia. Por eso era más importante sentir que intentar comprender. Y le estaba profundamente agradecido por su compañía.

- Gracias por estar a mi lado.
- No hace falta que me des las gracias. Si estoy aquí es porque este camino también es para mí. Mientras te enseñe, puedo aprender de verdad.

Me miró y concluyó:

- Como ya te dije una vez, hay muchas formas de recorrer el camino. Y en cada una de ellas aprenderás lo que necesitas.

Estábamos cerca. A nuestra izquierda, encima de una gran piedra, había una cruz y más allá la última vieira que indicaba el camino, o más bien la primera, porque justo debajo se registraba la zona cero. El Faro de Finisterra ya estaba ante nuestros ojos. Un gran edificio con un faro encima. Cada paso parecía ser el último. Continuamos por la orilla izquierda hasta bajar unos escalones. Allí estaban las piedras que perfilaban la inmensa costa. La escultura de una bota solitaria me hizo comprender aún más por qué muchos consideraban este lugar el fin del mundo. Durante muchos siglos, la quema de las vestiduras de los antiguos paganos también había tenido lugar allí. Era su ritual. Sin embargo, esta práctica ya no se permitía como medida de seguridad.

- ¡Vayamos por ahí! - dijo el extraño peregrino mientras caminaba por un pequeño sendero. - Desde allí, observa todo lo que te rodea y siente dónde tienes que quedarte.

Me senté en una roca, hacía mucho viento, las cintas de mi bastón se movían constantemente, parecía que iban a salir volando. Tranquilamente miré a ambos lados hasta que identifiqué el lugar donde me alojaría. Entonces señalé, mostrando el lugar al extraño peregrino.

- ¡Entonces vete! Aprovecha para admirar el sol hasta que se ponga. Deja que las cosas sucedan naturalmente.

- ¿Adónde vas?

- Yo haré lo mismo.

Caminó en dirección a las rocas de abajo. Se alejó un trecho. Hasta que se sentó en una de ellas y miró el sol.

El lugar donde me quedé estaba junto a una gran roca, así que aunque hubiera mucha gente, no habría nadie cerca. Me tumbé en aquel espacio mágico y, con mi bastón, observé el sol. Brillaba con fuerza, iluminando a todos. Su reflejo en el agua me recordaba a un cuadro, que se movía con el movimiento del mar. Su calor tocaba mi cara como la caricia de un padre a su hijo. Me hacía sentir protegido. Poco a poco noté que se despedía, descendiendo tras el horizonte, sin prisa.

Fue un momento de profunda magia, que despertó emociones en mí y me hizo sumergirme en los pensamientos. Los dejé fluir como el viento. Quise decirle lo que ese momento significaba para mí y no me preocupé por el juicio de mis palabras, porque el amor no juzga, sólo se manifiesta y nos abraza.

"El sol se pone, llevándose consigo lo que debe dejarse atrás. Porque ya no me pertenece.

Enséñame que para que haya un recomienzo, primero debe haber un final.

Es el simbolismo de la naturaleza anunciando un nuevo ciclo, como un proceso de iniciación.

Mostrándome que la muerte es en realidad una transformación.

Y que esto tiene que ocurrir, para que pueda otra vez emerger.

Manteniéndonos vivos, Iluminándonos a todos.

Como la llama que vibra dentro de nosotros.

Los pueblos antiguos, tradiciones paganas ya tenían clara conciencia.

De la presencia divina que habita en la naturaleza".

El sol se puso, pero durante un rato el cielo permaneció naranja. La gente empezó a marcharse. Esperé un rato y me levanté, siguiendo por el otro camino. Una hermosa canción llamó mi atención. Era una chica, estaba sentada y apoyaba una guitarra en la pierna, cantaba suavemente una canción que parecía hacerme volar. No sabía quién era. Mucha gente pasaba de largo sin reparar en ella. Sin embargo, no podía ignorar aquella voz tan suave como la noche.

- Es una música preciosa - me dijo el extraño peregrino.

- ¡Sí que lo es!

- ¿Va todo bien?

- ¡Sí! - dije pensativo. - Es que mientras escuchaba la música me di cuenta de que el segundo de los tres caminos había terminado.

- Pues prepárate para el tercero.

Luego continuó:

- Cuando los hayas terminado, regístralos de alguna manera, para que cuando otras personas los vean, también puedan inspirarse y seguir estos caminos sagrados. A mí también me dijeron esto.

- ¿De verdad? ¿Y qué has hecho?
- Me aseguré de que muchas personas pudieran sentir la magia y, de alguna manera, recorrer el misterioso camino hacia Compostela.
- Pero, ¿qué has hecho? - insistí.
- Cumplí mi leyenda personal.

Pensé que si sabía su nombre podría averiguar qué había hecho.

- ¿Cómo te llamas?
- Mi nombre no importa, pero me alegraría que me llamaras escritor peregrino.

Sentí como si aquel momento fuera una despedida.

- No volveremos a vernos, ¿verdad?
- Te estás volviendo bueno en esto - comentó. - El próximo camino es tuyo. Pero siento que estás preparado.
- Me gustaría que siguiéramos caminando juntos.
- Somos peregrinos. Debemos seguir siempre nuestros propios caminos. Si tienen que cruzarse, el camino se encargará de ello.

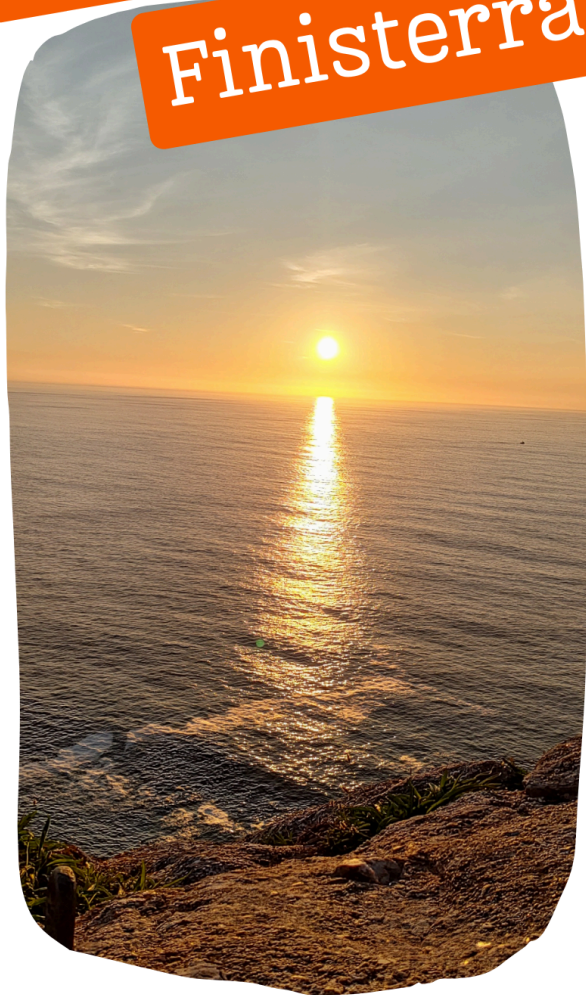
- Entiendo lo que dices y te agradezco todo lo que me has enseñado.

Asintió y se alejó lentamente, dirigiéndose de nuevo hacia las rocas. Sin embargo, antes de desaparecer en la oscuridad de la noche, habló:

- Mira siempre la vida como una gran aventura que hay que vivir. De ese modo, mantendrás siempre vivo en ti el ideal del buen combate y cumplirás así tu leyenda personal.

Camino

Finisterra



Vea el vídeo

Camino de los ancestrales

Tuve un sueño muy pesado. Parecía poseído por un monstruo. Era fuerte y malo. Aparecían fotos de mi familia, pero yo no podía verlas porque parecía un animal.

- Qué sueño tan extraño.

Me levanté. Me preparé y cogí el autobús de Finisterra a Santiago. Lo que antes me llevaba cuatro días andando, esta vez no me llevó más de hora y media. Después cogí otro autobús hasta Ourense. Llegué a la ciudad hacia las dos de la tarde. Sólo pasaría allí una noche, y continuaría al día siguiente.

Dejé mis cosas en el albergue. Comí algo y fui a las termas de Chavasqueira. Ya en la orilla del río se podía sentir sus cálidas aguas.

Tumbado en el agua, relajé mi cuerpo, que parecía recuperarse. Cada músculo se sentía agradecido. Contemplé el cielo y por un momento casi me dormí. Más tarde fui al mercado y compré algo para cenar.

Al día siguiente cogería el autobús que me llevaría al comienzo del tercer camino. El de mis

ancestrales. Era de noche, ya estaba acostado en la cama, iluminado por una pequeña lámpara, miraba una fotografía de mis abuelos. Tenían mi edad. Yo estaba a punto de recorrer el camino inverso. Mientras ellos se habían ido a Brasil, yo volvía al lugar donde habían nacido. Me vinieron a la mente muchas preguntas. Muchas expectativas y temores. Sin embargo, sabía que no era la misma persona de antes. Los dos caminos anteriores me habían enseñado mucho. Pero había llegado el momento de ponerlos en práctica. Pensé en la filósofa y también en el extraño peregrino, o más bien en el escritor peregrino, que es como a él le gustaría que le llamara. Eran personas muy especiales que me habían ayudado a llegar a ese momento. Creían en mí.

Volví a mirar la foto de mis abuelos y la acaricié, como si se lo estuviera haciendo directamente a ellos.

- Mis abuelos - les dije. - Ya voy. No sé lo que va a pasar, pero he aprendido a confiar en el camino y que siempre hay que caminar, pues todos somos peregrinos.

Me coloqué la foto en la frente durante unos instantes con los ojos cerrados, luego me la guardé en el bolsillo, apagué la luz y me fui a dormir.

Me levanté, desayuné y me dirigí a la estación de autobuses de Ourense. No había muchas opciones de autobús en dirección a la ciudad donde me quedaría. El primero salió a las trece y lo cogí. El trayecto no duró más de cuarenta minutos. Cerca de donde me dejó el autobús había un mercado, donde compré algunas cosas. Luego caminé hasta el albergue municipal donde me alojaría los próximos días. Tuve mucha suerte de encontrar este lugar. Ya había hablado con el responsable unos meses antes. Le expliqué lo que iba a hacer y me ayudó. El albergue era grande y tenía una cocina estupenda. Sólo sabían que iba a venir mi tía abuela y su hijo, y una señora que no era pariente mía pero que los conocía desde niña. Una tía mía de Brasil les había avisado y me había dado sus datos.

Cuando llegué al albergue, me di cuenta de que no había nadie más que yo. Dejé mis cosas, comí algo y me pregunté por dónde empezar. Estaba ansioso.

- ¿Debo ir a ver a mi tía abuela ahora? ¿O es demasiado tarde? ¿Sería mejor decírselo antes de llegar?

Miré el reloj, eran más de las dos y media de la tarde.

- ¡Tranquilízate! Todo tiene su tiempo - dije, tratando de calmarme

Le envié un mensaje a su hijo. Le pregunté cuál sería el mejor momento para reunirme con ellos. Me dijo que estaban contentos y que me esperaban para el almuerzo del día siguiente.

Miré por la ventana. La vista era muy bonita. Había árboles y pájaros cantando. Era un hermoso día soleado.

- ¿Qué debo hacer?

El resto de los lugares estaban a unos kilómetros y algo me decía que esperara un poco más. Aún no era la hora.

Me senté en la cama y miré mis cosas, a mi bastón y de nuevo a la ventana.

- ¡Hay un sitio al que puedo ir hoy!

Había un lugar. Un antiguo Castro, donde una vez vivieron tribus celtas. Una energía parecía llamarme, hablarme al oído. Más que escucharla, podía sentirla. Cogí mi bastón y algunas cosas más y me puse en camino. La distancia era de unos tres kilómetros y medio. Y la ruta que tomé estaba guiada por el mapa de mi teléfono móvil.

Caminé despacio, había aprendido a no apresurarme. Me imaginaba a mis abuelos haciendo la misma ruta. Al principio iba por el borde de la carretera, pero pronto encontré un sendero, esta vez no había vieiras, pero no fue difícil mantenerme en el camino correcto. Una señal indicaba que estaba a sólo unos metros. El lugar era precioso, en plena naturaleza. No había nadie más. Sólo yo y las ruinas de donde una vez estuvo el antiguo pueblo. Construcciones circulares de piedra que han sobrevivido durante siglos, algunos parcialmente cubiertos por la vegetación, otros más visibles, todos rodeaban una colina. Y desde lo alto, había una vista privilegiada de toda la zona circundante. Me sentía como un niño caminando por todas partes. Descubriendo nuevos paisajes. También había algunos árboles que parecían vigilar el lugar y el sol brillaba con

fuerza, dando a todo alrededor una luz, una especie de energía resplandeciente. Puse las manos sobre las piedras y cerré los ojos. Respiré hondo e hice lo que había aprendido, expandiendo mi mente y conectándome con aquel lugar, profundamente sagrado para mí. Una sensación de gran paz invadió mi cuerpo. Era como si recibiera una bendición. Sentí que no estaba solo. Que había una razón para que yo estuviera allí en ese momento. Me sentí agradecido por el regalo que había recibido.

Algún tiempo después, me despedí del lugar y me dirigí a una construcción parecida. No era tan antigua. De hecho, se construyó como homenaje, para representar fielmente cómo eran aquellos pueblos. Sencillas casas circulares de piedra con tejados de paja, construidas cercanas unas a las otras. En un lugar desierto que parecía mágicamente inalterado por el tiempo. El viento que agitaba las hojas me recordaba el sonido de las voces. Y me hizo creer que en cualquier momento alguien saldría del interior de aquellas pequeñas viviendas. Caminaba solo por allí, y era como si todo me resultara familiar.

El tiempo pasó rápido, ya era por la tarde. Sabía que tenía que volver y así lo hice. Me sentía inmensamente feliz. Canté y caminé.

Una vez en el centro de la ciudad, fui al mercado y compré una empanada grande y una botella de zumo de naranja. Estaba muy cerca del albergue cuando una señora me vio caminando con mi bastón. Curiosa, me preguntó qué hacía allí y se lo conté:

- Estoy caminando.
- ¿Y vas a Santiago?
- Ya he estado allí.
- ¿Y qué haces tú aquí?
- He venido a conocer este lugar - respondí, sin dar demasiados detalles.
- ¿Le ha gustado?
- Sí, me está gustando mucho.
- ¿Has estado en la catedral?
- Aún no, pero quiero hacerlo.
- Te gustará.

Y luego continuó:

- ¿Quieres fruta?

Tenía un huerto enorme en el jardín de su casa.

- ¡Por supuesto! - respondí con entusiasmo.
- Entonces espérame. Te traeré algo.

Pasaron unos minutos y volvió con una bolsa llena de manzanas y peras.

- ¡Tómalo, hijo mío! Cuando se acaben, vuelve y te daré más.

Me alegré mucho y le di las gracias. Era una señora muy simpática. Después me fui al albergue, me duché, cené y me preparé para acostarme. Estaba deseando que llegara el día siguiente y agradecido por lo que estaba terminando.

Me desperté. Estaba un poco nervioso. Me afeité, me corté las uñas, me puse mi mejor ropa y limpié mis botas. Quería causar una buena impresión.

Después de ducharme, ordené los recuerdos del camino de Santiago que les había comprado.

- ¿Qué pensarán de mí? ¿Debería haber comprado algo mejor?

Llegué frente a la casa apenas quince minutos antes del mediodía, la hora acordada.

- ¿Debería esperar un poco más? A lo mejor son gente muy puntual.

Me quedé inmóvil durante unos minutos, decidiendo qué hacer.

- ¡Los llamaré!

Antes de que pudiera hacer, su hijo apareció delante de la puerta. Sonreí y le saludé. Luego a mi tía abuela, que estaba sentada en el sillón justo al otro lado de la puerta. Me recibieron muy bien. Conversamos mucho. Me quedé muy emocionado al conocerlos. Sobre todo mi tía

abuela. Tenía noventa y dos años. A veces, cuando la miraba, o incluso cuando la oía hablar, era como si mi abuela, su hermana, estuviera delante de mí. Su hijo estaba preparando la comida, tenía sesenta y tres años, y en todo momento hacía lo posible por hacerme sentir bienvenido. Mientras esperaba, comí galletas hechas por ella.

Almorzamos, tomamos vino y de postre Filloas. Me enseñaron a cogerlas y a doblarlas. Siempre lo hacían todo con mucho cariño.

Por la tarde, él tuvo que marcharse un rato y nos quedamos solos mi tía abuela y yo. Hablamos durante horas y ni siquiera nos dimos cuenta del tiempo que había pasado, tal vez porque no estábamos allí, hemos vuelto a los días en que ella aún era una niña. Me contó con nostalgia y alegría los juegos, las canciones y la amistad que había entre ellas. Me habló de la fuerza y la determinación de mi bisabuela. Me dijo que era pelirroja y que tenía pecas en la cara.

- ¿Es verdad? - pregunté.

- ¡Sí! Así es. Y también tenía los ojos azul claro.

También me dijo que era una gran partera. Incluso los médicos locales respetaban su experiencia.

- Antes, los médicos no eran tan accesibles. Pero teníamos conocimientos que transmitimos de generación en generación.

- ¿A qué te refieres?

- Conocíamos las hierbas y también las oraciones. Era una gran sanadora.

- Recuerdo que mi abuela y mi madre me hablaban de estas oraciones.

- ¡Sí! - me dijo. - Ya hace mucho tiempo.

Le canté la oración que había oído y me contó cómo la hacía mi bisabuela. De los recuerdos que tenía. Sentí como si hubiéramos roto la línea del tiempo y pudiéramos sumergirnos y vivir los tiempos del pasado. Le conté los recuerdos y las historias que había oído de pequeño y ella no sólo los confirmó, sino que añadió detalles, dándoles color y vida a todos ellos. Quería disfrutar cada instante de ese momento mágico. E hice aún más preguntas.

Me habló de la época de la guerra y de la gente necesitada que pasaba por allí. Me contó que tenían una pequeña panadería y que no cobraban el pan a nadie que no pudiera pagarlo. Me contó la historia de cada uno de los miembros de la familia, por parte de mi abuela. Era como si estuviera leyendo el gran libro de mis antepasados.

Ya estaba anocheciendo cuando nos sentamos frente a su casa. Yo en un banco y ella en su silla de ruedas. Contemplamos la luna creciente, la calle tranquila y las pocas personas que pasaban y nos saludaban. En ese momento me di cuenta de que habíamos vuelto al presente. Su hijo se unió a nosotros y los tres sentados conversábamos. Eran asuntos normales, como lo hacen las familias. Me sentía como en casa.

Pasó algún tiempo y me despedí de ellos. Sabía que ella necesitaba descansar y él, a pesar de decir lo contrario, también estaba cansado. Antes de irme, me invitó a dormir en su casa, dijo que yo era de la familia y que allí siempre tendría un sitio para mí. Me alegré mucho, pero no quería darles más trabajo. Los abracé y quedamos en volver a vernos en los próximos

días. Volví al albergue. Me sentía tan feliz que no podía describirlo con palabras.

Tumbado en la oscuridad del dormitorio, recordé nuestra conversación. Las historias, algunas felices, otras tristes. Me habló de amor y anhelo. De logros y dificultades. Algunas parecían repetidas, adaptadas a la época de quien las vivió. Igual que los nombres: el de mi bisabuela, el de mi tía abuela y el de mi madre eran los mismos. Era realmente extraño pensar en todas las conexiones que parecían unirnos siempre. Estuve un rato pensando en todas esas cosas, hasta que me acordé:

- ¡Tengo que prepararme para mañana!

Me levanté, encendí la luz y saqué una hoja de papel que había doblado dentro de la mochila. En ella había escrito un itinerario. Había once puntos por los que pasaría. Cada uno representaba un lugar importante que me revelaría aún más cosas sobre mi familia. Lo leí una y otra vez. Quería asegurarme de que no me perdía ninguno de los lugares. Los comprobé todos en el mapa, trazando la mejor ruta. Estaba muy nervioso. Lo hice mientras comía una de las manzanas que había ganado.

Estaba sentado en la cama. Al lado había un pequeño mueble, encima del cual estaban mi botella de agua y una empanada protegida en un paquete. Más allá, había un armario donde guardaba mi bastón y mis botas cerca. Y mi mochila descansaba en el extremo de la cama, junto a la bolsa que contenía las frutas. Aquella pequeña habitación no sólo era mi refugio, sino también donde planeaba todo lo que iba a hacer. Me sentía como un niño en su casa del árbol planeando los últimos detalles de la más increíble expedición.

Al cabo de un rato, saqué un pequeño cuaderno que había comprado. Me gustaba garabatear mientras pensaba y también hice algunas anotaciones en él. Todo estaba listo para el día siguiente. Mis ojos querían cerrarse, casi vencidos por el sueño. Eran más de las once de la noche, así que recogí lo que había sobre la cama y me acosté después de apagar la luz.

Me desperté a las 8 de la mañana. Fui a la cocina, preparé el café y metí unos bocadillos en la mochila. El albergue era muy grande, con varias habitaciones, pero no había nadie más alojado, ni siquiera el personal. Deambulé por los pasillos, mi habitación era la más pequeña de todas, la única individual, creo. Pero, en cierto modo, me pareció que todo el albergue estaba allí sólo para mí. Lo que también me encantó fue la cocina. Era grande y tenía todo lo que necesitaba. Intentaba mantenerlo todo limpio y organizado, así que la mayor parte del tiempo me quedaba en mi habitación, con la puerta cerrada. Pero era divertido imaginar que estaba solo en aquel enorme lugar. Mirando por la ventana pude ver el hermoso día que hacía y esto me dio aún más ganas de empezar la expedición. Con la mochila a la espalda y el bastón en la mano, salí del albergue en dirección al primero de los lugares que había anotado en mi hoja de papel. *La gran catedral de la ciudad.* Frente a ella había una gran plaza y una fuente. La puerta estaba abierta y entré lentamente. Caminé por los pasillos y me dirigí hacia los bancos. No había nadie. Vi bellas imágenes como la de San Francisco de Asís y altares ricos

en detalles. Incluso imaginé que mi amigo, el extraño peregrino, aparecería en cualquier momento. Pero, como él mismo me había dicho, era mi camino particular. Algo en mí sabía que no estaría allí, aunque deseaba volver a verle. Mirando los grandes muros, recordé a mi abuela diciendo lo grande y hermosa que era aquella catedral. Y, en efecto, lo era.

Volví por la misma puerta por la que había entrado y me dirigí hacia el segundo punto, *la casa donde nació mi abuela*. Salí del pueblo y caminé por la carretera. Me sentía un poco mareado. Mis pensamientos eran confusos. Los coches pasaban a toda velocidad mientras yo caminaba por el asfalto. La distancia era de poco más de un kilómetro y medio. La casa daba a la carretera y sólo había unas pocas, así que podía verla desde lejos. Me acerqué más. Al parecer, allí no vivía nadie. Había una escalera de piedra que conducía a la puerta. Subí lentamente los escalones. También había una columna de madera, un tronco, encajado entre el último escalón y el techo, ayudando a sostenerlo. Puse la mano sobre ello y me quedé de pie frente a la puerta, ensayando qué decir si venía alguien.

- Hola - dije mientras llamaba a la puerta.

Allí no había nadie. Apoyé las manos en las paredes e imaginé a mis bisabuelos con sus hijos, incluida mi abuela, todavía niños correteando fuera o junto a la ventana, viendo el mismo paisaje que yo, décadas atrás.

Había un banco delante de la casa y me senté allí un rato, con la mochila y el bastón a mi lado. Saqué una foto de mis abuelos de la cartera. Los echaba de menos, pero también había otro sentimiento que me acompañaba. Antes de ponerme triste, me levanté y me dirigí a un lugar muy cercano, a pocos metros de distancia. Era la casa donde se había mudado mi bisabuela con sus hijos, donde había nacido mi tía y donde también había una pequeña panadería. Me emocioné de nuevo y fui allí. Era una casa de piedra, mejor conservada. Sin embargo, al igual que en la otra, no había nadie. Me quedé un rato delante hasta que vi que una señora me miraba desde la casa de enfrente. La saludé y me acerqué.

- ¡Hola!

- ¡Hola! ¿Qué quieres?

Le conté la historia de mi familia y le pregunté por una panadería que me habían dicho que había allí.

- Sí, todavía existe. Está al lado. Hacen pan para entregar a los lugares.

Junto a la casa había una extensión y olía a pan. Llamé a la puerta, pero no había nadie. Quizá habían salido a hacer entregas. Esperé un rato. Recordé las historias que me había contado mi tía abuela. Me alegró saber que seguían haciendo el pan de la familia. Quería probar uno, pero tenía que seguir andando, así que me dirigí hacia el tercer lugar: *La iglesia donde asistían a misa*. Seguí caminando hasta que unos metros más adelante giré a la derecha para salir de la carretera. El paisaje había cambiado, parecía que había vuelto a los caminos de Santiago y Finisterra. Por un momento pensé que vería las vieiras por allí, mostrándome la dirección. Sólo tardé unos minutos en estar frente a la iglesia, que además me recordaba a las que me había encontrado en los caminos anteriores. Era de piedra y estaba rodeada por un pequeño cementerio. En todo momento, era el pasado lo

que intentaba ver. Me los imaginaba haciendo el mismo camino que yo hacía, pero muchas décadas antes. Las calles vacías, las casas antiguas y la naturaleza que las rodeaba alimentaban aún más mi imaginación. Y así seguí caminando, sin prisa, hasta que empecé a notar con más fuerza la sensación de antes. Era una especie de culpa y vergüenza. No eran desconocidas, llevaban mucho tiempo dentro de mí, pero estaban más fuertes que nunca. Me detuve un momento. No podía seguir más. Apoyándome en mi bastón, bajé la cabeza.

- Pido perdón por no saber cuidar de nuestra familia. Por no haber sido tan fuerte como debería. Por tener tantos miedos y por todas las veces que dudé. Ojalá hubiera sido mejor persona.

Empecé a llorar, imaginando que tal vez les había decepcionado.

- Se enfrentaron a la guerra, la pobreza y cruzaron un océano sin saber lo que encontrarían.

Me detuve un momento.

- Les pido disculpas.

Mantuve la cabeza baja, sin decir nada más, y permanecí así unos instantes, hasta que de repente, en medio de mis lágrimas, respiré hondo, dándome cuenta de que una fuerte emoción me envolvía. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Los sentía. Sentí que estaban conmigo, que siempre habían estado. No podía verlos ni oírlos, pero estaba seguro de que estaban allí. No me juzgaban, ni se avergonzaban de mí. Todo lo que sentía era amor. Todos estábamos conectados por el amor. Miré al cielo y a mi alrededor.

- Gracias por acompañarme.

Mi cuerpo estaba relajado y mi corazón latía suavemente. Sentí como si me abrazaran. Esbocé una dulce sonrisa, los agradecí y retomé la marcha con confianza. Sabía que tenía que seguir.

Fueron otros 1.400 metros, veinte minutos hasta que llegué a la *playa fluvial*. Era un río pequeño. Ese punto marcaba una división imaginaria. Hasta ese punto era donde vivía la familia de mi

abuela. Más allá, era la de mi abuelo, en un pueblecito cercano. Entré en un hermoso sendero a unos cuatrocientos metros hasta el otro extremo. Sólo estaba yo caminando y los pájaros cantando y volando. Había oído que allí había jabalíes. No encontré ninguno.

En cuanto dejé el sendero, ya estaba frente a la carretera, y a pocos metros empezaba otro. Era un camino que llevaba a la Canteira, pero la dejé para más tarde. Quería continuar, estaba cerca de *la finca de mi abuelo*, un terreno pequeño, tan pequeño que no había más que vegetación y unos pocos árboles, pero para mí era mágico. Bajé y me quedé allí. Caminé cerca de ellos. Me sentí especialmente acogido en aquel pequeño espacio. Estaba entre dos casas. Una de ellas era *la casa de doña Hortência*, la señora que, aparte de mi tía abuela y su hijo, sabía de mi llegada. Me di cuenta de que estaba en la puerta, pero parecía preocupada. Me acerqué y la saludé, pero se puso aún más tensa.

- ¡Hola! ¿Cómo estás?
- Hola - dijo mientras cerraba la puerta.
- ¡Soy yo! - insistí.

Le dije mi nombre y le hablé de mi familia. Pero no me escuchó.

- Siga su camino. El pueblo está más adelante.

Tenía miedo. Tenía que hacerle comprender quién era yo. Ya caminaba de vuelta hacia la puerta de su casa cuando hablé alto para que me oyera desde allí:

- ¿No es usted la Sra. Hortência?

En ese momento, dejó de caminar. Se dio la vuelta. Su expresión había cambiado y se volvió hacia mí.

- ¡Lo siento! Lo había olvidado.

- No te preocupes - dije, aliviado. - Es que yo iba y venía. No hay mucha gente aquí. La señora se asustó y tiene razón.

- ¿Tiene sed? ¿Quieres comer algo?

- ¡Gracias! ¡Estoy bien! Quería hablar.

- ¡Vamos, hijo! ¡Entra! Te traeré un refresco.

- No te preocupes por mí.

Entramos en la cocina.

- ¡Cógelo! - insistió. - Aquí tienes un refresco y una tarta de manzana.

- Gracias.

Tomé lo que me había ofrecido y, mientras comía, le pedí que me hablara de mi familia.

- Eran muy buena gente. Tienes que estar orgulloso de ellos, de los Cuorderos.

- ¿Cuorderos?

- ¡Sí! Cuorderos. Así los llamábamos cariñosamente. Tenían este nombre porque hacían cuerdas.

- No lo sabía. ¿Así que yo también soy un cuordero?

- Sí, y deberías tomártelo como un honor - dijo mirándome a los ojos. - Es un motivo de orgullo.

Y luego continuó:

- Eran muy buena gente. A todos aquí les gustaban. Durante la guerra, ayudaban a la gente que pasaba por el camino hambrienta y cansada, dejándoles pasar la noche debajo de la casa, donde estaba un establo. Un lugar cálido que les cobijaba y protegía de las frías noches. Y

cuando podían, también ayudaban dándoles algo de comer, como caldo o pan.

- Mi abuelo me contó la historia de su hermano, que murió en la guerra - le dije.
- Muchos murieron. Fueron tiempos difíciles.

Me di cuenta de que estaba encantada de contarme todo esto. Era como si toda la historia continuase viva a través de mí. Y yo estaba encantado de escuchar todo lo que me contaba. Hablamos durante mucho tiempo.

- ¿Conocías a mi abuela?
- Sí, cuando se casó y se mudó con su abuelo.

Hizo una pausa y continuó:

- Tiempo después, su abuelo se fue solo a Brasil para intentar sostener a su familia, como habían hecho muchos otros. No fue fácil para su abuela, sobre todo con dos niñas pequeñas.
- La más chica de las niñas es mi madre - dije y luego añadí. - Aún vivieron tres años con la familia de mi abuelo antes de encontrarse con él en Brasil.
- No ha sido fácil ni barato - comentó.
- Han pasado por muchas dificultades, ¿verdad?

Se limitó a asentir.

Nos sentamos en silencio durante un momento. Intenté asimilar todo lo que me había contado y ella volvió su mente al pasado, y sin duda le vinieron muchos recuerdos.

- Mi rey - dijo con emoción en la voz. - Espero que tengáis la mejor de las suertes. ¿Y volverás a España? Bueno, no sé si seguiré aquí. Tengo ochenta y ocho años.

- ¡No digas eso! ¡Vivirás mucho tiempo!

- El tiempo lo dirá.

Se levantó y me ofreció fruta para que me la llevara y me la comiera por el camino. Me di cuenta de que ella podía verlos a través de mí. Y eso me emocionó mucho. Volvimos a la puerta. Vi que intentaba no llorar. Me despedí de ella con un abrazo mientras me lo decía:

- ¡Vete, mi rey! ¡Sigue tu camino!

La miré por última vez y me despedí con la mano antes de seguir.

Estaba a pocos metros de la casa donde había tenido lugar toda aquella historia, donde vivieron la familia de mi abuelo y mi abuela y donde nació mi madre. *Una casa, muchas historias.* Y allí estaba yo, frente a ella. Había sido remodelada. Ya no tenía el establo debajo ni las ventanas, como me habían contado. Pero mi imaginación me permitía reconstruirla a través de las historias que oía. Era un lugar de felicidad, pero también de tristeza y dificultades. Esta parte me hacía sentir mal. Pero sabía que no eran sólo los buenos recuerdos los que registraban nuestro pasado. Al contrario, los difíciles dejaban a menudo profundas cicatrices. Sin embargo, ya era hora de darse cuenta de que formaban parte del pasado.

- Es hora de seguir adelante.

Un poco más adelante, entré en un sendero y desde allí caminé por la naturaleza hasta que me encontré con una pequeña iglesia hecha completamente de piedra y una cruz delante. Era la *capilla de San Lorenzo.* Había una zona cubierta al aire libre con muros bajos. Quizás mi madre y mi tía jugaban allí o se sentaban en los

escalones de la cruz, donde aquel día había castañas secándose en un cajón de madera. Y cerca, había unos bancos a la sombra de los árboles y las mariposas que volaban alrededor.

El siguiente punto fue la *iglesia de Santa Baia de*

Berredo. Sabía que mis bisabuelos estaban enterrados en el cementerio que rodea la iglesia. Cuando llegué, la verja estaba abierta y entré. Había muchas lápidas y placas con nombres y fechas. No tenía ni idea de dónde estaban enterrados. Algunas placas estaban colocadas en el suelo por donde caminábamos. Estaban enterrados allí debajo. Di vueltas y no pude encontrarlas, pero estaba decidido a quedarme allí hasta que los hiciera.

Frente al cementerio había algunas casas. Un hombre apareció por la ventana de una de ellas. Gritó desde arriba:

- ¿Qué buscas ahí?
- ¡Hola! Estoy buscando dónde están enterrados mis bisabuelos.

Me hizo una señal para que esperara. Unos minutos después entró en el cementerio. Llevaba

una curiosa boina. Era delgado y me recordó a un guía local.

- ¿Quiénes eran sus bisabuelos?

Le dije los nombres. Se rascó la cabeza y se quedó pensativo.

- ¿Dónde vivían?

Le dije dónde estaba la casa.

- ¿Cuánto tiempo ha pasado?

- Imagino que bastante.

Se lo pensó un rato y empezó a decir nombres de familiares de los que yo había oído hablar.

- ¡Sí! Son mi familia.

Entonces me pidió que le acompañara.

- ¡Aquí están! - me dijo con confianza, como alguien que realmente conocía a todos allí. Y, efectivamente, había hecho un trabajo increíble. Le di las gracias con admiración y alegría. Si no hubiera sido por él, seguro que no los habría encontrado. Y tal como vino, se fue.

Mi bisabuelo y mi bisabuela. Sabía que lo que había allí era sólo el cuerpo que ya había vuelto a la tierra, a su origen, como un gran ciclo de la vida. Una transformación eterna, como decía Lavoisier. A diferencia del alma. Sin embargo, había llegado hasta allí. Y por alguna razón aquel hombre llegó e hizo posible ese momento. Tres generaciones antes de que yo existiera. Gracias a la señora Hortência, había llegado a saber un poco más sobre ellos, los Cuorderos. Pero me preguntaba cuáles eran sus miedos y sus sueños. En silencio me quedé pensando. El viento agitaba las flores que algunos habían dejado para sus seres queridos. Yo no tenía nada que dejar allí y no importaba porque la felicidad que sentía sabía que les llegaría de alguna manera. Así que me limité a decir:

- Gracias.

Sabía que habían pasado por mucho, pero siguieron adelante y gracias a eso y a todos los que me habían precedido, todos los miembros de mi familia, pude estar allí en ese momento. Todos nosotros, conectados no sólo por la sangre, sino también por el amor y el

aprendizaje. Cometemos errores, y acertamos. Ganamos y perdemos. Nos caemos y nos levantamos. Sonreímos y lloramos. Pero siempre seguimos adelante.

- ¡Todos somos peregrinos! - dije, rompiendo el silencio del lugar. Sentí que hablaba con cada uno de mis ancestrales, de mi familia.

Al cabo de un rato, me levanté. Estaba listo para ir al siguiente lugar: la *granja de patatas*. El lugar donde mi abuelo cultivaba, entre otras cosas, patatas. Había oído estas historias cuando era más chico.

Era un camino precioso en plena naturaleza. Mucha vegetación y árboles. No era posible señalar el punto exacto, no había más plantaciones allí, pero tenía una marca en el mapa y la seguí. En algún momento apareció un camino a la derecha y lo seguí. Las hojas secas y rojizas en el suelo me recordaron a los antiguos caminos. En el punto exacto del mapa había una gran piedra, diferente de las demás. A su alrededor, el bosque se cerraba y no había forma de avanzar. Sabía que estaba allí. Podía sentirla. Me arrodillé ante aquella piedra y, con

mi bastón en la mano, le di las gracias. Empecé este viaje con miedo, dudando de si podría hacerlo. Tropecé, me caí y me levanté hasta que mis pasos se hicieron fuertes, hasta que aprendí a encontrar la dirección dentro de mí, hasta que supe que caminar es mucho más que andar, es conectar con el entorno, aprender a admirar la belleza del lugar, las enseñanzas que nos ofrece y las personas que llegan a nuestras vidas.

Aprendí a ver el simbolismo del universo, sus señales. Sabía que surgirían dificultades y que debía afrontarlas como en un buen combate.

Siempre caminando en busca de nuestro propósito, de lo que sólo nosotros podemos hacer y vivir, de nuestra leyenda personal.

Saqué del bolsillo una foto de mis abuelos, miré sus jóvenes rostros y les di las gracias emocionado.

Cogí una piedra que encontré cerca y la coloqué encima de la gran piedra. Era un símbolo de mi llegada, un punto de referencia, un registro visible en todos los tiempos: pasado, presente y futuro. Al fin y al cabo, todo estaba conectado.

Representaba la liberación de todo lo que nos hacía sufrir y la unión, nuestra conexión, hecha a través del amor.

De regreso, me encontré de nuevo frente a la pista que llevaba a *la Canteira*. Me dijeron que allí se había hecho una gran excavación y que había llegado hasta el nivel freático, llenando de agua el enorme agujero que se había excavado. Esto ocurrió hace décadas. Y hoy lo que existía era un gran lago rodeado de colinas. Me dirigí hacia el sendero. Tras un rato caminando, ya podía ver aquel enorme lago. Continué cuesta abajo durante unos minutos más hasta que llegué al fondo. Allí no había nadie. El agua estaba tan tranquila que parecía un espejo que reflejaba la luz del sol y la verde vegetación de alrededor. Había una gran roca a mi lado. Dejé allí mis cosas y me senté, admirando aquel lugar mágico mientras recordaba todo lo que había vivido desde que empecé esta aventura. Mientras mis pensamientos volaban libremente, sentí que mi mente y mi corazón se expandían. Escuché el sonido del viento, la caída de las hojas, el canto de los pájaros, el agua que se movía de vez en cuando, los latidos de mi corazón y mi respiración. Sentí el perfume de las flores, el olor de la tierra, el calor de la piedra calentada y el sol tocando mi cuerpo. No busqué ninguna explicación, simplemente dejé que la

magia sucediera. Mi mente se dirigió hacia aquellas aguas y mi mirada con ella. Recordé una vieja historia celta sobre el rey Arthur. Cuando recibió su espada, la espada de la voluntad, de la dama del agua.

- Tal vez algún día sea digno de esta espada y con ella pueda derrotar a la resistencia, librar el buen combate y vivir mi leyenda personal.

Me detuve un momento y pensé en lo que había dicho. Volví a mirar el lago y sonreí, porque había aprendido que la verdadera fuerza tiene que despertarse en nuestro interior. No existe ningún artefacto externo. Y eso es lo que simbolizaba aquella leyenda.

- Somos imperfectos - dije sonriendo. - Los caminos los recorre la gente común, que, aunque tenga miedo, sigue adelante: tropieza, se desorienta, pero no se rinde. No necesitamos una espada mágica, porque no habría dificultades, ni lecciones, ni transformación. Lo que necesitamos es vivir con la magia dentro de nosotros.

Sonreí de nuevo, bajé de la roca, me quité la ropa y me tiré al agua. Me sumergí todo lo que pude y volví a la superficie. Miré a mi alrededor, toda aquella naturaleza, toda aquella magia. Y todo lo que sentí fue gratitud y amor. Había completado los tres caminos, pero sabía que no era el final, ya que todos somos peregrinos y, por tanto, siempre continuamos. Debemos tener fe en el camino, creer en la magia del universo y en nuestro propósito en él.

Camino

Ancestrales



Vea el vídeo

La visita

Pasaron unos días. Conocí a otras personas de la familia y pasé momentos muy divertidos y felices. Volví a casa de mi tía abuela, donde pasábamos las tardes hablando y viendo telenovelas.

- Espero volver a verles pronto.

De vuelta a Madrid, terminé de desayunar. Ese mismo día, hacia las once de la noche, debía coger mi vuelo a Brasil, pero me quedaba una última cosa por hacer.

Tomé un tren a la ciudad de Ávila. El lugar donde nació y vivió Santa Teresa. Tan pronto como llegué, me dirigí hacia las murallas. Entré por una de las entradas y seguí hasta el lugar donde se encontraba su casa, hoy una iglesia. Justo enfrente había una pequeña plaza y una imagen de Santa Teresa sentada en un banco. Por alguna razón, la gente que estaba allí se levantó y pude sentarme junto a ella. Estábamos los dos solos.

- ¡Hola! - dije en voz baja. - Quería hablarte de alguien muy especial para mí: la filósofa. Ella la admira mucho. Y gracias a ella he podido realizar este viaje.

Hablé como si fuéramos buenos amigos disfrutando del sol, sentados en un banco de la plaza. Noté que llevaba una flor en la mano. Y pensé que tal vez debería haberle traído una a ella también.

- Lo siento - le dije.

Era extraño hablar con una imagen. Al menos eso pensaría cualquiera que me viera, pero algo mágico estaba ocurriendo. Volví a mirar aquella flor y me di cuenta de que era yo quien había ganado el regalo. Lo comprendí y sonreí:

- Gracias por ponerla en mi camino. Fue a través de ella que llegaste a mí y me preparaste para lo que necesitaba hacer. Y lo mismo ocurrió con mi amigo, fue Santiago quien unió nuestros caminos y a través de él me permitió aprender todo lo necesario. Ahora entiendo, de una manera profunda, lo que querían enseñarme sobre cumplir propósitos, vivir la leyenda

personal. Así es como encontramos el mayor sentido a nuestras vidas: Ayudar al prójimo. Al fin y al cabo, el don del hombre es la manifestación de Dios para ayudar a la humanidad. Y eso es lo que el universo intenta mostrarnos todo el tiempo.

Teresa de

Ávila



Veá el vídeo

Agradecimientos

Cada uno de nosotros tiene su propio camino, pero eso no significa que estemos solos. Al contrario, todos estamos conectados. Y por eso estoy profundamente agradecido a la filósofa Lúcia Helena Galvão y al extraño peregrino Paulo Coelho, que a través de sus historias, de sus leyendas personales, me enseñaron, estuvieron conmigo durante este viaje, haciéndome comprender las lecciones que el camino me presentaba.

También quiero dar las gracias a todas las personas que he conocido y que, como ellos, me han transformado y han hecho posible mi aprendizaje.

Por mis amigos. Son grandes regalos que Dios me ha traído.

Y, en particular, a mi familia, a los que viven conmigo y también a todos los que he conocido durante este viaje y que me han acogido tan calurosamente. Historias que llevo en el corazón. A todos mis ancestrales y al amor que nos une y nos permite evolucionar juntos en el camino infinito de la vida, donde siempre seguimos como eternos peregrinos.

Consideraciones finales

Espero que lo hayas disfrutado y que este libro te haya ayudado a encontrar tu camino, a darte cuenta de la magia que existe en ti y de tu conexión con el universo.

¡Buen viaje, peregrino!

Si quieres, puedes hacer una donación de cualquier cantidad. Eso me ayudaría mucho.



escritormochileiro@gmail.com

Titular de la cuenta: Leandro Perez Freire

BIC: TRWIBEB1XXX

IBAN: BE75 9676 7001 6651

Nombre y dirección del banco: Wise

Rue du Trône 100, 3rd floor Brussels 1050 Belgium

Titular de la cuenta: Leandro Perez Freire

Código Swift: CMFGUS33

WIRE Routing Number: 026073008

ACH Routing Number: 026073150

Banco: Community Federal Savings Bank

Cuenta: 652106327255

Tipo de cuenta: Cuenta-corriente

Dirección del banco: 8916 Jamaica Ave, Woodhaven, NY 11421

Si tienes una cuenta en Brasil y puedes hacer una donación a través de PIX



Chave Pix

escritormochileiro@gmail.com

Leandro Perez Freire
Banco Itaú S.A.